

UNIV. OF ARIZONA

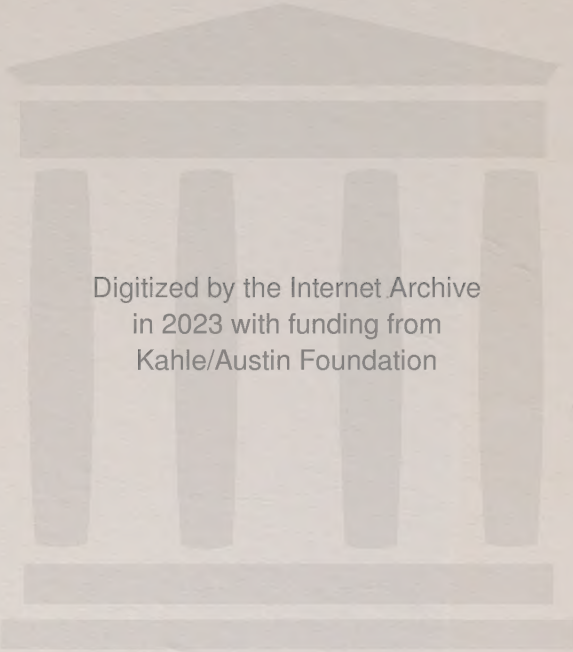
PQ6613.A2 Z8

Revilla Marcos, Ang/Jose Maria Gabriel y

mn



3 9001 03815 4913



Digitized by the Internet Archive  
in 2023 with funding from  
Kahle/Austin Foundation







JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN  
SU VIDA Y SUS OBRAS

23. Octubre - 1923

*errang*



PQ  
6613  
A2  
Z8

# JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

SU VIDA Y SUS OBRAS

---

ESTUDIO CRÍTICO POR

ÁNGEL REVILLA MARCOS

PRÓLOGO DE

D. MIGUEL DE UNAMUNO

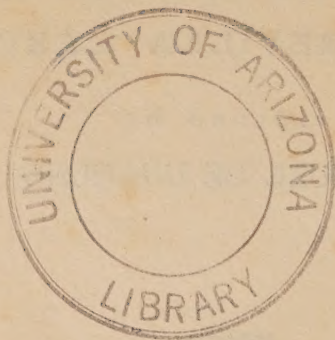


MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.). ARTES GRÁFICAS

Paseo de San Vicente, 20.

1923



---

ES PROPIEDAD

---



## PRÓLOGO

*Aprovecho la ocasión de publicarse este estudio de mi amigo y discípulo que fué, D. Angel Revilla, sobre José María Gabriel y Galán, para decir algo, muy poco, acerca de éste y de la relación amistosa que a él me unió, dejando para ocasión de mayor espacio y sosiego el escribir con alguna extensión sobre su obra y su persona. Porque va a ser preciso deshacer ciertas leyendas que respecto a Galán y su poesía han fraguado los que, haciendo de su nombre algo peor que bandera, banderín de enganche de cofradía literaria, pretenden monopolizar el culto a su memoria.*

*Ante todo, la leyenda de cierto autodidactismo, siquiera relativo. Recuerdo la sorpresa que le causó a uno que me le presentaba como un poeta casticísimo, libre de toda clase de influencias de eso que, por darle algún nom-*

66/67-2

*bre, llamaban los que no lo conocían modernismo—el literario se entiende, y no el teológico—, el que le dijese yo que, dando vueltas en la plaza Mayor de Salamanca, le había oído a Galán recitarme el famoso Nocturno del colombiano José Asunción Silva. Como otras poesías de índole análoga. Y me atrevo a suponer que en aquella bellísima expresión de la Canción, que dedicó a la muerte de su padre—y que me parece superior a El Ama—, donde dice que «¡quiero vivir—porque mis muertos no mueran!», se acordaba de un poético pasaje de Guerra Junqueiro, a quien conocía muy bien. Yo mismo se lo dí a conocer.*

*Nada quiero decir circunstanciadamente ahora y aquí respecto a las relaciones de amistad y de compañerismo que con Gabriel y Galán me unieron; pero sí recordar el efecto que su Cristu benditu produjo en todos aquellos a quienes se lo leí o recité—entre éstos, a D. José María Pereda—, cuando aún el reverendo padre Cámara, obispo de Salamanca, no sabía quién era el poeta, ni le conocía de nombre, aunque acaso tenía noticia de uno de sus rasgos. Y voy a contarlo:*

*Era Galán maestro nacional de Primera enseñanza en el Guijuelo, provincia y obispado de Salamanca, y llevaba los domingos a misa a los niños puestos a su cuidado, y los llevaba, no porque así esté recomendado—no ordenado, que eso no puede ordenar la autoridad civil—, sino porque sus sentimientos se lo demandaban. Pero algún sábado se fué a pasar el domingo con sus padres, en Frades, no lejos del Guijuelo, y no pudo llevar a misa a sus niños. Repitióse esto hasta que un día el cura del lugar aludió a ello pública e imprudentemente, censurando que el maestro se ausentara los domingos, antes de ir, en comunidad escolar, a misa. Cuando Galán lo supo, resolvió no volver a llevar los niños a misa, para que el cura se enterase de que no podía exigirlo y de que él no toleraba imposiciones impertinentes. Y tengo razones para creer que el imperativo sacerdote se fué con el cuento al padre Cámara, y éste consultó con un inspector de Primera enseñanza si se podía obligar al maestro a que acompañara a los niños a misa.*

*De ciertas especies, que, si no fuesen meramente estúpidas, serían de mala índole moral,*

*y que por ahí han corrido respecto a mi gestión cuando, siendo yo rector de la Universidad de Salamanca, se me vinieron de Zaragoza con la embajada de que entregase a Galán un premio ante el Claustro de doctores, con toda solemnidad y vestidos de toga, muceta, borla y demás achiperres del recado académico, sólo he de decir lo que entonces dije y la aviesa y mezquina intención ajena no lo quiso creer, y es que al recibir yo aquel mensaje no reparé en él, y se lo entregué, con el premio, al hermano del poeta, a D. Baldomero. ¿Habría de haberle entregado el mensaje en que se me pedía aquella ridícula ceremonia, si deseaba evitarla? Aunque, es claro, estoy seguro de que el poeta, más bien que modesto—pues eso de la modestia, y más tratándose de un poeta consciente de su facultad—, hombre de buen gusto y de fino sentido, habría rechazado la forma aparatosa que el Consistorio de los Juegos Florales de la ciudad de Zaragoza quería que se hubiese dado a la entrega de su premio. Y por otra parte, ¡habría que haber visto la cara que hubiesen puesto mis compañeros de Claustro académico, los señores doctores y catedráticos de la Universidad de*



*Salamanca, si llego a irles con la pretensión de que se reúnan en sesión solemne, vestidos con traje talar de todas luces, para dar un premio a un... maestro de escuela! Hay que conocer la gente. Sin perjuicio, por supuesto, de que los que más se hubiesen molestado por ello tomaran aquel incidente como punto de partida para saciar una vez más sus mezquinas pasioncillas. En todo lo cual lo único que me dolió es que se dudara de mi palabra y de que las cosas sucedieron como yo dije que habían sucedido. Y es que, sin duda, entraba en el proceder de aquellas pobres gentes mentir e inventar disculpas para justificarse de algo.*

*Algo podría decir también del estado de ánimo en que encontré a Galán cuando acudió al banquete que en Salamanca nos dieron a él y a mí, el 18 de octubre de 1903—y en que leyó el Brindis que figura en sus Obras—, ocasión en que el poeta se vió abandonado de los que se decían sus más amigos—alguno de éstos torció su marcha en la calle por no encontrarse con él y tener que saludarle—, y tuvo que ir a albergarse en una fonda, teniendo, como tenía, personas muy allegadas en la ciudad. Le oí en-*

*tonces muy amargas quejas, y no sé lo que diría si, volviendo al mundo, viese lo que muchos quieren hacer de su memoria y de su nombre.*

*Como lo que podríamos llamar el galanismo se está haciendo una doctrina, que poco o nada tiene que ver ni con el arte ni con la estética, debo dejar para mejor ocasión el hablar de la poesía y la personalidad de José María Gabriel y Galán. Aunque ello siempre sea expuesto a malas inteligencias. Que no olvido lo que por muchos se dijo cuando la muerte de D. Benito Pérez Galdós dije, honrada y lealmente, lo que respecto a su obra y su acción sentía y siento, por creer que es el de la sinceridad el homenaje máspreciado que se puede rendir a un ingenio a quien se le debe tanto como al de Galdós yo debía y debo.*

*Y nada más, por ahora.*

*En cuanto al estudio de D. Angel Revilla, él se defenderá y se abrirá paso por sí mismo.*

MIGUEL DE UNAMUNO

*Salamanca, 22-IV-1923.*

## UNAS PALABRAS

Lector: he aquí un libro de crítica literaria, o que yo le creo tal. Tú puedes ponerle otro mote, y aunque no te lo dijera, así lo harías. Pero te recomiendo que si no has leído la obra del poeta que trato de estudiar, no sigas adelante. Lee primero su obra, y si luego tienes interés por saber algo del hombre y cómo interpreto su producción, y te sobra tiempo, sigue; pero primero lee su obra, al menos, los tomos publicados. Creo firmemente que antes de leer un trabajo sobre un autor, cualquiera que él sea, debe de antemano leerse su obra. Sin ello no tiene significación ninguna lo que se ha escrito.

La crítica tiene una significación muy personal, como toda obra, pues el crítico tiene corazón, pasa por distintos estados de ánimo, vive en un ambiente determinado y sufre

influencias, y todo ello pesa en su obra u obras. Es cierto que hay algo general, un punto desde donde mirar y desde el que se tiene que mirar. Pero ¿y la atmósfera que rodea al espectador?

No pretendo con esto llamarme crítico y colocarme entre aquellos que así se nombran. He ido en este trabajo señalando lo que yo he visto en la obra del poeta salmantino, y tanto como aquello que he visto, lo que he sentido, sin sujetarme a ley literaria alguna, si las hay. Y es claro que en todo el tiempo que he tardado en estudiar la obra y redactar este trabajo, he pasado por estados distintos de ánimo, que, no me cabe duda, han influído en mi modo de interpretar al poeta, y alguno de los capítulos del libro no es más que resultado de una época de mi vida.

El libro no está recién hecho; hace siete años que lo hice: en 1914. Otros trabajos y otras ocupaciones llenaron mi tiempo, y tuve que abandonar esta obra, que en su mayor parte está como entonces la dejé.

Desde entonces acá se han publicado algunos trabajos sobre el poeta y dos epistola-



rios: el libro de los hermanos Carraffa, dictado por el hermano del poeta, D. Baldomero Gabriel y Galán; los epistolarios recopilados por D. Mariano Santiago Cividanes y don Casto Blanco Cabeza, y algunos artículos.

Muchas de estas cosas las he visto antes de esta última redacción; pero, sobre todas, me han servido para ella los epistolarios. Me han confirmado en las ideas que ya tenía expuestas en lo que tenía hecho, y me han afirmado algunas que tenía revoloteando por mi cabeza.

Fácilmente se ve lo añadido, y, por lo tanto, no es menester que yo diga más.



# José María Gabriel y Galán

## Biografía.

Pocas fechas hay que señalar en la vida de Galán. Su vida, corta, por desgracia para las letras patrias, pudiera representarla gráficamente por una línea recta. Apenas hay altos y bajos en ella: tan sencillamente se sucedió. Corrió sosegada y tranquila, agitándose en limitado espacio, apegada al terruño que canta, quieta, sin mezclarse en los vaivenes de la vida moderna, de la que vivía separado. Si a citar fechas limitáramos este trabajo biográfico-crítico, terminaríamos pronto. No es éste nuestro propósito, ni comulga con nuestra manera de pensar. Detalles de su vida íntima, de la manera de producir sus sentimientos: todo lo que más dé a conocer al hombre y al poeta será nuestro objeto, aunque, naturalmente, él todo lo cuenta en sus cartas, como Horacio.

José María Gabriel y Galán nació en Fra-

des de la Sierra, un pueblo de labradores de la provincia de Salamanca, en el partido de Sequeros, a las doce del día 28 de junio de 1870. Fué bautizado el 2 de julio en la parroquia de Frades, San Vicente Mártir.

Fueron sus padres Narciso Gabriel y Bernarda Galán, naturales de Frades, labradores y ganaderos, cristianos honrados, de los que heredó José María «la tradición de la honradez», tan sólidamente arraigada en él.

Educado, como educan los labradores de antiguo abolengo, cristianamente en el santo temor de Dios, en quien ponen toda su confianza, de quien esperan todo en la vida y a quien atribuyen todas sus calamidades, unas como castigo porque se han maleado, y otras para probarlos; se forjó el alma de Galán amarrada a la fe y a las creencias de la religión de Cristo, amando más tarde con su corazón todas las verdades y practicando fervorosamente todos los actos que la Iglesia ordena. Aquí están los fundamentos de aquella resignación sincera, con la que años más tarde se distingue consolando a todos sus íntimos, la que le dicta estos párrafos a la muerte de



una hija de uno de sus más grandes amigos, José González Castro:

«Para usted primero, Leopolda, que es la madre...

»Soy hombre, y no puedo más que imaginar, y me espanta pensar que no llego imaginando a la hondura de la pena. Para sólo estos tragos de amarguras deberían ser cristianas, como usted, todas las madres. Porque sólo la mujer cristiana es fuerte, con fortaleza serena; sólo ella sabe llorar, llorar el dolor sin las convulsiones que retuercen a los débiles; llorar amando y bendiciendo, no escupiendo locuras de almas rebeldes ni protestas iracundas de almas vencidas. Usted, no, gracias a Dios; usted no es tal. Usted es la mujer cristiana, la madre cristiana, que sabe más que todos los filósofos y puede más que todos los grandes héroes. Y por eso, porque son de usted las fortalezas y los consuelos de la fe, los amigos que la vemos con los ojos del espíritu apurar la mayor humana amargura, no tenemos otra cosa que hacer sino tomar una parte de su pena y desear que el Señor se la mitigue con bálsamo de esperanza.

»Y tú, amigo, que has perdido la hijita que tanto amabas, no grites a lo demente ni calles a lo filósofo...

.....

»Tu mujer, seguramente, sabe mucho más que tú de la ciencia del padecer, que no es cosa del mundo y de la cabeza, sino del cielo y del corazón. Nuestro dolor, cuando perdemos un hijo, no es tan hondo como el suyo, y, sin embargo, lo padecemos peor. Te doy, pues, ese modelo que tan cerca de ti está, y no creo que se te pueda dar más en estos días de prueba.

»No eres un hombre sin fe. Precisamente, creo que tienes tanta en las cosas de esta vida, que al recibir esos golpes de la desgracia, que son rasgos de la Verdad, si pierdes algo de esa fe, ganarás mucho de aquella que hace levantar los ojos y buscar más alto lo que por aquí no hay.»

Su madre, sana labradora, era muy aficionada a la lectura, y creo compuso algunos versos, que sólo los suyos conocían. De ella heredó José María, si esto se hereda, sus aficiones, y ella fué su primer maestro de poesía.

Los de las primeras letras fueron D. Pedro Sánchez y D. Claudio Gómez, que se vanagloriaban y vivían pendientes de los triunfos del poeta. En la escuela era algo tímido; pero ocupó siempre los primeros puestos, revelándose allí su claro entendimiento.

Ya entonces, aseguran que Galán hacía versos—cosa muy frecuente en los niños—, y así lo dice en carta el párroco de Frades a Conón Vega: «Cuando tenía doce años ya le vi versos muy hermosos, y a los catorce tuve el gusto de leer una composición alusiva a las faenas agrícolas de recolección, acarreo y trilla. Aun parece que resuena en mis oídos la cadencia y armonía de aquellos sentidos versos. Yo le animé muchas veces a que no dejara la poesía» (1).

«De esta época—dice el malogrado catedrático D. Martín D. Berrueta—que Galán matizaba sus composiciones sencillas, sin aire de arte, de tonos satíricos, de dejos burlones. Anda entre los papeles de sus hermanos *El manifiesto electoral*, socarrón, que ponía por cartel a los caciques de su pueblo, que se

---

(1) *Esbozo biográfico de Galán*, por Conón Vega, pág. 15.

*ofrecían* a ser concejales para la felicidad del lugar; *La aristocracia de un pueblo*, galería viviente, sangrienta exhibición de los políticos personajes de aquel caserío...»

«No estaba fija la vocación genérica del poeta. Y en esa indeterminación de la musa de Galán se tropieza entre sus composiciones, de aquel tiempo de sus iniciaciones poéticas, algunos modelos y muestras de poema alegórico descriptivo, como el celebrado *Entierro del Hurón*, en el que se cuenta la vida de uno famoso, que llevó la desolación a los *conejales* de Frades y sus inmediaciones, la muerte del bicharraco y el júbilo de los conejos, que le hicieron un burlesco entierro» (1).

Dicha poesía está publicada en el epistolario de Galán, coleccionado por D. Casto Blanco Cabeza, y titulada *A la muerte de mi Hurón* (elegía improvisada... y así saldrá ella).

Animados sus padres por sus maestros, que vieron en él especiales aptitudes para el estudio, le enviaron a estudiar la carrera del Magisterio a Salamanca, en cuya Normal in-

---

(1) Extraordinario de *El Lábaro*, a la muerte del poeta: «La vida del poeta».



gresó en el curso de 1885 a 1886. «Cursé en ésta (Salamánca) y en Madrid la carrera de maestro de Primera enseñanza»—dice en una carta dirigida a la condesa de Pardo Bazán.

En esta época de su vida, cuando estudió su carrera, le dió por acicalarse y perfumarse mucho. El mismo es el modelo de «Varón», explosión de virilidad pujante, vista por los ojos de un labrador de lugarejo.

Fué muy apreciado por los profesores durante su vida de estudiante, encargándole de algunos trabajos especiales. Durante el curso de 1885 a 1886, su primero, obtuvo cinco sobresalientes, y en el segundo, tantos como asignaturas, e igual calificación en el ejercicio de reválida de maestro elemental, que se verificó el 20 de junio de 1887. Igual nota alcanzó en el tercero y último año de su carrera, y con la misma se revalidó de maestro superior, entusiasmando al Tribunal.

En este mismo año, y mientras estudiaba las asignaturas correspondientes, hizo oposiciones y ganó la escuela de Guijuelo. Después marchó a Madrid a continuar sus estudios y hacerse maestro central.

De su vida en Madrid, donde se trató con otros jóvenes amantes de la belleza, habla D. Casto Blanco Cabeza en el epistolario, contándonos episodios muy interesantes.

Voy a referir dos de ellos, en los que resalta grandemente la personalidad moral y el altruismo de Galán, que le lleva hasta el sacrificio, porque muestran la tradición del hombre que luego veremos a través de todas las etapas de su corta vida: uno, «el de los gorriones», como el poeta los llamaba, y el otro, el desafío que tuvo con un compañero.

Durante su estancia en Madrid, el poeta se hizo gran amigo del Sr. Blanco Cabeza; juntos paseaban por los claustros de la escuela, y juntos salían de ella y andaban todo el tiempo que les dejaban libres sus ocupaciones.

Todos los días, cerca de la Universidad, en la parada del tranvía, se encontraban con dos niños, uno aproximadamente de siete años, y otro de cuatro, que les pedían limosna, diciéndoles en ese canto que emplean los pequeños para pedir:

—¡Pa mi madre, que es viuda y está bal-  
dada!

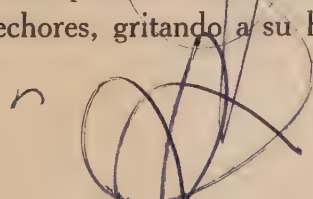
Nuestro poeta casi siempre les daba limos-  
na y acariciaba muy cariñosamente al más  
pequeño, y volviéndose al Sr. Blanco, le  
decía:

—¡Pobres gorrones!

Pasado algún tiempo, un día se encontra-  
ron solo al más pequeño de los niños, y Ga-  
lán, acariciándole, le preguntó por su herma-  
nito. Balbuceando les refirió el niño que su  
hermano estaba enfermo y no podía salir de  
casa, y como su madre no podía tampoco  
moverse, salía él solo a pedir limosna, vol-  
viéndose en seguida a cuidarlos; y les agregó  
con la firmeza que presta a los pequeños la  
veracidad de lo que dicen:

—Vení conmigo y verán como es verdá.

Se conmovió Galán, sintió deseos de ir a  
verlos y rogó al señor Blanco que le acompa-  
ñara. Guiados por el pequeño, llegaron a una  
gran casa de la calle del Tesoro, a cuya  
buhardilla subieron, adelantándose el pe-  
queño para anunciar la visita de sus bien-  
hechores, gritando a su hermano: «¡Manué!



¡Manué!... ¡Ya viene el zeñorito de la capa pelosa!», y mostrando a sus acompañantes la tremenda realidad.

Sobre un jergón, entre harapos, yacía el otro pequeño con una fiebre altísima y, a consecuencia de ella, casi sin conocimiento. La madre estaba en una muy pobre cama, quejándose de dolor y de pena, totalmente encogida por su enfermedad.

Por ella supieron que llevaba así tres años, desde que murió el marido, y que padecía una terrible artritis que le había ulcerado todas las articulaciones de sus brazos, manos, piernas y pies, sufriendo dolores agudísimos; el niño había pasado con fiebre toda la noche, y al querer levantarse, como todos los días, para ir a su puesto a pedir limosna, no había podido.

Galán no pudo abandonar a aquellos desgraciados. Creyó necesarios los auxilios de un médico, y él y el Sr. Blanco fueron a buscarle, y también en busca de algunos alimentos.

Llegó el doctor, y declaró que el niño tenía viruelas, y, por consiguiente, que era ne-

cesario aislarlo para evitar el contagio. Era, pues, preciso llevarle al hospital; pero quedaba la madre completamente desatendida. Además, ésta se oponía, llorando desoladamente, a que se llevaran a su hijo.

En esta situación, conociendo Galán lo que esto era para una madre, determinó quedarse él en la buhardilla cuidando a los dos enfermos.

Era necesario también aislar al otro pequeño, y pensó en el primer instante mandarle a la casa de huéspedes donde él vivía; pero momentos después, y para evitar que su patrona y sus compañeros de hospedaje se enteraran de su tan noble acción, decidió que el pequeñín se le encomendase a una vecina de los enfermos, que bondadosamente se prestó a retenerle y atenderle durante aquellos días.

El Sr. Blanco Cabeza trató de convencerle de que no hiciera aquello, para evitarle el contagio que podría sobrevenirle; pero fué en vano: Galán quiso cumplir aquella más que obra de misericordia, y en la buhardilla estuvo cuidando a los dos enfermos.

Se despidió de la casa de huéspedes por

unos días, con el pretexto de que iba a una excursión.

Y se pasó nueve días cuidando al pequeño varioloso y a la madre, ayudado, en cuanto pudo, por el Sr. Blanco, que le enviaba lo necesario por una demandadera, que no pasaba de la puerta de la buhardilla.

Su magnífica acción aun se magnifica más por el silencio en que quiso que quedara, para lo cual rogó al Sr. Blanco Cabeza que nada dijera de ello ni a sus más íntimos amigos Cabanellas y Santiago Rivero, y nadie supo, por entonces, noticia de tan noble rasgo de caridad, ni él hace nunca alusión a ello en sus escritos y cartas.

Otro de los episodios que también cuenta D. Casto Blanco Cabeza, y de cuya veracidad responde, así como del anterior, señala el gran cariño que Galán tenía a su madre, cuya muerte le hizo más tarde verter en estrofas todo el sentimiento que su pérdida le inspiró. Para Galán era lo más venerable que en el mundo había.

Acostumbraba Galán a conversar, entre clase y clase, con D. Casto, parados ante



una de las ventanas de la escuela, casi siempre ante la misma, y a fumar un cigarrillo.

Un día, momentos antes de entrar en la última clase, se dirigió a él un estudiante muy alto, y le pidió lumbre para encender su cigarro. Dió dos o tres fumadas Galán para reanimar el suyo, y se lo entregó amablemente, sin cortar la conversación que tenía con D. Casto. Encendió el mocetón su cigarro, y le devolvió a Galán el suyo, sin darle las gracias; y éste, sin separar su atención de lo que estaba hablando, le dijo:

—Puedes tirarlo: ya es una colilla.

En malas formas, y como buscando cuestión, le replicó el otro estudiantón que había de cogerla y fumársela.

Como Galán le contestase que no quería, le interrogó airado:

—¿Por qué?

—¡Hombre!...—contestóle Galán serenamente—, porque es una colilla, y no tengo ganas de fumar.

—¡Mientes! Es por despreciarme... ¿Es que tienes asco de mí?—replicó el otro estudiante más airado aún.

Sonriendo amablemente, le contestó Galán:

—No creo que haya motivo.— Y mirando sin ánimo de ofenderle, continuó:—No sigo fumando porque no tengo ganas.

El insolente compañero, apenas oída su firme negativa, escupió una frase soez, de esas, por desgracia, tan corrientes en nuestra España, y, sobre todo, entre algunas clases, en que se escarnece el nombre de una madre.

Tranquilo Galán hasta aquel momento, apenas oyó tan fea expresión lanzada contra su madre, se indignó y se fué contra el estudiante aquél, para castigar con los puños la tremenda injuria.

Entre D. Casto y algunos otros compañeros lograron separar a los contendientes, y trató aquél de tranquilizar a Galán, sin conseguirlo. No podía perdonar aquella ofensa hecha a su querida madre, y salió desafiado con el insolente compañero al Campo del Moro.

Por el camino iba Galán afligido y airado, repitiéndose a cada momento:

—¡Ha nombrado a mi madre! ¡A mi bendita madre!—y conteniendo su indignación,

acompañado de D. Casto, que, conociendo lo íntimamente que había herido tal grosería a su gran amigo, apenas sabía qué decirle.

Detrás, y muy cerca de ellos, caminaba el ofensor acompañado de dos de sus amigos, soltando de cuando en cuando algún impropio.

Galán lo sufría todo en silencio; pero antes de terminar la calle de San Bernardo, volvió el provocador a vomitar su chulesca grosería, y rápidamente se volvió nuestro poeta hacia él. Tuvo el Sr. Blanco Cabeza que hacer un gran esfuerzo para contenerle y para persuadirle de que aquél no era el sitio adecuado para castigar a aquel infame compañero, pues lo único que conseguiría era promover un escándalo, y que los guardías, inmediatamente, les detuviera.

Se contuvo Galán, y continuaron su marcha hasta la plaza de Oriente; y cuando ya bajaban la rampa que hay a la derecha del Palacio Real para entrar en la arboleda del Campo del Moro, volvió a surgir el bárbaro aquél, repitiendo el grosero insulto.

—¡Lo mato!—exclamó Galán dirigiéndose, corriendo, hacia él.

Contúvolo aún el Sr. Blanco Cabeza. Volvióse hacia el otro, y quiso hacerle comprender su sinrazón y la ofuscación en que estaba, rogándole que se retirara; y también sus amigos trataron de persuadirle. En lugar de hacerlo, y quizá creyendo que todas aquellas razones no eran más que cobardía disfrazada, se encaró insolente con el señor Blanco Cabeza, soltando villanas frases.

Este, entonces, ciego de ira, se lanzó sobre él, y dándole una bofetada con todas sus fuerzas, le gritó:

—¡Cobarde! Antes te pegarás conmigo.

Vaciló el mocetón, al mismo tiempo que Galán, lleno de coraje, reclamaba su derecho a vengar el insulto hecho a su madre.

No pudo hacerlo, pues el valentón aquél empezó a retroceder, y, dándose la vuelta, a subir la rampa hacia la plaza Oriente. Ante tal huída y tan inesperada, Galán no se atrevió ya a acometer a aquel cobardón infame que tan amargo rato le había hecho pasar, y acompañado de su buen amigo D. Casto y

de los amigos del otro compañero, que reprobaban su conducta y estaban asombrados de su cobardía, se dirigieron también hacia la plaza de Oriente, pensando aún encontrar al grosero ofensor; pero no se le veía por ninguna parte. Era de los provocadores valientes, que escupen blasfemias para amedrentar a aquel con quien tropieza.

Se quedaron solos Galán y su buen amigo, y poco a poco fueron serenándose. Después comenzaron a andar pausadamente, y se dirigieron a la casa del primero. En el portal abrazó a D. Casto, casi llorando, y le dijo:

—¡Hoy has librado a mi madre de verme en un presidio!

No comprendió éste la frase hasta que vió sacar a Galán, de uno de sus bolsillos, un revólver pequeño, que un compañero de hospedaje que estaba enfermo le había mandado recoger de casa de un armero que se lo estaba arreglando, y mostrándoselo, añadió:

—¡No sé cuántas veces tuve el pensamiento de disparárselo!...

Más episodios refiere el Sr. Blanco Cabeza de aquella época de la vida del poeta

como antecedentes al comienzo del Epistolario, el cual se inicia después de una breve excursión del poeta a Galicia, acompañando a D. Casto, después de terminar el curso.

En Galicia visitó La Coruña y El Ferrol, pasando la mayor parte del tiempo que estuvo allí en el valle en que vivía la familia de D. Casto.

.....

Regentó, durante cuatro años, la escuela del Guijuelo (Salamanca), y luego pasó, por oposición también, a la de Piedrahita (Avila), en donde estuvo otros cuatro años. Su labor en ellas fué muy intensa, sacando aventajados discípulos, que han sabido abrirse camino en distintas profesiones. Entre ellos está D. Mariano Santiago Cividanes, muy aficionado al cultivo de las musas, para lo cual le sirve mucho de estímulo el recuerdo suyo (1). A él dedica el poeta una poesía, no incluida en la colección de sus obras, *Acuérdate de mí*, en la que le da tan sanos consejos como éstos:

---

(1) Dicho señor ha publicado un epistolario del poeta, del que más adelante hablaremos.



*Si del trabajo la pesada carga  
y lo áspero y largo del camino  
te hicieran renegar de tu destino,  
acuérdate de mí,  
porque soy otro hijo del trabajo,  
que sin temor a que la senda es larga,  
llevando al hombro, como tú, la carga,  
voy delante de ti.*

.....

*Si te cierra la desgracia el paso  
sin llegar a la hermosa lontananza  
donde tú tienes puesta la esperanza,  
acuérdate de mí.*

*Acaso yo tampoco haya llegado  
donde me dijo el corazón que iría.  
Y esta resignación del alma mía  
te da un ejemplo a ti.*

Dar fuerzas para la vida, consolar a todos era una de sus principales aptitudes.

Su táctica en la escuela era, más que enseñar, educar, plasmar ciudadanos que supieran sentir la belleza de lo bueno, de lo verdadero, de lo útil para la generalidad, que tuvieran amor al trabajo, uno de sus mayores amores, al que dedicó aquel grandioso canto premiado en América.

Su mayor esfuerzo (en la escuela) lo dedicaba a los cuatro o cinco discípulos que sobresalían entre los demás, aunque nunca mar-

có diferencias su cariño. Estimulábales a los cuatro o cinco que más sobresalían continuamente, de una manera fina, delicada, haciendo que en sus pechos brotara y se desarrollara el amor propio, preparándoles para una sociedad que se espera, para la que dé el paso de que habla el Sr. Unamuno, cuando dice: «Daría un gran paso la civilización cuando se dijera: *hay que hacer esto, ¿por qué no lo he de hacer yo?*» A estos cuatro o cinco discípulos les llevaba con él al campo muy frecuentemente, disfrutando con ellos en plena Naturaleza, que era su verdadera pasión, y explicándoles allí todo lo que él sabía, incluso Poética, poniéndoles ejemplos que él mismo improvisaba, acoplándolos a la manera de ser de los niños. Así, explicándoles qué era el Ovillejo, les decía:

*¿Quién tiene mejores dientes?*

*Fuentes.*

*¿Quién es el más pillín?*

*Serafín.*

*¿Quién se va primero al grano?*

*Mariano.*

*Bien equivocado está*

*el que los crea inocentes,*

*porque son tres puntos buenos  
Serafín, Mariano y Fuentes (1).*

Como ejemplo de facilidad en la versificación les decía:

*Al ver ciertos niños  
me digo yo a veces:  
mamíferos, aves,  
reptiles y peces.*

A los alumnos les cogía pronto verdadero cariño, gozando con ellos en sus alegrías y sufriendo en sus desgracias.

A la muerte de uno de ellos escribió en una de las cintas de una corona lo siguiente:

*¿Para qué ir a visitarte  
en la mansión de la muerte,  
si en ella no puedo hablarte,  
ni puedo siquiera verte?*

*Tú en la santa paz del cielo  
y yo del mundo en la guerra,  
no tendremos ya el consuelo  
de vernos más en la tierra.*

*Mas si una santa constancia  
para esperar nos da Dios,  
¿qué importa esa gran distancia  
que hoy nos separa a los dos?*

---

(1) Alumnos de la escuela de Piedrahita.

Fué esta época de verdadera práctica en el cultivo de su arte. ¡Cuántas jóvenes mostraban orgullosas su abanico con unos versos, y cuántos jóvenes obsequiaron a sus novias con poesías salidas de la pluma de Galán!

En este tiempo leyó mucho. Se quedaba leyendo hasta altas horas de la noche.

En Piedrahita, frente a la escuela, está el torreón a que alude en la poesía titulada *Dos nidos*, escrita en pareados, forma que en sus primeros tiempos manejó mucho.

Lo mismo en uno que en otro pueblo de los dos en que estuvo de maestro dejó gratos recuerdos de su labor.

Estando en Piedrahita conoció a doña Desideria García Gascón, natural de Granadilla (Cáceres), con la cual se casó en Plasencia, en la parroquia de San Esteban, el día 26 de enero de 1898.

Renunció entonces a la escuela y a las oposiciones a cátedras—que estaba preparando—, a instancias de sus tíos y tíos de su esposa, y se dedicó al cultivo del campo y al cuidado de la hacienda, haciendo con éstos

una especie de sociedad para la explotación de todo ello.

A estas tareas se dedicaba en el Guijo de Granadilla, donde tenían la propiedad y vivían sus tíos, y a la caza, de la que era apasionado y un gran tirador. En algunas de sus cartas nos refiere episodios de caza.

Con los criados salía por la mañana temprano, «más temprano que el día» algunas veces, y con los criados volvía al toque de oraciones. Llevaba una fiambarrera de corcho, de las corrientes en estas tierras, como la de *El Vaquerillo*, y en ella una frugal comida. Trabajaba, dirigía a sus criados, y muchas veces dejaba la herramienta para hacer versos:

*Y para hacer esta canción honrada  
que el alma me pidiera,  
he dejado un momento abandonada  
mi tosca podadera. (Canción.)*

En el campo lo escribía todo; por eso, mucha de su poesía es de vista, es de ojos; solamente lo que tenía delante era lo que cantaba, como la alondra canta su nido. Así, en

la primavera, ante los árboles o más bien ante las vides, escribía:

*Y un sordo hervir de vigorosa savia  
que en los pimpollos se resuelve en yemas  
y tronco abajo se desliza en lágrimas.*

En casa era incapaz de escribir unos renglones, como dice en una de sus bellas y sencillas cartas: «Mis tareas en el campo consumen casi todo mi tiempo. Como que ordinariamente salgo del pueblo muy de mañana y regreso a él por la noche. Charlo por los codos con mis criados, les predico de lo divino y de lo humano, ellos me preguntan de todo, creen que no ignoro nada, me respetan y, sobre todo, me quieren. Mientras ellos trabajan, es cuando escribo versos. Todos los hago en el campo, tumbado en el santo suelo, a la sombra de una encina... En mi casa, en la mesa de despacho, viendo delante plumas y chirimbolos, soy incapaz de escribir una aleluya.»

La Naturaleza era su cuarto de estudio. Algo parecido le pasaba a Rousseau, el iniciador del sentimiento de la Naturaleza, fruto de nuestros tiempos, según nos dice en



uno de sus momentos de sinceridad, como afirma, acertadamente, doña Emilia Pardo Bazán (1): «Mi fantasía, que se exalta en el campo y bajo los árboles, languidece y sucumbe en la habitación, bajo los pontones de un techo. Muchas veces he lamentado que no existiesen Dríadas; de seguro que entre ellas me hubiera fijado yo.» Claro es que el alma muy religiosa de Galán estaba muy en contradicción con este deseo de Rousseau, al cual se puede asegurar que Galán no conocía.

En otra carta dirigida a M. Santiago Civildanes dice: «Mi vida ordinaria es esta: levantarme a las siete de la mañana o antes, si así lo dispone mi Jesús (2); almorzar cerca de una lumbre, que sólo aguanta con gusto mi tío, que nos va a tostar el cuero a todos; disponer y hablar con él de lo que hay que hacer en el día; irme con mi tío o sin él al Tejar; pasar allí el día y regresar al obscurecer; cenar al calor de las fraguas de Vulcano, charlar hasta las once, y a dormir todos para volver a

---

(1) *El Romanticismo*, pág. 29.

(2) Su hijo mayor.

empezar como el día anterior. En el Tejar, o por la noche en casa, leo los periódicos, y cuando no leo ni me interesa algo la tertulia, juego con el criado una partida al tute y otra a la brisca. Esto último creerás tú que es síntoma de desesperación, o de imbecilidad, o de perversión del buen gusto. Pues no, señor; no hay tal cosa. Lo de la desesperación y la imbecilidad sobrevenidas por jugar al tute en casa, no es cosa formal, no lo dicen más que Luis Taboada y los señoritos exagerados. Y lo del buen gusto está por ver. Por lo pronto, es de mejor gusto, sin duda alguna, jugar al tute con mi criado que con licenciados tan cursis como A..., banqueros tan cerrajos como B... y sastres ilustrados tan infames como C...

»Pero dejando a un lado estas pequeñeces y volviendo a lo principal, mi género de vida actual es más favorable a la salud que el que siempre tuve. Tiene que estar el tiempo muy bravo para que no salga de casa, y el salir al campo diariamente es cosa buena, más buena que aquellas encerronas de ocho días que antes me imponía el oficio, y las lectu-

ras, o el capricho, sencillamente. Ahora sucede lo contrario: es el oficio mismo, ya que no el propio deseo, el que me echa de casa, cuando es posible salir de ella sin verdadero riesgo de perder la salud.

»Siempre hay mucho que hacer y mucho que no puede ser abandonado. Por eso ando siempre ocupado, y por eso no me siento aburrido un momento. A esto último contribuye, especialmente, la variedad de ocupaciones, que contrasta notablemente con aquel repetido martilleo de mi anterior oficio, cuya monotonía eterna fastidia el ánimo y acaba la paciencia más probada...

.....

»Ni las tareas son siempre iguales, ni las horas que ocupan son las mismas todos los días, ni el modo de trabajar, aun en tareas repetidas, que parecen iguales, es siempre el mismo.

»Un día hay que ir a ver si las vacas comen bien en donde están; al otro hay que salir forastero; al otro, a señalar árboles para que corten ramo a las reses; al otro, a ver si las aguas crecidas hicieron daño en un prado; al

otro, a caza; al otro, a ver si parió una cerda; después, a cambiar de sitio para las vacas, a ver lo que descuajó un jornalero, a llevar algo de lo que siempre se está necesitando en el Tejar, a traer las jacas al prado, a señalar un chotillo recién nacido, etc., etc. Y estas varias ocupaciones, al par que distraen, por eso mismo de ser tan variadas, no le sujetan a uno a esa tiranía del reloj, con lo cual no es uno dueño ni de su persona, mientras la hora no lo diga. Esa tiranía puede romperse cuando se quiere en mi nuevo oficio, y basta para no tener ni deseos de romperla la sola idea de que puede romperse cuando se quiera.

»Pero no todo es paraíso. Si todo fuera como se pinta, cuando se pinta lo bueno, el Mundo, ya ves, sería un idilio. Lo que yo he pintado como bueno, bueno es en realidad. Falta ahora lo que hay de malo en el asunto. Cuando en un camino le sorprende a uno la lluvia, y el caballo y el jinete cargan con el agua que quiere mandar la nube, y llegan a casa como una sopita, no hay idilio, ¿verdad? Y las mañanas de enero, para el que

las pasa caminando sobre la helada, con un frío que corta el pelo, tampoco son nada idílicas. Como tampoco es nada poético, ni siquiera agradable, que un cerdo te dé un hocicazo y te llene del brebaje que come los pantalones, o una jaca te eche al suelo, o una vaca te propine un topetazo, o una tapia quiera aplastarte al saltarla, o el lodo te llene los pies de humedad, *et sic de coeteris...*»

La ganadería también le ocupaba algo. Iba a las ferias a vender y a comprar ganado: «El 14 salgo—dice en una carta a José González Castro (*Crotontilo*)—, Dios mediante, para la feria de Galisteo, a vender unos chotillos... y tal vez a traerme otras tercianas. Pero ya sabes: el pan nuestro de cada día...»

Algunas veces predicaba, como él mismo dice, a las gentes del pueblo. Les hablaba en verso desde los balcones del Ayuntamiento, y gozaba viendo aquellas gentes sencillotas pendientes del hilo de sus palabras. «No sé si sabrá usted—decía a D. Mariano Miguel del Val—que me he metido a predicador rural. Varias veces he hecho una cosa que yo llamo sermones, en verso, por supues-

to (1), y se los he recitado, o mejor, se los he declamado a estas gentes en plena plaza, desde los balcones del Ayuntamiento. No puede usted imaginar el efecto artístico y los benéficos efectos que producen estos sermones, que, desde el punto de vista literario, no son más que una vulgaridad estupenda. Lloran, ríen, se entusiasman y aprenden mucho, que es mi propósito» (2).

Aquellos hombres, sencillos y trabajadores; aquella gente del Guijo, que tanto le idolatraba, le preocupaba: quería verlos felices, sin rencillas entre sí; cristianos, buenos, honrados, caritativos y trabajadores. Para todos tenía consejos; quería ver floreciente al pueblo, y para ello exhorta a todos en *Sólo para mi lugar*, que compuso cuando le hicieron hijo predilecto del Guijo, el 13 de abril de 1903. A las esposas les dice que amen al marido, que le aconsejen prudentemente, que le perdonen sus errores, que le den paz y sean su consuelo:

---

(1) Al verso le tenía menos miedo que a la prosa.

(2) La oratoria, que no llegó nunca a cultivar. salvo estos sermones en verso, le hubiera también dado fama; leyendo alguna de sus poesías, se le ve orador.



*Bríndadle paz al esposo;  
sed su perenne consuelo,  
y ese infierno tenebroso  
convertiréis en un cielo.*

A las madres, que eduquen bien a sus hijos para que sepan respetar, que les enseñen las máximas cristianas, que estén siempre vigilantes,

*porque si en ellos fiáis  
en los abismos abiertos  
del mal los veréis caídos,  
y es menor mal verlos muertos  
que conocerlos perdidos.*

A las doncellas les dice que sean honestas, que sean pudorosas,

*porque una linda doncella  
sin la virtud del pudor  
es una rosa muy bella,  
pero que no tiene olor.*

A los hijos, que sean buenos para con sus padres y honrados,

*..... porque el cielo  
premia al honrado vivir.*

A las autoridades también las aconseja que sepan guiar al pueblo

*..... por orientes  
de progreso y de cultura,*

*que son las mejores fuentes  
de toda dicha futura.*

Y a todos, en general, se dirige para que se ayuden unos a otros:

*al pobre, que ayude al rico,  
y al rico, que ayude al pobre.*

(«Sólo para mi lugar».)

Cuando él sabía que el Municipio pretendía irregularidades, se presentaba en el Ayuntamiento para aconsejarles y todos callaban, con respeto, y seguían sus consejos.

Así vivía en el Guijo, apreciado por todos, que le miraban como suyo; quizá era su propia alma, su profeta, el que les sacaba a la superficie sus sentires más hondos, su espíritu, su mundo interno, del que ellos apenas se daban cuenta. Acudían todos a su casa en busca de consejo, en busca de alivio para sus penas, y a todos sabía llenarles de esperanzas, a todos les daba remedio a sus aflicciones. A él iban a contarle también sus alegrías, para que las compartiera con ellos. Y todos le pedían poesías cuando algún acontecimiento de familia rompía la monotonía de su tranquilo vivir: una madre le pide una

poesía para el día que su hijo canta misa; un mozo para el santo de su novia, y su gran corazón no le permitía negarlas.

Su propia familia parece que quiso hacerle poeta, si él por sí no lo deseara, como ya diremos, pidiéndole constantemente versos. Así le dice en carta a D. José de la Fuente, discípulo del poeta: «Porque es una grandísima verdad que yo no puedo dedicarme a cosas de pluma, por absoluta falta de tiempo, y, sin embargo, *tú, que no puedes, llévame auestas*.

«Lo digo porque Luis (1) me tiene frito también con peticiones de versos. Hace pocos días le envié unos de Zorrilla para que se le calmara algo la sed y para no gastar yo tiempo; y de nada me sirvió mi estratagema, porque me dijo que sí que le habían gustado mucho; pero... que los quería que fuesen míos. Amor de hermanos que ciega. Y para mandarle algo, he sudado un disparate, a causa de la falta de tiempo y de lo trabajosos que son los partos poéticos de mi rebelde mollera.»

---

(1) Hermano del poeta.

Sabían mejor que él sus versos los vecinos, y los cantaban en la arada, en las rondas, en la trilla, etc. «Mis paisanos, los salamanquinos, y lo mismo los extremeños—dice en la carta que escribió a la señora Pardo Bazán, cuando le pidió unos datos para publicarlos en *La Revue de Paris*—, me quieren mucho, me miman. Yo también les quiero con toda mi alma, y con ella les hago coplas, que saben mejor que yo, de memoria, porque las recitan en todas partes, y hasta las oigo cantar diariamente a los gañanes en la arada...»

Atareado, labrando el campo, sintiendo lo que en él hacía y vertiéndolo en coplas, respirando el cariño de todos los suyos, transcurrían las horas del poeta.

Le sacaban de estas faenas, de este tranquilo vivir, sus escritos; los viajes que por tal motivo tenía que hacer a las poblaciones que le premiaban, rehusando cuantos agasajos pretendían hacerle. La exhibición le molestaba mucho; quería evitarla siempre: «Hoy me mandan—dice a su gran amigo el Sr. González Castro—un periódico, donde leo que proyectan un banquete en honor de... ¿Pero

usted ha visto otra? A mí me causan horror tales cosas, y ya logré desbaratar otras dos semejantes que allá, en mi tierra, se preparaban. ¡Gran escarmiento ha producido en Plasencia el célebre banquete a Garibaldi!...» (1)

Estando en Madrid con el Sr. González Castro, arreglando asuntos referentes a la venta del tomo de *Castellanas*, que entonces vió la luz, le llevó Castro a presentarle a Cepeda, entonces director de Registros y diputado por Plasencia; al ministro y a algunos nobles que tenían deseos de conocerle. Después de alguna resistencia a ir, alegando lo que le molestaban estas cosas, fué, atendiendo a los muchos ruegos y a las razones que le dió Castro, y para que éste no dejara su palabra incumplida. Al ir le encargó Castro que llevara un tomo de *Castellanas*, para dedicárselo a Cepeda, advirtiéndole que éste era el impugnador de *Las Nacionalidades*, de Pi y Margall, para si quería hacer alguna alusión a ello en la dedicatoria.

---

(1) Se refiere a cuando concedieron a Plasencia el título de «Muy Benéfica», que organizaron una velada en la que leyó su poesía «La Benéfica».

Esperábanle en la Dirección general de Registros, además de Cepeda, el ministro y algunas personalidades de la política y de la nobleza. Fué acogido por todos con grandes muestras de simpatía.

Todos tuvieron frases de admiración para él; mas él se mostró frío, poco locuaz, a pesar de que lo era mucho. Tenía prevención a la cortesanía, que le olía a farsa.

Le invitó Cepeda, al despedirse, a un almuerzo, que en su honor quería dar dos días después, jueves de la Ascensión, y al que asistirían algunos amigos más que tenían deseos de conocerle.

—No puede ser—le dijo—; me voy mañana.

—Son dos días más—suplicó Cepeda—; yo no puedo salir ni hoy ni mañana; por eso le ruego que se espere al jueves.

—Me voy mañana—repitió Galán—, porque tengo que empezar a segar los *praos*, y los *praos* no esperan, y me interesan más los *praos* que estas cosas de Madrid.

Salíanse, y le recordó *Crotontilo* que no había dedicado el tomo que llevaba de Cas-



tellanas. Lo abrió y puso cuatro palabras solamente, y se lo entregó, diciéndole:

—Tenga usted; yo no gasto adjetivos.

Sólo ponía: «A D... Cepeda.—Galán.»

Estuvo en aquella ocasión, si no soberbio, un poco altanero, casi despreciativo, y es que Galán, tan humilde con los humildes, con los altos era soberbio; a ellos se dirigía como se dirige a la montaña:

*Tú tienes que morir. Yo soy eterno.*

.....

*Y en fin, mole dormida,*

*aunque sintieras como yo la vida,*

*me envidiaras, sin duda,*

*porque yo sé cantar y tú eres muda.*

(«A la montaña».)

Por entonces fué cuando hizo su lectura de poesías en el Ateneo de Madrid, donde le presentó el catedrático de la Universidad Central D. Eloy Bullón. Quiso la Junta del Ateneo que, para dar más solemnidad al acto, hiciera su lectura otro día de la semana que aquel en el cual la hizo—era lunes—, porque la inauguración del teatro Lírico y el estreno de *Circe* había de restar concurrencia.

—Ya que son ustedes tan amables—dijo

Galán a los del Ateneo—que quieren oírme leer mis coplas, el lunes ha de ser, y vaya la gente que quiera y que pueda, que yo, el mismo lunes por la noche, me vuelvo a mi aldea.

Y en el mismo día verificó su lectura.

Ya entonces había triunfado en los Juegos Florales de Salamanca, con *El Ama*, que aquella noche leyó, además de *Regreso*, *Varón* y *El embargo*. Obtuvo un éxito, a pesar de que leía muy medianamente.

—Lástima que lea tan mal—aseguran que dijo Maeztu.

Y Zahonero, sin reprimirse, abrazándole:

—Es usted un tío.

Luego le dedicó un artículo, muy bueno, en la *Gaceta del Norte*.

Sólo estos acontecimientos, como antes digo, le sacaban de su aldea, del lado de sus quereres, lo mejor de su vida, como él dice en una carta: «La mejor parte de mi vida se la llevan mis quereres. Otra buena parte de ella, mis tareas en el campo. La tercera, mis coplas. Los quereres son mi mujer y mis hijos.»

Era Galán un modelo de esposos, estando muy enamorado de su mujer,

..... un querube  
que Dios ha puesto junto a mí en el mundo.

(«Poema del Gañán».)

De ella decía: «No es guapa: es de las que llamamos del montón; pero es toda bondad, es humilde, muy reservada, muy de la casa, mujer sin aspiraciones, muy amante de los hijos y muy sana.» El la quería mucho; era su consuelo y hasta le servía de estudio. «Aprende de ella (su esposa)—le dice a *Crotontilo* en carta—, como yo aprendo de otra, que no sabe todo el bien que me está haciendo.»

El ejemplo de nuestro poeta, a más de sus versos, trozos de su alma, como hijos de ella, y desgarrones del corazón, a veces; su carácter comunicativo, su fino aconsejar, las dulzuras de sus consuelos, que a todos llegaban; su bondad, la rectitud sana de su honradez, le conquistaron el general aprecio; por esto, el Guijo de Granadilla y los pueblos inmediatos hicieron sinceras demostraciones de duelo—espontáneas, como todo lo sincero—a su muerte, ocurrida el 6 de enero de 1905.

La muerte de su madre, ocurrida el 30 de junio de 1901, y la de su padre, el 26 de noviembre de 1904, le llenaron de dolor los huecos de su corazón, y se le fueron ensanchando de tal modo, que no pudieron resistir las presiones de fuera el empuje de las de dentro. El adiós a la casa paterna, al ocurrir la muerte de su padre, casi repentina, «cuando estaba viviendo una vida llena de energías y de salud», se le quedó en la garganta, y le ahogó:

*Es preciso tener alma de roca,  
sangre de hiena y corazón de acero,  
para dar este adiós que en la garganta  
se me detiene al bosquejarlo el pecho.*

*Es preciso tener labios de mártir  
para acercar a ellos la hiel del cáliz  
que en mi mano trémula  
con ojos turbios esperando veo.*

*Ya está solo mi hogar. Mis patriarcas  
uno en pos del otro del hogar salieron.*

(«El Amo».)

Esto se lo decía su corazón, que se ahogaba, y luego su fe cristiana, su alma, que se derramaba en consuelos para todos, trata de consolarle en sí misma, y le hace decir, resignadamente y con la misma entereza que a

la muerte de *El Ama*: «Dios lo ha querido así. ¡Bendito sea!»

*Me los vino a buscar Cristo amoroso  
con los brazos abiertos.*

«Yo, al dejarlos en aquella tierra santa —dice en carta a *Crotontilo*—, al salir de aquella casa, al dejar aquel pueblo de mis ya muertos amores, creí que me ahogaba de ansia. Estuve un rato olvidado de lo que tengo en el mundo (¡Dios me perdone!), y me vi solo, sin padre, sin madre y sin patria. Y nunca podré decir todo lo que tuve el valor de padecer, cuando, parando el caballo cara a cara con toda mi vida, que se veía desde la cumbre de aquel monte que recogió mis miradas de niño y de adolescente feliz, le di a todo un adiós de aquellos que no se pueden repetir sin peligro de morirse.»

Y próximamente al mes, cuando, para consolarse a sí mismo y a sus hermanos, había vertido en las bellísimas décimas de *Canción* todo su sentimiento por la muerte de su padre; cuando, acordándose de su esposa, de sus hijos y de sí mismo, como artista, pide a Dios vida; cuando escribe a sus hermanos

Luis, consolándole—necesitándolo él más que ninguno—, le envía *Canción*, y le dice: «Lo que Dios quiere está bien dispuesto. Además quiere que vivamos resignados, y así hemos de vivir todos. Hay que procurar sólo una cosa: no privar a los muertos de nuestras oraciones.»

«Lee esa *Canción*; en ella digo cómo se debe vivir, si hay resignación:

*Caminando a media rienda  
por el campo del sentir.»*

Cuando por todas estas causas ya parecía estar más tranquilo su corazón, coge la enfermedad que le llevó a la tumba.

El 31 de diciembre de 1904, al volver del campo se sintió enfermo. Fué benévola en los primeros días su enfermedad, y decía a su mujer: «No quiero que avises a Baldomero, porque esto no es nada.» Al tercer día, una alta fiebre agravó su dolencia; entonces les decía a los médicos: «A tiempo, señores médicos, avísenme del peligro; yo no me arredro ante la muerte, ni me quejo de ella, si Dios misericordioso me deja reconciliar mi alma



con El y recibirle en mi pecho. Quiero confesarme.»

Pidió el Santo Viático, y a poco de recibirle, murió, recitando las sentidas y sencillas coplas de Jorge Manrique:

*Cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte,  
tan callando .....*

que debieron ser su rumia en los días que se sucedieron al fallecimiento de su padre.

Hasta la hora de la muerte está dando consejos y consuelos. Alguien le ha llamado *El apóstol de las consolaciones*. Cuando la muerte de su padre, al ir él a Frades, dice su hermano Baldomero en el libro de los Carraffa, dejó al jefe de estación de Oliva y Villar unas líneas en lápiz, que decían: «Temo una gran desgracia. Sé fuerte. Aquellos pobres hermanos son más débiles que nosotros, y hay que consolarlos.» A su querida esposa, a la que dejaba con tres hijos y uno aun no nacido, la llamaba con frecuencia en sus últimos momentos, y la decía: «Prepara tu alma para este golpe rudo: tienes que resistir esta prueba; ten valor; confía en Dios.»

Así dejó este mundo aquella alma, de la que, según frase del ilustrísimo padre Cámara, «Dios mismo estaba enamorado», el día 6 de enero de 1905.

Lo que ocurrió a su muerte en aquel humilde lugar lo describen de igual forma todos los que a él fueron a rendir el último homenaje a los restos del poeta. He aquí cómo lo hace el Sr. Ibarrola, amigo íntimo del poeta, en el discurso pronunciado en Cáceres en la velada necrológica: «El pequeño lugarejo permaneció toda la tarde silencioso y mudo, pero con silencio y mudez que helaba y congelaba la sangre dentro del pecho; no obstante ser día de fiesta, día de los Reyes y época de las matanzas, ningún hombre entró en ninguna taberna; en ningún hogar hubo fiesta, y las puertas se entornaron y se cerraron en expresión de duelo público, del llanto general. El Ayuntamiento acordó ir a velar el cadáver, y la gente toda, los ricos y los pobres, se agolparon a la casa mortuoria y pidieron permiso para besar el cadáver y, prostrados ante él de hinojos, rezarle una oración. Concedido el permiso, el pueblo todo pasó

ante el desventurado José María, y las mujeres entraban llorando a gritos y los hombres callados y silenciosos, y todos se arrodillaban ante el muerto..., oyéndose frases como las que he leído yo en los periódicos de Salamanca... A un pobre gañán se oyó decir: *«Si hace falta sangre, que me abran a mí las venas, pero que no muera mi padre.»* A un pastor rudo se le oyó exclamar: *«Si le pudiera dar vida con dinero, yo lo traería, aunque no lo tengo, porque yo saldría a robarlo.»* Y a un grupo de campesinos, a la misma puerta de la casa del poeta, se les oyó: *«¡Qué malos debemos de ser, Dios mío, cuando nos castigas tan sin piedad, llevándonos a nuestro padre!»*

Murió, según dice el parte facultativo, a consecuencia de una fiebre gastronerviosa cerebral. Algunos aseguran que no fué de esto, sino de una pulmonía, que no lograron descubrir.

En todas las poblaciones castellanas se celebraron veladas en su honor. Salamanca, Valladolid, Avila, Cáceres y Sevilla las celebraron con gran pompa. La de Salamanca, con asistencia además de la eximia escritora

doña Emilia Pardo Bazán, del conde de Casa-Segovia, que, comisionado por la Sociedad Patriótica Española para entregar a Galán los premios otorgados por aquella Sociedad al *Canto al trabajo* y *A la montaña*, supo, al llegar a las costas españolas, que Galán había muerto. Tomaron también parte en ella el Sr. Unamuno, el Obispo de Salamanca, reverendo padre Valdés; el alcalde, el hermano del poeta, D. Baldomero, que leyó alguna poesía inédita (*Las Repúblicas*), y el mayor de los hijos del poeta, que recibió de manos del Conde de Casa-Segovia los premios de que era portador.

El Guijo de Granadilla le nombró hijo adoptivo el 13 de abril de 1903. La Comisión provincial de la Diputación de Salamanca quiso nombrarle hijo predilecto de la provincia en los primeros días de diciembre de 1904. Dejaron el asunto para tratarlo por la Diputación toda en el mes de abril, y ya no le alcanzó tal honor.

Murió muy joven Gabriel y Galán, quebrando esperanzas. Mi querido maestro el Sr. Unamuno dice en un extraordinario de

*El Adelanto*, dedicado a la muerte del poeta: «Un antiguo poeta griego dijo que aquel a quien los dioses aman muere joven. La sentencia es implacable; pero cabe, sin duda, traducirla en cristiano.»

«Dios se ha llevado a Galán, y será, sin duda, para corroborar su gloria; tal vez aproveche a esta gloria esta muerte, que nos parece prematura; tal vez ella le ha preservado la salud del alma del desvanecimiento con que la gloria mundana pudo haber llegado a dañarla.»

El Sr. Unamuno temía que a Galán, si no variaba de rumbo, se le agotara el filón poético y cayera en la monotonía, y así se lo hizo notar en alguna ocasión. También su íntimo amigo Sr. González Castro se lo anunció alguna vez, y él le contestó: «Si el tema es de verdad poesía, no se agotará jamás. Yo, sí, podré agotarme mañana; pero el venero del sentimiento de lo bello y de lo bueno es inagotable: como que viene de un océano que no tiene hondón ni orillas... Llámalo Dios.»

## Vocación de Gabriel y Galán.

Galán quería ser poeta, sobre todo, aunque cuando más lo fué, aparentemente lo tenía como cosa secundaria. Su inclinación y sus dotes lo llevaban a serlo, y además puso su voluntad en serlo, y para ello leía mucho, aun quitándole horas al sueño; gustaba mucho de soñar despierto, y llamaba a la musa, como humorísticamente lo hace en una \*de sus cartas a D. C. Blanco Cabeza: «Déjame, pues, hablar una *miajirrinina* de poesía.

.....  
»¡Ay..., ay..., ay...! Jamás los sabios supieron definir la muerte y la vida. Yo solo, que soy un pobre artista, lo comprendo.

.....  
»Ser de mi ser, alma de mi alma (1), yo te

---

(1) «Ya entré de lleno.» (*Nota del poeta.*)



veo en el aura que respiro, en el aroma de la silvestre campánula, en el cielo del mes de mayo, en el arroyo de las ondinas..., en el corral de tu casa...

»Tu pensamiento abrasa la sangre de mis venas, tu imagen de virgen y de diosa me da noches de horrible insomnio..., y más si por la noche tomo un poco café.

»Esta mañana, cuando Apolo saludaba a Flora, llamaba yo al sueño; pero el sueño no es conmigo desde tu ausencia...

»Mecíme un rato en la región a que tu belleza eleva mi fantasía, ya loca y calenturienta por el cruel insomnio de la noche..., y me quedé dormido cuando la Naturaleza sacudía su nocturno letargo, cuando Febo llamaba al mundo a la vida..., cuando alzaba sus cantares mañaneros el gallo de la tía Josefa...

»Eres, hermosa mía, el ideal que soñó Rafael para sus lienzos, la náyade que forja el poeta para cantarla..., la evocación de las efigies escultóricas griegas, la diosa a quien rinde culto el genio del artista en el templo de la hermosura...

.....

»Paloma mía, dulce compañera mía, *barbiana* mía..., ¿dónde estás?... Tu hermosura es harto deslumbradora para que estos ojos, cansados de llorar tu ausencia, la vean de una vez... ¡Ay..., ay..., ay...! Yo me consolaría con verte nada más que la punta de las narices...

»Yo soy el trovador que en la solitaria noche tañe melancólicamente la cítara clásica debajo de tu ventana. Vive mi espíritu con el aliento del tuyo...; me alimento con las ilusiones de mi demente fantasía..., con los suspirillos de tus labios... y con el chorizo y el jamón de la despensa, que son, en este país, aun mucho más clásicos que la cítara...

»A la brisa le pido nuevas tuyas... Ayer me trajo un suspirillo de tu boca; mis labios le adormecieron, y en ellos pasó la noche, como el niño que se duerme arrullado por su madre y velado por el ángel, que hace mecerse mansamente la cuna con el roce de sus alas nevadas y blanquísimas...»

En este tono continúa el resto de la carta, en la que vemos que él mismo se llama ar-

tista, fechada el 11 de abril de 1890; es decir, cuando el poeta tenía veinte años.

En otra de febrero de 1893, al mismo, dice: «... Si yo ambicionaba antaño el amor de una mujer era por una especie de vanidad espiritual, sugerida por otras almas que amaban; por un anhelo que yo llamaría artístico, que me impulsaba a buscar nuevas fuentes de..., ¡qué sé yo!, de poesía, porque las mías, aunque inagotables, eran siempre las mismas...: mi hogar, mi patria, la Naturaleza, mi madre... ¡Todo inagotable y purísimo!, ¿lo oyes bien? ¡Inagotable todo! Pero nos hace pecar muchas veces esta tendencia hacia lo nuevo, hacia lo vario.

»Por eso yo quería amar; por eso y por una especie de curiosidad, que yo llamaría de buenas ganas científica, filosófica..., quería hacer en mí mismo observaciones anímicas; es decir, verme por dentro... y luego... (¡infantil puerilidad!), luego escribir lo que viera y leérmelo a solas muchas veces, como me leo cuanto puede hacerme llorar un ratillo... ¡Manías de muchachos solteros, de que tú ya no debes hacer caso!...

»Yo siempre he sentido comezón irresistible de escribir, ¿sabes?; pero para mí solo o, cuando más, ¡qué sé yo para quién!... Casi para nadie; porque yo, contra tu benévola y cariñosa opinión, no sirvo para hacer vibrar la cuerda del sentimiento de nadie, y porque lo conozco no lo intento...

»Al percibir las tibias humedades de las lágrimas que yo vierto desordenada y confusamente en pedazos de papel, sólo mis entrañas pueden sentir estremecimientos de goces, escalofríos de entusiasmos, impulsos íntimos de llorar, sacudidas de sentimentalismo..., porque todo ello es enteramente *mío*, y yo me lo río y yo me lo lloro, sin que nadie pueda reírse de lo que a mí me hace echar lágrimas.»

Esa comezón irresistible de escribir es, precisamente, la que le hace poeta, y la que hace poeta de verdad, porque se escribe por el ansia de exteriorizarse, de hacer plástica la belleza que siente uno con toda el alma y con todo el corazón. Y también le hace verdadero poeta al que estudiamos ese creerse solo, ese creer que no sirve para hacer vi-

brar la cuerda del sentimiento de nadie. Cuando se sabe hacer vibrar esa cuerda, la poesía suele convertirse en oratoria; defecto que tiene mucha parte de la poesía castellana. La verdadera poesía, la poesía sincera, es la otra, la que brota para uno mismo.

También Galán quería ser sincero, como lo fué. No decir más de lo que se le ocurriera o lo que sintiera era para el poeta una ley. Así dice en carta de 1892: «Llámame cursi, pero déjame serlo. ¡Bah! ¡Tonterías! Yo dejara de ser cursi si, cuando digo lo que pienso, pensara como lo digo; pero la tontería está, precisamente, en perfilar lo que se dice...»

## Iniciaciones poéticas e ideales de Galán.

José María Gabriel y Galán, humilde en las relaciones sociales, lo era también en el terreno del arte; escuchaba y procuraba atender todas las advertencias que le hacían.

Su primer consejero en el delicado arte de las musas fué su madre, muy aficionada a la lectura y un poco iniciada en la poesía. Más tarde lo fué su hermano Baldomero, también poeta, conocido antes que José María y eclipsado con el sol de su hermano. A su juicio sometía éste todas sus composiciones. Baldomero tiene una poesía, *Sementera*, parecida a *El poema del gañán*, de José María, en la que sirve de base a la inspiración el mismo cantar:

*Dice la mi morena, etc;*



De Unamuno también recibió bastantes consejos literarios. El fué quien le recomendó algunas lecturas, historias, filosofías y que leyera versos con parsimonia, consejos que atendía con solicitud y aun prefiriéndolos a otros. «El consejo que en ella (su carta) me da—le dice en una suya—de que lea poesía con parsimonia, vengo practicándole desde hace mucho tiempo, no sólo porque no tengo libros, ni hay por aquí quien los tenga, sino porque estoy convencido de la bondad del consejo, que da el medio mejor de evitar los más funestos inconvenientes. Lo poquito que contienen unos minúsculos tomitos de poesía clásica, lo he leído ya muchas veces, y no lo miro: me cansa ya.

»Lo que siento es que la carencia de libros se extiende a los de otra índole, que, como usted me dice, me convendría muchísimo.

»No leo más que cartas, noticias de periódicos, una o dos revistas y algún librito que me dedique su autor. Con esta gran ignorancia de lo que se ha escrito y se escribe, el aislamiento en que vivo y el poco tiempo que el campo me deja libre, ya ve usted qué po-

dré hacer, aun contando con que pudiese hacer algo que mereciese la pena de leerse.

»Así que me limito a aprovechar mis ocios escribiendo algo a salga lo que saliere. Y así suele salir ello.» (Lleva esta carta fecha de 19-12-1902.)

Estas opiniones las buscaba con solicitud. Unamuno le dió muchos alientos, y no sólo él, sino varias otras personalidades, como el ilustrísimo padre Cámara, le alentaron mucho, temiendo el poeta defraudar las esperanzas de cualquier persona que por él se interesase.

Había una cosa que coartaba mucho a Galán al escribir, además de la idea religiosa, y era la interpretación que pudieran dar a sus versos. No quería herir en lo más mínimo. Evitaba que en ellos se notase la menor tendencia. *Los postres de la merienda*, composición muy viva, muy real, le pesaba haberla escrito por la reflexión final, aunque es tan sincera, tan oportuna, tan del cuadro que pinta, tan del hombre que describe, del hombre trabajador que vive el poeta.

Sobre todo, por lo que más se preocupaba

era por el pueblo bajo, por «los que no digieren», los que no «tienen filtro para las aguas que beben». «Comprenderás—le dice a Castro, hablándole de una novela de éste que le había anunciado—que no se trata de mí; esto es, que yo, por desgracia, ya no me espanto por *pincelada* más o menos. Es más: cualquier cosa, en literatura, resisten los nervios míos mejor que una cosa ñoña. Esto no quiere decir que no se me encalabrinan también con las porquerías; pero las ñoñeces, ¡ay!, no las puedo resistir. Pero lo siento por *los demás* que no tienen filtro para las aguas que beben... Bien me comprendes: ¿no sabes que el *pueblo bajo* es un bruto por culpa nuestra, y ya que lo dejamos ser bruto no debemos hacerlo también cerdo? Bien sabes que no digiere. ¡Oh!, si le hubiéramos enseñado a digerir, ya podría-sele hablar de otra manera. Y bien comprenderás que el *pueblo bajo* de autos no lo forman precisamente los tíos más tíos, porque éstos no leen más que el calendario zaragozano.»

Anhelaba que fueran leídos sus versos con la sana intención con que brotaban de su

corazón; acaso por eso le sabía tan bien oír cantar un verso suyo en el campo, oírlo recitar a un labriego de aquellos que le conocían, de aquellos que no dudaban de su recto sentido. Algunos lanzó al fuego para evitar una falsa interpretación, según le dice en carta al Sr. Unamuno.

Esta misma timidez, este recelo, le hacían temer mucho los juicios de la Prensa. Ver escrito en letras de molde cualquier defecto de sus obras, le impresionaba, desazonándole bastante. Las críticas del Sr. González Castro (*Crotontilo*), que juzgaba con el corazón, le agradaban mucho; pero alguna vez le dijo a éste que eran muy dulces, que tenían demasiada miel, y ¡algo tendrían sus obras que censurar! *Crotontilo* sabía la sensación que le hacían estas cosas, y procuraba evitarlo. Una vez, por mortificarle algo, le hizo una crítica, señalándole defectos e indicándole caminos, de la que él se defiende con ahinco en una carta. «Que cante el vicio, que ya canto la virtud. Que fustigue aquél, ya que siempre he puesto a ésta sobre mi cabeza, y a ella le consagré mis amores. Que tu deseo

es que haga lo primero, después de hecho lo segundo.

»Pues bien; yo creo que todo ello es uno, mirado desde dos puntos de vista. Eso, sí: creo que estoy haciendo lo que deseas y me aconsejas. Mira el fondo de las cosas y verás cómo es verdad. Porque amar mucho la luz, ¿no es detestar las tinieblas? Adorar la libertad, ¿no es odiar la tiranía? Hacer amable la virtud, ¿no es una condenación del vicio? Cada himno al bien es un salibazo al mal. Son dos procedimientos para lo mismo, con la ventaja para el mío de que me doy o le doy a los demás atracones de aire limpio, y no festines de carne, que hiede a muerta...

»Sólo podrás argüir que el ataque al vicio, de frente, a tiro limpio, es de mayor eficacia, al menos para las gentes incultas, que la *guerra santa* que yo pretendía hacer: que las llagas se curan mejor con cáusticos que con bálsamos..., algo hay de verdad en ello; pero siempre ha de resultar que enfrente de esa verdad, que es muy relativa, hay otra que no lo es tanto: espíritus amamantados en el amor al bien llevan más noble base de educación

moral que los criados en las bascas que produce la podredumbre del mal...

»Que amo los tiempos en que la digestión de los poderosos era tranquila, gracias al estado de incultura de los pobres. Eso es, sencillamente, que me cuelgas un mochuelo que no he matado. Yo amo la tradición, sí; la amo en lo que tiene de bella y de sustanciosa: que de estas dos cosas tiene, y no poco.

»Pero la gran tradición que yo amo no es ésa que tú me dices: eso es amar la propia barriga, con endiosamiento y con grosería; eso, además, es un crimen (el crimen de vivir apoyado en el embrutecimiento de los demás y desear que perdure para que no se interrumpa la digestión), etc., etc...»

Sin embargo, estas críticas, hechas en carta, no le hacían daño: las pedía. «Cuando usted tenga vagar—le escribe a Unamuno—, me dice algo, aunque sea poco y agrio. Los amargos suelen aprovecharme.»

Aparecer altivo entre los suyos, él, que predicaba humildad en todo, truncaba la tranquilidad de su espíritu y se desvelaba por no aparecer tal. «Me han mandado—dice en

carta a *Crotontilo*—el programa de los Juegos Florales de Murcia, y ésta es la hora en que no tengo hecho nada de provecho. Y a Béjar quería mandar algo, por que no digan nuestros paisanos que le parece a uno poco Béjar y sus Juegos.»

Es posible que estos miramientos, a la larga, le hubieran perjudicado. Lo peor que puede hacer un escritor es tratar de complacer a todos.

Su ideal artístico revela su alma de poeta, su alma creadora. Era éste presentar siempre las cosas por su lado limpio, por la cara brillante, por el lado bello. «Lo difícil, lo portentoso del Arte—decíale a *Crotontilo*—, es que éste consiga dar al lector, en la precisa medida y a *distancia*, la sensación necesaria, sin meterle la cabeza en un fangal, sin estropearle la... inmaculada pechera, porque al que limpia la tiene, no lo dudemos, le fastidia que se la llenen de fango.»

Cantar la virtud era su norma, como él mismo dice en los párrafos de la carta que anteriormente transcribimos. ¿A qué presentar descaradamente la escoria, la carroña, la



gusanera de la sociedad? Basta con hacer amar la virtud por la virtud misma; presentarla con bellos colores es de verdaderos artistas. Así, en *Dos nidos* y en *Disparate*, mientras describe con entusiasmo, recalcando los colores del cuadro, el nido de la torre, el de las cigüeñas, que se quedan sin comer por los cigüeñillos, recreándose en su contemplación, apenas tiene unas palabras para pintar el otro nido: el humano; lo mismo hace en *Disparate*: no olvida un rasgo al presentarnos la vaca, que acaba de parir, al lado del ternerillo, mirándole amorosa, febril, sobresaltada; es un cuadro de amor de madre, que él ha visto y lo reproduce con gran realismo, al mismo tiempo que a la escena que en el camino pasa la dedica unas cuantas palabras, valientes, enérgicas, resumidas en la exclamación final, al volver la vista a la vaca y al chotillo.

En el teatro creía que se podía dar cabida al mayor realismo, trozos de vida sorprendidos por el artista, procurando siempre sugerir por sus consecuencias aquello que fácilmente puede causar repugnancia al especta-

dor un poco refinado, si al desnudo se le presenta.

Su seriedad artística, la idea que él tenía formada del arte, la verdadera idea, le hacía mirar con desdén ciertas funciones que, realmente, son verdaderos disparates, monstruos artísticos, que, ¡por desgracia!, se representan mucho, y, sobre todo, en Madrid, y a las que, ¡para mayor desgracia!, asiste público, el público tan frecuente ahora que va al teatro a reírse a carcajadas.

Una de las noches que estuvo en Madrid el poeta fué al teatro de Apolo, acompañado de D. Eloy Bullón y del Sr. González Castro. Ponían en escena *Quo vadis...*?, función disparatada, llena de toda clase de anacronismos, que en aquella época alcanzó popularidad. Tenían sentado en medio a Galán. Apenas levantado el telón comenzaron Bullón y Castro a reír aquellos disparates, dichos con mucha gracia por un gran actor. Pasado un rato, se fijaron en que José María permanecía inmutable, serio y hasta ceñudo.

—Pero, hombre, ¿no te ríes?—le dijo Castro.

—Estoy pasando un mal rato—contestó—, y más que por otra cosa, por vosotros. Tenía yo un concepto muy distinto de vosotros; parece increíble que os riáis de esas tonterías. Eso no es arte ni es nada. Me voy.

Y se levantó para salirse. Con alguna dificultad, creo, lograron retenerle con ellos. Su gusto artístico tan fino, tan delicado, del que algunas veces se vanaglorió, no sufría pacientemente estas monstruosidades, que estéticamente no valen nada absolutamente.

A los escritores de vida disipada, a los que creen que no ven la sociedad en todas sus fases si no van de calle en calle y de rincón en rincón, recorriendo todos los asientos del vicio, todos los lodazales, ensuciándose también en ellos, les tenía lástima, envuelta en cierta aversión que tenía a esa vida, tan contraria a la suya, tan morigerada.

Los Juegos Florales era otra de las preocupaciones de Galán. Creía en ellos de buena fe, y a todos de cuantos tuvo noticia mandó sus composiciones, en busca de un fallo justo y de fama, que ellos no le negaron. Pocos se han celebrado con tan justos fallos. Salaman-

ca le da la Flor natural en 15 de septiembre de 1901, a su poesía *El Ama*; Zaragoza, en octubre de 1902, se la otorga a su poesía *Amor* y premia además otras dos; Béjar, en septiembre de 1903, se la concede a la titulada *Amor de madre*; Murcia, en igual fecha, le concede un premio a la titulada *Ara y canta*; Lugo se lo concede a la *Definición dogmática de la Purísima Concepción*, y la República Argentina, pocos meses antes de morir, en octubre de 1904, concédele el premio de honor a su admirable composición *Canto al trabajo*, y prémiale a la vez la titulada *A la montaña*.

He aquí reflejada una vez más su modestia:

Al mandar poesías a los Juegos Florales de Salamanca, le decía en una carta, que no conserva, a su amigo *Crotontilo*: «He mandado tres poesías a Salamanca, por si alguna topa», y le añadía que no estaba muy satisfecho de ellas, pues no eran muy sentidas; que pensaba mandar más, pero que el sentimiento que tenía por la muerte de su madre se lo impedía, pues no tenía su espíritu sereno; «sin embargo—agregaba—, tengo entre

manos algo, que no sé si llegará a tiempo». Entonces mandó esa bella página de sentimiento que tituló *El Ama*.

Y, después de premiada, le dice, como dudando del triunfo: «Pues sí, amigo mío: ha gustado mucho en nuestra tierra la poesía. Se conoce que acerté; lo digo como lo siento, porque de todas partes estoy recibiendo todavía afectuosas enhorabuenas, después del infinito número de ellas que recibí en Salamanca, y muchas de personas verdaderamente peritas en la materia.

»Es claro que ser yo de aquella tierra, el cantar en aquellos versos afectos y sentimientos que allá encuentran fácil eco, el *sabor de la tierruca* que al leerlos se percibe y otras causas semejantes, habrán suplido la falta de otras buenas cualidades literarias. Pero, aun con eso, yo me he atrevido a sospechar que debe quedarles algo que es capaz de agradar a los que no han nacido en esta tierra, pues tengo pruebas inequívocas de ello.»

Antes de este triunfo, que fué el que le dió a conocer en el campo literario—todos los periódicos se ocuparon de él y publicaron la

poesía—, le decía a Unamuno, refiriéndose al *Cristu benditu*, una de las primeras composiciones que de él se conocieron, pidiéndole consejo para publicarla: «Yo supongo que usted habrá ya olvidado, por baladí, tal asunto; pero, a pesar de todo, yo no me atrevo a conceder la autorización que hoy me piden..., sin oírle antes a usted.

»Siento obligarle a fijar su atención sobre un asunto que tan poco vale, considerado en sí mismo...»

Le dice esto porque Mariano Santiago Civdanes le pidió esta composición para publicarla en *La Revista de Extremadura*, con cuyo motivo contesta a éste: «Siento mucho no poder autorizarte para que des a ese señor deán la composición *El Cristu benditu*, con objeto de publicarla en la revista de que me hablas. Te explicaré mi negativa. Ya sabes que no los escribí para publicarlos en periódico alguno, y que Unamuno me pidió, por conducto de Baldomero, autorización para publicarlos él. Contesté a mi hermano accediendo a lo que con insistencia pedía Unamuno, pero imponiendo la condición de que

no habían de publicarse en revistas y periódicos de cierto género, por ejemplo, *Vida Nueva* u otro papel semejante. Así quedaron las cosas, hasta que en septiembre pasado, estando yo en Salamanca, el mismo Unamuno me recordó sus propósitos de antes, que yo no quería contrariar. Tú comprenderás que fuera poco correcto dar a otro alguno los versos que él me pidió y yo le di. Sin embargo, por el deseo de complacerte y para que pudieras darlos tú al señor deán, escribí a Unamuno diciéndole lo que ocurría, y me contesta diciéndome que insiste en publicarlos y que elija yo revista o periódico para ello. El me habla de *La Ilustración Española y Americana*, por si me parece bien. Como ves, he hecho lo que podía para no negarte lo que me pides; pero no puedo concedértelo. Díselo así al señor deán, a quien darás, en mi nombre, muchas gracias por su benevolencia para juzgar mis escritos, que nada valen.

»Y ya que de esto te hablo, acabaré de decirte lo que me ha escrito Unamuno, que, entre paréntesis, ya sabrás que es rector de



la Universidad de Salamanca. Me dice que en su reciente viaje a Madrid, adonde fué con objeto de hablar en el Congreso Hispano-americano, le recitó *El Cristu benditu* a varios amigos; que uno de los que más se encantaron fué Balart, el cual le pregunto si yo había escrito más, y al contestarle Unamuno que sí, le dijo que me excitara a que hiciera un tomito de poesías. Cree Unamuno que Balart haría el prólogo y, cuando menos, hablaría de los versos en alguna revista, y me invita a que lo haga. Salvador Rueda le decía: «Eso es poesía, eso, y no alquimia», etc., etc.»

También se los leyó a Pereda, a su paso por Salamanca, como dice Galán en otra carta a D. Casto Blanco Cabeza.

Como se ve, también Unamuno le sirvió de viajante, como el ilustrísimo padre Cámara, no obstante alguna idea, maliciosamente lanzada, de que Unamuno le tenía envidia.

Por esta misma época le anima el mismo Sr. Unamuno a que escriba una novela, y le contesta negándose, porque cree que sus fuerzas no llegan a tanto. «¡Escribir yo una novela! Menester será decirle a usted quién

soy yo, literariamente, para que no vuelva usted a darme sustos como ése. Nada, no; no soy ningún... (iba a decir Unamuno, pero fuera muy descarado y de mala forma el elogio), no soy capaz de escribir una novela que pudieran llamar mediana los que lo entienden. Y para hacerla como las hacen hoy muchos, ¿no es mejor vivir callado? Esto no es el orgullo de la impotencia: es, sencillamente, el conocimiento que tengo de las propias fuerzas, y es, además, si se me apura algo, un poquillo de buen gusto que Dios nos ha dado a todos. Todo esto es cualquiera cosa más, menos falsa modestia, cosa que se me olvidaba decir porque no había pensado en ella.

»No puedo, no. Y ¡cuidado que la carta de usted es de las que infunden alientos para todo! Dios se lo pague, como yo se lo agradezco; pero en eso tenemos que quedarnos por ahora.

»Una cosa voy a hacer: un artículo, un cuento, algo como esto, en prosa... Poco le cuesta decirme, en ocho o diez líneas, qué es lo que he hecho.

»No sé por qué me meten menos miedo todavía los versos que aquello de la novela (voy a soñarme con ella).»

Y estos alientos le hacen escribir *El Vaquerillo*, en prosa, y los cuentos que a éste siguieron.

**La obra del poeta.—Galán y Fray  
Luis de León.—Galán y Tolstoi.**

Dos tomos se publicaron (y siguen reeditándose) a la muerte de José María Gabriel y Galán, reuniendo en ellos los tomitos publicados por él, *Castellanas*, *Campesinas* y *Extremeñas*. El tomo de *Nuevas castellanas* lo tenía preparado para la imprenta cuando murió. Completan estos tomos, además de los enumerados, una sección de poesías religiosas y algunos fragmentos en verso y unos cuantos trabajos en prosa.

No está toda la obra de este vate en estos dos tomos de *Obras completas*, según dice en la portada, aunque, desde luego, esté lo más escogido. Poseo varias poesías y artículos en prosa (algunos muy hermosos) que no figuran en la colección, recogidos de periódicos de Salamanca, Cáceres y Murcia, y aun creo

que hay mucho más. Su carácter bondadoso no negaba nada; y cuando triunfó en Salamanca, de todas partes llovieron sobre él cartas en solicitud de composiciones, y a todos cuantos pudo, complació. Periódicos de Salamanca, Madrid, Cáceres, Avila, Zaragoza, Murcia, Albacete y otros publicaron poesías suyas. Ya antes había publicado algunas. Además, muchos de sus amigos conservan bastantes poesías y, sobre todo, cartas.

Tuvo, según me han asegurado, lo cual he podido comprobar, una primera época en que fué *modernista*. Las poesías de esta tendencia las conservan algunos amigos, y algunas se han publicado en periódicos y revistas. *El Adelanto*, de Salamanca, publicó algunas.

Galán leyó vates modernistas: el bogotense José Asunción Silva, cuyo *Nocturno* sabía de memoria, entre otros.

También, según aseguran algunos de sus amigos y su hermano, cultivó, con éxito, la nota cómica. Alguna prueba de ello tenemos en alguna de las poesías publicadas en el epistolario de D. Casto Blanco Cabeza y en el trabajo de los Carraffa. Don Mariano San-

tiago Cividanes dice que desde Piedrahita mandaba versos festivos al *Heraldo de Avila* y a algunas revistas de Madrid. En la colección de sus obras no hay más que una poesía festiva, *A correo vuelto*, dirigida al poeta segoviano José Rodao. En *La fabla del lugar* se nota también cierto aire festivo, mezclado con algo satírico, que se acentúa más en *Varón* y *Cara al cielo*. En sus cartas también se notan algunos rasgos festivos.

Fijó su verdadera dirección artística su matrimonio, y con él, su nueva manera de vivir, la vida de labrador.

Esto es, precisamente, lo que hace máspreciado al poeta, porque Galán cantaba el medio en que vivía. Su musa no se salió del horizonte de sus campos; jamás los perdió de vista, así como sus mieses y su hogar. «Los cantó como una alondra», dice el Sr. Unamuno (1), y la alondra, cuando canta, no pierde de vista el nido. Es, quizá, el poeta más influido por el medio en que vivió. Galán no canta más que lo que tiene delante de los

---

(1) «Las Hurdes», notas de un excursionista. (Lunes de *El Imparcial*.)

ojos a todas horas, lo que siente en su espíritu; y a esto, creo, debió su pronta fama, su rápida popularidad, pues es el que más raudamente se ha difundido en el pueblo, sobre todo, en el pueblo del campo, al que llegan pocas veces los ecos de la fama de los escritores. De él se habla en el campo porque su espíritu se ha derramado en él.

El verdadero poeta lírico debe de ser sincero, cantar lo que siente, lo que vive, localizándose, individualizándose cuanto pueda, ser un niño en sus cantos; no debe de cantar cuando quiera, sino cuando tenga ansias de decir algo; y él, como ya hemos dicho, lo hacía así.

De este modo es Galán, generalmente, en su obra: dejando de trabajar para «hacer una canción honrada que el alma le pidiera». Todo lo que canta se palpa en sus versos: las flores que enumera y las hierbas, son flores, son hierbas del campo; hierbas y flores que pisa, sobre las que dormía a veces. Lo que describe es algo que él mismo vió o creyó ver, algo que él mismo hizo en ocasiones; sus comparaciones sencillas, nada violentas,



ofréceselas el campo, las flores, los insectos, los pájaros. En *Las sementeras* nos describe tan claramente esta operación, que parecemos oír a través de sus versos la voz del gañán cantando sus amores y dirigiéndose a los bueyes; el alentar de éstos, el ruido de la tierra que rueda a los lados, el del trigo que cae en los surcos y, sobre todo, el canto de la alondra.

La visión que nos presenta el poeta no puede ser más exacta. Galán no describe nunca el mar porque está fuera de su vista (1). No es de los que describen presintiendo.

Una vez me hablaba mi sabio maestro, señor Unamuno, de un poeta que raro era el verso suyo en que no citara el mirto. Paseando con él en cierta ocasión por un lugar en el que había mirto, le preguntó D. Miguel: —¿Sabe usted qué es eso?

Como le contestara que no, agregó:

—Hombre, eso es de lo que usted habla tanto en sus versos: eso es mirto.

Suelen éstos ser los que más hablan de

---

(1) El poeta estuvo en Coruña y Ferrol.

poesía, los que sacan más defectos a las obras poéticas; son los poetas científicos, algo así como los matemáticos de verso.

«En los cantos de Galán nos queda el alma de su alma. Se la dió su pueblo, y a su pueblo vuelve» (1). Su obra emociona al leerla, produce placer estético: el placer que resulta de la contemplación de la belleza, y no hace dormir. Leed una poesía ante varios labradores que están todos los días haciendo lo que el poeta describe, y al terminar veréis reflejada en su rostro la impresión que sienten y oiréis decir con frase consagrada, como suele hablar esta gente: «Parece que se está viendo.»

Se ha comparado a Galán con fray Luis de León, cuyas obras es evidente que leía, y con calma. No obstante, creo que la visión del campo de fray Luis no es la misma que la de Galán.

Fray Luis contrapone la pintura de la vida del campo a la vida de la ciudad; ama el campo por la paz que en él disfruta, lejos de

---

(1) Unamuno; Extraordinario de *El Adelanto*, a la muerte del poeta.

las luchas de los hombres, y acaso por tradición, no porque sienta sus dulces murmullos, sus músicas, sus misterios, su vida, como la sintió Galán.

*A mí una pobrecilla  
mesa, de amable paz bien abastada,  
me basta, y la vajilla  
de fino oro labrada,  
sea de quien la mar no teme airada.*

*Y mientras miserable-  
mente se están los otros abrasando,  
con sed insaciable  
del peligroso mando,  
tendido yo a la sombra esté cantando.*

De la libertad del campo está enamorado  
fray Luis, del despertar sin preocupaciones,  
sin las obligaciones que en el mundo de la  
ciudad pesaban sobre él, que le abrumaban;  
así dice:

*Despiértenme las aves  
con su cantar sabroso no aprendido,  
no los cuidados graves  
de que es siempre seguido  
el que al ajeno arbitrio está atendido.*

¡Fueron tan distintas las vidas de uno y otro!

Fray Luis fué un luchador, y sufrió los enconos y las envidias del mundo, y cuando

canta esta paz del campo la canta altivo y para aguijonear a los que campean en las mundanales luchas, a sus enemigos. Se puede determinar la época de este canto. Además, la cultura de fray Luis era una cultura extensa; Galán era un labriego, que veía el campo «con ojos de carne», que al campo dedica todos sus cuidados y todos sus ocios, que en el campo tiene todos sus quereres, que no ha sufrido persecución alguna, que la sociedad, directamente, no le ha hecho el más pequeño rasguño, y que canta como la alondra, que no conoce bien más que la pacífica y envidiada vida del campo: madrugar, a ver salir el Sol, a saludarle con su himno mañanero,

*hilo copioso de sonantes perlas*

y a despedirle en la tarde, elevándose mucho para ver más rato los rayos solares y luego caer en el nido; Galán, como la alondra, da la nota característica del campo castellano, como él mismo dice en *Brindis*.

Ve fray Luis el Universo en su aspecto de paz y de amor (1); así lo ve también Galán.

---

(1) Cap. III, lib. II, de *Los nombres de Cristo*,

Pero éste es la encina del campo—la que él canta—, que se alimenta de sus jugos, y fray Luis tiene otros jugos teológicos, filosóficos, Sagrada Escritura, Santos Padres, poesía clásica. Fray Luis razona; Galán, casi nunca. El *Canto al trabajo* es grito de todos los que le rodean.

La eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán dice (1): «El más aristócrata, el más artista y estético, es el maestro (fray Luis); el más razonador, el que más se dirige al entendimiento, y por lo mismo deriva hacia la prosa, es Meléndez Valdés; el más espontáneo, el que más huele a terrón removido, es Gabriel y Galán.»

Donde más se nota la influencia de fray Luis, sin que esto quiera decir que no la haya en toda la obra de Galán, pues creo que la hay, aunque la visión del campo no sea la misma, es en la poesía *Regreso*, en la que también Galán contrapone la vida del campo a la de la ciudad; pero en ella se ve claramente el hombre apegado al terruño, que del terru-

---

(1) Discurso necrológico en honor del poeta. Salamanca, 26-III-1905.

ño vive, lleno de ansias de amores por los suyos, al cual el brillo de la ciudad le hiere los ojos, y la frialdad con que los afectos y las relaciones se estudian y se razonan, sujetándolas a la mente, le daña el corazón:

*¡Saben vivir unidos  
amándose muy poco!*

exclama; esto le aguijaba muy fuertemente el alma, y no acertaba a comprenderlo, y

*Se estudiaba el amor como un problema...*

.....  
*Sencillo corazón que ahora palpitas  
al fuego del amor que ya te quema,  
¿para qué puedo yo necesitarte  
donde el cerebro fabricaba el Arte  
y se estudiaba el amor como un problema?*

Esta es la mayor diferencia que Galán ve entre el campo y la ciudad, esto es lo que más vivamente le hiere, y es que para Galán es el corazón el que crea el arte, y en donde nace y se alberga el amor.

En esta poesía revela su alma sencilla, arrullada en la paz del campo, sintiendo ansias de su aire, de la sencillez de sus costumbres, contraponiendo el espectáculo de esta vida al que ofrece la de la ciudad, donde va

en busca de ciencia, de saberes que no halla. Es una de sus más inspiradas poesías, aun con la influencia tan notoria de fray Luis, casi imitación de su oda *A la paz del campo*. Pero en estas composiciones, la visión del campo es distinta: fray Luis, como siempre, ve en el campo la paz; Galán ve esto y los gañanes, el trabajo, los riegos de sudor que sobre el campo caen, la vida.

No sólo en ésta es donde se nota, como ya se ha dicho, la influencia del maestro León, pues es indudable que las obras de éste le estimularon. Ni es esta sola influencia la que se nota en sus obras, según diremos más adelante.

La señora Pardo Bazán compara a nuestro poeta (1) con el famosísimo escritor ruso conde León Tolstoi, porque éste también vivió en el campo, trabajó en él, asistió a todas sus operaciones, a la siembra, a la recolección; exhorta a los aldeanos, los adoctrina y condena los mismos vicios que afea Gabriel y Galán a los charros de Granadilla, dictán-

---

(1) Discurso ya citado.



doles, en una especie de código, los deberes de padres, esposos e hijos.

Ahora bien, dice la señora de Pardo Bazán: «Si tal es el punto en que coinciden Tolstoi y Gabriel y Galán, fijémonos y veremos cómo practicando este ministerio social, Tolstoi es un escritor y un pensador antisocial, disolvente. Para realizar sus aspiraciones, la sociedad rusa y la del mundo entero deberían no reformarse ni transformarse, sino derretirse como terrón de sal en el agua de desbordado río. Para que Tolstoi se conforme, no basta ni obtener lo que pedían las inermes muchedumbres al Zar y al padre, en manifestación confiada y candorosa; para que Tolstoi se conforme es preciso que los Tribunales se cierren, que los presidios se abran, que desaparezca la civilización, el bienestar, el arte mismo; que el hombre se niegue a la defensa armada de la patria, y hasta, por último, no supongáis que fantaseo, se resista con idéntica tenacidad a perpetuar la especie, extinguiendo así radicalmente el mal, al extinguir la Humanidad sobre el planeta.»

Galán no quiere nada de esto: le asustan

estas ideas; Galán dice a los labriegos, precisamente, todo lo contrario, en composiciones como *Ara y canta*, en la que les hace entender que, no sólo él trabaja, que no crean a quien les dijo

*Llora y suda, labrador,  
que el mundo es un paraíso  
regado con tu sudor.*

Y va enumerándoles cómo los demás trabajan, y les da tan sanos consejos como en *Sólo para mi lugar* y en *Al doctor y a su lugar*, y si alguna vez, como en *Los postres de la merienda*, le salta una reflexión, o más bien una exclamación, como la final, le pesa el haberla escrito. Galán es altamente social o mejor conservador del orden existente. ¿Rebelde él? Esta sola idea le hubiera quitado el sueño.

## Qué canta Galán.

La nota característica de nuestro poeta, la que he visto a través de toda su obra, la que le distingue de todos los cantores del campo, es que, lo que realmente canta, es la vida. «Su cristianismo—dice Unamuno—fué amor a la vida», la fecundidad, el misterio de los gérmenes encerrados en los granos de semillas. «En el nombre de Dios canto la vida», dice en *El arrullo del Atlántico*. Este es el misterio de la poesía de Galán, el misterio que dice Bécquer que mientras le haya para el hombre, habrá poesía.

Su misterio son las semillas,

*donde el hondo misterio se elabora*

(«Romería del Amor».)

*gérmenes diminutos*

*misterios del amor encantadores*

*de donde brotan las hermosas flores,*

*de donde surgen los sabrosos frutos.*

(«Poema del Gañán».)

Galán siente latir la vida en todo; debajo de la corteza terrestre percibe un ruido fecundo de savia que se elabora, de gérmenes que se van desarrollando:

*El ojo distraído ver creía  
que el suelo palpitaba  
a impulsos de la vida que lo henchía,  
y absorto en la visión, le parecía  
que la inmensa llanura respiraba.*

No mira la llanura por encima: la mira por debajo de su costra, y por eso dice:

*Crucé meditabundo  
la llanura monótona y desierta...  
Un pedazo de mundo  
donde la vida se imagina muerta.*

(«Amor».)

Todo lo ve, todo lo siente fecundo: su Dios fecundiza las tierras y fecundiza las almas:

*Era el himno aldeano,  
salmo de agradecida criatura  
que a Dios concibe en la celeste altura  
dándonos pan con amorosa mano.*

(«Poema del Gañán».)

*Y a la sombra de Dios, padre del mundo,  
pondríamos cama nueva al viejo nido  
que mi sangre y mi Dios quieren fecundo.*

(«Tradicional».)

Y así se dirige a Dios, al final de *Las sementeras*:

*Señor, que das la vida,  
dame salud y amor, y sol y tierra,  
y yo te pagaré con campos ricos  
en ambas sementeras.*

Su Cristo es un Cristo que concede hijos, e hijos le pide:

*A mí me dió un hijo  
que paeci de rosa y de cera,  
como dos angelinos que adornan  
el retablo mayor de la iglesia.*

Y al final exclama, agradecido:

*¡Qué güeno es el neni!  
Ya no tengo pena.  
¡Qué güeno es el Cristu  
de la ermita aquélla!*

También a la Virgen la pide hijos, y se despide de ella diciéndole que no volverá a su ermita hasta que no lleve de la mano

*un angelillo humano  
que tenga azules, como Tú, los ojos.*

(«Romería del Amor».)

Su tierra, la tierra que pisa, la tierra que ara, espera con el seno abierto que caigan en ella las semillas, que caigan en ella los gér-

menes para darles calor y humedad, y que fructifiquen.

*La tierra laborable,  
refrescada por lluvia saludable,  
iba tomando con el sol tempero  
y al abrir el sencillo timonero  
de los húmedos senos el tesoro,  
tan frescos y amorosos se ofrecían,  
que ellos mismos pedían  
del puño sembrador la lluvia de oro.*

(«Poema del Gañán».)

*Y flotaba en los aires el ritmo  
gigante y obscuro  
con que alienta la tierra fecunda  
preñada de frutos.*

(«Dos paisajes».)

Sus noches son noches fecundas, noches para engendrar hijos, para engendrar pensamientos; por eso las noches de la ciudad no le agradan; por esto exclama:

*Y las noches, ¡qué estériles, qué inquietas!*

(«Regreso».)

El las quiere calladas y fecundas, como la tierra,

*Aquella del hogar sí que es hermosa,  
aquella sí que es santa sementera...*

.....

*Dios le da noches de fecundas horas...*

(«Las sementeras».)

y por esto pide a Dios que acelere el día de su unión,

*porque es tu sol incubador y hermoso,  
y la noche es estéril y sombría,  
la vida breve, el corazón fogoso,  
sensible el alma mía,  
soberano el amor y fructuoso  
y Tú eres padre del inmenso mundo*

.....

.....

*que te plugo crear grande y fecundo.*

(«Tradicional».)

Además, la noche, como dice en *Nocturno montañés*, es

*El momento más fecundo de la carne  
y el momento más fecundo de las almas.*

Su sol es un sol que calienta la tierra para que críe frutos; no le llama la atención más que bajo ese aspecto; piensa que no sale más que para fecundar. Es muy rara la vez que del sol habla que no le acompañe el epíteto de fecundador,

*muerta sombra de aquel sol  
que las viejas primaveras  
templaba fecundador.*

(«Puesta de Sol».)



Y así dice en *Las sementeras*:

*Ya sale el sol de las mañanas tibias,  
ya sale el sol de las mañanas buenas,  
sol de salud, incubador de gérmenes,  
sol de la sementera.*

Y así invoca a Dios en *Tradicional*, llamando a la presentida mujer,

*porque es tu sol fecundador y hermoso.*

Sus amores, poco palabreros, hondos, mudos, sinceros, han de ser cargados de promesas fructuosas:

*El amor que en el monte se reía*  
.....  
*un amor fuerte y sano,  
tan fecundo en promesas, tan humano...*

(«Romería del Amor».)

*Tuvieron amores rudos,  
de los hondos, de los mudos,  
de los ingenuos amores  
de los amores desnudos,  
que prometen más que flores...*

(«Campos vírgenes».)

Sus hombres, sus mujeres, no son estériles: están chorreando vida, lozanos, prometiendo la perpetuidad de la especie. Una joven deja de querer a su novio, primero, lleno

de salud, pletórico de vida, y luego, hemipléjico. Se lo reprocha el mozo, porque parece que hace cara a otro, y ella le contesta:

«Ni de él quicias, ni de naide jasta ahora; y anqui lo juesi, ya ves tú, pa eso son las mujeris, pa los hombres que se puan casar con ellas y sirvan pa ser casaos.»—(«Dos amores». *Revista de Extremadura*. Abril de 1901.)

*Y a mí me hablan sus lánguidas cadencias*  
 .....  
*del buen amor de la mujer fecunda.*

(«Las sementeras».)

Y él también quiere ser fecundo, quiere dejar tras sí semilla, y por eso se agarra tanto al terruño, y dice:

*Quiero dejar de mí en pos*  
*robusta y santa semilla,*  
*de esto que tengo de arcilla,*  
*de esto que tengo de Dios.*

(«Canción».)

Y así se pregunta en *Canción* (no en la anterior, dedicada a la muerte de su padre), contemplando cómo todo produce, todo trabaja:

*¿Y yo he de estar ocioso?*  
*¿Y yo he de ser estéril en un mundo*  
*nacido fructuoso?*

## Y dice en *Tradicional*:

..... Amor me ha herido,  
y hervor de sangre que mi cuerpo inunda  
dice que no he nacido  
para morir estéril junto al nido  
de una raza fecunda.

Por esto muestra a la presentida mujer, a la que ha de ocupar el puesto tradicional, el asiento endoselado de hiedra de su madre, un nido con siete pajarillos; y por esto también, el poeta pide a los hombres cultos que tiendan un puente sobre las aguas de un río que separa a una zagala que se mueve, guardando cabras, sobre un desierto pizarroso, mudo a la vida, estéril, donde nada le enseña la Naturaleza, de un «zagalón impúber» que anda sobre un campo vicioso, lleno de savia,

*que en los pimpollos se resuelve en yemas  
y tronco abajo se desliza en lágrimas;*

un campo lleno de bosque, lleno de rumores, de luz, donde la sabia Naturaleza enseña el misterio de la vida a los hombres, para que junten sus hatos, para que produzcan.

Esta es la nota que más se encuentra en sus versos, cuando canta en condiciones

normales, cuando no canta angustiado, apenado por la desgracia; y aun en estas mismas composiciones, en que a la pluma la guían los sufrimientos del corazón, suele encontrarse entre sus estrofas esta característica.

Rara es la composición en que no aparece este cantar a la vida, a la fecundidad, que es lo que más concretamente le distingue, de tal modo, que bien pudiera llamársele «el cantor de la vida», «el cantor de la fecundidad».

Se advierte también en sus obras cierto sensualismo, que, en parte, parece como consecuencia de la nota que antes hemos señalado, y, en parte, la más principal, resultado del ambiente de soñarrera en que escribía, en que habitaba el poeta, de aquellos campos que despiden vapores de fuego, de aquella atmósfera enervante que pesaba sobre él, que le volvía la cabeza modorra: la que describe en *El cantar de las chicharras* y en el comienzo de *La romería del amor* y en algunas otras composiciones.

Premeditadamente, Galán no fué sensua-

lista; él da esta nota quizá sin darse cuenta. No fué un sensualista descarnado, a lo Felipe Trigo; pero a menudo asoma esta nota en su obra: *El Vaquerillo* es una página muy real, muy del medio; pero está henchida de nervioso sensualismo, y sensualista es en *Los sedientos*. Y ¿no hay sensualismo también en aquella moza vigorosa de *Dos amores*, de la que ya he hablado, de aquella que rechaza a su primer novio porque se queda hemipléjico y no puede servir para marido?

Su mismo afán de cantar la vida, de cantar la fecundidad, y el ambiente, principalmente, le llevan, como digo, al sensualismo; y en varias otras composiciones, a más de las dichas, se encuentra esta nota. Se ve en *Campos vírgenes*, en *Plétora*, *El baño* y *El cantar de las chicharras*, donde dice:

Vete lejos, linda Andrea,  
que el bochorno me marea,  
me emborracha, me caldea,  
me pervierte los sentidos perezosos...

Vete lejos, criatura,  
que en tus labios hay frescura,  
y en mi sangre calentura,  
y en mi mente sueños árabes borrosos...

## Y en *Fecundidad*:

*Una mañana que vertió en la sierra  
toda la luz que de los cielos baja,*

.....

*el solitario montaraz subía  
rompiendo el monte con segura planta  
y abriendo paso a la cabrera ruda  
que vió del monte en la fragosa falda,  
y fué a buscar a la vecina aldea  
cual lobo hambriento que al aprisco baja.*

Sensualismo reprimido por ciertos respetos parece este sensualismo de Galán. Los labradores casi todos son sensualistas, con un sensualismo refrenado por respeto, y al que suelen dar suelta en lo íntimo del hogar. El campo mete en el alma esta nota.

Canta Galán otros temas; pero estos de la fecundidad, de la vida, es, en sus poesías, como corriente soterraña, que se desliza bajo la superficie de ellas, es lo general; lo que se encuentra en todas sus composiciones, es la savia que las da vida, lo que las distingue, lo que más íntimamente impresiona al poeta y le inspira concretamente tan bellas composiciones, como *Noche fecunda*, *Fecundidad* y *La flor del espino*, en la que, con una sencillez grande, se admira de que una pareja gi-

gantesca, musculosa, de piel broncea, tenga como fruto de su unión una niñita blanca, delicada, a la que apenas cabe el pecho de su madre en la boca, y que, cuando la coge su padre con sus manazas callosas y la besa con sus labios ásperos, cree el poeta que la hace daño:

*Eran aprensiones:  
ya lo he comprendido;  
mas queda el enigma  
recóndito, vivo...*

*El hombre es velloso,  
grosero, cetrino;  
la madre es hombruna,  
de ceños sombríos,  
la débil niñita,  
¿por qué habrá nacido  
blanca como el mármol,  
tierna como el lirio?  
Pues un misterio  
lo mismo, lo mismo  
que el que nos ofrece  
la flor del espino...*

El misterio que ingenuamente admira el poeta.



## El amor en Galán.

Canta el amor Galán, y el amor es para el poeta el soplo que mueve el mundo, es el lazo que todo lo une, lo que alegra la vida, lo que alivia la muerte,

*Así murió aquella tarde,  
solo y quejándose al Sol:  
así se mueren los hombres  
que han vivido sin amor.*

(«Puesta de Sol».)

Y por todas las partes que va, Naturaleza le muestra que todo esa mor, pues in él no hay vida:

*me dijo que la vida en el desierto  
es cobarde vivir de un vivo muerto.*

(«Amor».)

Y busca un lugar donde no hubiera amor y hubiera vida en su composición *Amor*, que es como la síntesis de todas aquellas en que

canta este bello sentimiento de la vida, y por todos los que va encuentra amor; ya en lo alto de la montaña, en el convento, en la llanura de arar, en los prados, en las aguas, lo ve en los insectos, en los pájaros, en las auras que llevan

*ritmos de vida, música de amores,  
aromas de salud, polen de flores.*

Y su amor, el amor tal como él lo concibe, es el amor de los hijos del campo, que es el verdadero, un amor callado, que siente más que expresa; un amor donde los ojos, los actos, dicen más que las palabras; un amor resignado, que sabe esperar, «que no es firme el amor que no espera», que recorre el cuerpo mansamente, sin rumor, como regatillo entre hierbas, lleno de reprimidos deseos, el amor que pinta en *Castellana*:

*Crees que mi amor es menor  
porque tan hondo se encierra,  
y es que ignoras que el amor  
de los hijos de esta tierra  
no sabe ser hablador,*

y del que habla en *El Ama*, mudo y fuerte, esto es, un amor puro, desinteresado, que

brota espontáneo como flor silvestre; por eso hace una mueca de desprecio al amor de la ciudad, que se estudia como un problema. Ahora bien: todos sus amores han de ser, como ya hemos dicho, amores humanos cargados de promesas fructuosas.

## Galán, intérprete del alma de los charros.

Alguien ha llamado a Galán el Pereda del campo castellano, porque, efectivamente, pinta con gran exactitud esa vida y a los moradores de ese campo.

Al presentar a los labradores, a los campesinos, no olvida un detalle en sus descripciones—la de *Ganadero* (1) es fidelísima—, los da a conocer enteramente, principalmente por su alma, de la que muestra todos sus sentimientos y pensamientos.

Está compenetrado con estos hombres temerosos de Dios, sujetos al terruño, que no miran más que al cielo, a las nubes de donde les viene el agua para sus sedientos campos, lo que les da la cosecha, y esas mismas nubes las ven con espanto cuando se presentan

---

(1) Inspirado en su propio padre, según su hermano Baldomero.

en la época que las espigas se ponen cereñas, y que de los periódicos, lo primero que leen son las predicciones del tiempo. Hombres resignados, sin historia, trabajadores, que trabajando echan sus cuentas, que madrugan con el día y con él se acuestan, y en algunas épocas, como la del estío, roban unas horas al descanso, a la noche, para trabajar; siempre inquietos, aun cuando enfermos, serios en sus negocios, honrados, muy medrosos de la Justicia—verse en un pleito es verse sin dinero—y muy aferrados a las tradiciones. En sus ocios, zumbones con gracia, como el que pinta el poeta en *Varón*:

*Pus el mozu empringó tres papelis  
de rayas y letras,  
y pa esenrearsi  
de aquella maeja,  
ijo que el aceite que a mí me tocaba  
era pi menus erre, ¿te enteras?  
Ipus pues dil jaciendo  
las sopas con ella!*

O como aquel otro de *Cara al cielo* que piensa decir al veterinario con ingenua ironía, porque sabe que ha hablado sin respeto de sus creencias, de Dios, de la Virgen,

*¡No se jabla tan mal del de arriba  
 pa jechalsi usté mismo alabancias,  
 que la genti tamién comprendemos  
 lo que ca uno jaga,  
 lo que ca uno envente,  
 lo que ca uno valga!...*

*Y si no, ya ve usted, yo le pongo  
 esta comparanza:  
 El de arriba mos da los ganaos  
 ¡y usté mos los mata!*

Dentro de este género tiene muy vivos cuadros, tanto en prosa como en verso.

Ha sorprendido a los charros en todos los momentos de su pensar, lo mismo al enfermo, que, inquieto porque ve pasar a la gente de un lado para otro trajinando y él no puede hacer nada, de *El Desahuciado*, que le pide al médico, porque su genio no le permite estar inactivo, un *ungüento*, una *untura*, la más fuerte y más recia a *ver si de golpe se pone pirongo u espena*, que aquellos otros de *Cara al cielo* que contemplan el Universo admirándose del bello orden con que todo se muestra, que aquel tío Mariano que labra y echa sus cuentas, pegadas las manos por el frío a la mancera, viendo enfrente las torres de la ciudad, donde están cómodamente resguar-

dados de la helada los amos, y que al final de la cuenta sólo desea que los amos le perdonen seis fanegas de renta y con esto se satisface, o aquel otro que describe en *Ganadero*,

*Gran pensador de negocios,  
ladino en compras y ventas,  
serio y honrado en sus cuentas,  
grave y zumbón en sus ocios,  
vividor como una oruga,  
su vida de siempre es ésta:  
con las gallinas se acuesta,  
con las alondras madruga,*

que es el tipo más corriente del charro.

A veces aparece en Galán un talento especial para generalizar.

Traza verdaderos cuadros de familia en *Bálsamo casero*; un charro ahogado en deudas, a quien su mujer le saca de sus preocupaciones; y en *La Embajadora*, donde muestra los remordimientos de la gente moza, y en *El embargo*—una de las poesías de más energía que se han escrito—, donde hace patente la fuerza del amor; y en *¿Qué tendrá?*, las hablillas del lugar y sus celos.



**“La perfecta casada” en la obra de Galán. La mujer de “La perfecta casada” y la mujer en la obra de Galán.**

Se ha dicho ya hace tiempo, a raíz de su muerte, que Gabriel y Galán vertió en sus estrofas *La perfecta casada*, de fray Luis; aquesta hermosa glosa de los últimos versillos del último capítulo de los Proverbios, principalmente, y también de otras partes del Antiguo y Nuevo Testamento.

Influencia muy marcada de esta obra se nota en la de Galán; la vista de una y otra no deja duda de que éste conocía *La perfecta casada*.

Sin embargo, la mujer que nos muestra Galán no es la mujer casada que trata de formar con su obra el agustino fundador de la llamada escuela poética Salmantina. Este, en su obra, quiere plasmar una perfecta mu-

jer casada, el tipo ideal; y expone un conjunto de preceptos, enumera una serie de cualidades que debe de tener la mujer ingénitas en ella, por lo que no deben alabarse, y recarga las tintas con abigarrados colores al presentar los más pequeños defectos, censurándolos acremente, con dureza hasta de frase, y aconseja a los maridos que tengan siempre templadas las riendas. Fray Luis hace su libro, que dedica a una mujer—doña María Varela de Osorio—, para que en él lean y sobre él mediten y aprendan las mujeres. En su prólogo ya, las habla de las ventajas e inconvenientes del matrimonio. Fray Luis, se puede afirmar, no encontró en su vida una mujer que reuniera todas las cualidades y que estuviera limpia de todos los defectos que en su obra pinta y censura.

La mujer que Galán canta, apoyado, no hay duda, en *La perfecta casada*—presta mucho valor al escribir contar con un precedente—, es el tipo más aproximado al que se proponía formar fray Luis. Galán, en el campo, en su aldea, en su misma casa, vió esa mujer, porque no es difícil encontrarla en el campo

castellano, aunque cada día vaya disminuyendo este modelo.

Y creo que Galán vió la mujer que canta, porque yo, que he vivido y vivo entre labradores, la he visto también, y que en estas que vió inspiróse en sus cantos. La mujer

..... trabajadora, honrada,  
cristiana, amable, cariñosa y seria,

que canta en *El Ama*, la mujer caritativa que en esta misma poesía canta; la mujer

sencilla para pensar,  
prudente para sentir  
.....  
casera cual golondrina,  
que en casa canta la paz,

la mujer de la que dice:

Sé por guardas y pastores  
que riges ya a maravilla  
la casa de tus mayores,  
donde, por buena y sencilla,  
te adoran tus servidores,

la mujer

..... poco fiestera  
y poco aparentadora,  
y no es moza ventanera  
y es ardiga y vividora,

que aconseja el amo a su criado Jenaro para esposa en *Un Don Juan*; y aquella sublime

mujer que nos presenta en *Lo inagotable* la habrá visto todo el que haya cruzado la llanura de Castilla despacio, deteniéndose en los más pequeños lugares, en los caseríos, en los montes.

En estos lugares se ve al *Ama*, alrededor de la cual gira toda la vida de la casa, levantándose antes que los criados para prepararles la merienda que han de llevar a la arada, arreglar la casa, ordeñar las ovejas, hacer queso, venderlo, estar presentes al esquileo, lavar la lana para la venta e hilar alguna parte de ella para las necesidades de la casa, criar gallinas y vender sus productos, coser costales y mantas, atender amorosa al esposo con solicitud y ayudarle en la administración de la hacienda, recordándole todos los productos de que se puede sacar dinero, colaborando en las cuentas, etc.; y en la época del estío, yendo un rato a la era después de arreglarlo todo en la casa. Esclava de ella, se la ve todo el día aconsejando a todos, y a todos animando y reuniéndolos para rezar el rosario al anochecer; y temiendo a Dios, de quien esperan todo, háblales de religión a su mane-

ra, infundiéndoles ánimo. Platica con ellos acerca de la gloria y de las penas del infierno; les cuenta milagros y otras cosas que ella lee en los devocionarios. Sencilla para vestir, no gasta nada superfluo. Cría, arregla y educa a sus hijos, enseñándolos a rezar y a temer a Dios.

Esta mujer que cantó Galán no necesitó sacarla de capítulo alguno de *La perfecta casada*: la encontró en la vida, conversó con ella, idealizándola algo en sus cantos; esto no obstante, el apoyo, la iniciación, el anteojo a través del cual la vió fué la obra de fray Luis, algunos capítulos, principalmente en aquellas partes en que describe cualidades buenas de las mujeres. Aquél debe ser la mujer de fray Luis; lo es en Galán; porque aquél, en su libro, trata de dar una norma; aquél es un consejero que al par que dice cómo debe ser la mujer casada y enumera sus buenas cualidades, afea las malas con acritud, y éste canta a la mujer, y siguiendo su ideal artístico presenta enamorado a los ojos del lector las facetas brillantes de los objetos, las caras que limpias irradian luz; fray Luis es un erudito,

un sabio que razona en su obra las cualidades de las mujeres y apoya sus razonamientos en distintos lugares de las Sagradas Escrituras; Galán canta, y sólo ve bellas cualidades en la mujer.

Leyó y releyó Galán la obra de fray Luis; su capítulo IV, en que se habla de cómo la mujer ha de servir de ayuda al marido «para que le alivie de los trabajos que trae consigo la vida de casada, y no para que le añada nuevas cargas», puede ser la base de *Bálsamo casero* y de la segunda parte de *Presagio*; el capítulo X, que trata de que ha de ser limosnera la perfecta casada, no su cualidad de ahorradora se convierta en avaricia, puede serlo de aquella Santa, como la llama

*el viejo señor cura de la aldea,  
aquel que la pedía  
las limosnas secretas  
que de tantos hogares ahuyentaban  
las hambres y los fríos y las penas.  
¡Por eso los mendigos  
que llegan a mi puerta  
llorando se descubren  
y un Padrenuestro por el ama rezan!*

Y los capítulos III, XVI y XVII pudieron servirle para la mujer de *Mi montaraza*, la

de *Un Don Juan* y *Ana María*, aquella mujer del *Ama*, de *Castellana*, la misma que desea en *Tradicional*.

Pero la mujer, en la obra de fray Luis, está llena de flaquezas y debilidades, «porque como la mujer sea de por naturaleza flaca y deleznable más que ningún otro animal y de su costumbre e ingenio una cosa quebradiza y melindrosa; y como la vida casada sea vida sujeta a muchos peligros y donde se ofrecen cada día trabajos y dificultades muy grandes...; para que tanta flaqueza salga con victoria de contienda tan dificultosa y tan larga, menester es que la que ha de ser buena casada esté cerrada de un tãn noble escuadrón de virtudes como son las virtudes que habemos dicho y las que en sí alcanza la propiedad de aquel nombre..., así, y por la misma manera el mostrarse una mujer la que debe entre tantas ocasiones y dificultades de vida, siendo de suyo tan flaca, es clara señal de un caudal de rarísima y casi heroica virtud» (*Perfecta casada*, cap. II), y la mujer de Galán es fuerte y robusta, sana y fecunda,



*discreta para callar  
y honesta para decir;  
robusta como una encina,  
casera cual golondrina,  
que en casa canta la paz,  
algo arisca y montesina,  
como paloma torcaz,  
agria como una manzana,  
roja como una cereza,  
fresca como una fontana,  
vierte efluvios de alma sana  
y olor de Naturaleza.*

(«Mi montaraza».)

Por eso él la llama, la desea, diciéndola:

*ven, casta virgen, al reclamo amigo  
de un alma de hombre que te espera ansiosa  
porque presiente que vendrán contigo  
el pudor de la virgen candorosa,  
la gravedad de la mujer cristiana,  
el casto amor de la leal esposa  
y el pecho maternal que juntos mana  
leche y amor para la prole sana  
que a Dios le place alegre y numerosa.*

(«Tradicional».)

La mujer fuerte de fray Luis, respondiendo al versillo décimo del capítulo XXXI de *Los Proverbios*: «Mujer de valor (¿quién la hallará?), raro y extremado es su precio», no se encuentra, y por eso, como las piedras preciosas, se aumenta su valor, y es el mayor

tesoro que puede hallar el hombre: Galán ve a la mujer fuerte en cada una de las garridas mozas que atraviesan por delante de su vista con un cántaro al cuadril.

De todo esto nace su opinión de que la mujer es digna de respeto y admiración dondequiera que se la vea, como dice en la poesía *La mujer*, que escribió a un amigo que le preguntó qué concepto tenía de la mujer. (Publicada en *La Verdad*, de Murcia.)

*Y canta a la mujer cuando la veas  
 en el trono de reina de su casa,  
 o ante la cuna acariciando al hijo,  
 o ante el sepulcro derramando lágrimas,  
 o en las sombras de un claustro reclusa,  
 o esperando al esposo desvelada,  
 o en el templo cantándole a la Virgen  
 dudas, temores, inquietudes, ansias!...  
 ¡Cántala dondequiera que la veas,  
 ángel o mártir, heroína y santa!  
 Y si tienes un día  
 la pena de encontrarla  
 caída en los infames pudrideros  
 donde a los suyos el infierno enfanga,  
 y no puedes hacer el bien supremo  
 de redimir un alma...,  
 en vez de una canción fustigadora,  
 dedícale en silencio una plegaria...:  
 mejor que ver la llaga al microscopio  
 es cubrirla de bálsamo y curarla.*

Para terminar, fray Luis, comentador, es guiado por la razón; Galán, por el sentimiento; a éste le guía su corazón, y no obstante apoyarse en la obra de fray Luis, no deja de ser subjetivo, por ser personal y distinta la concepción de la mujer de Galán de la de aquél, aunque coincidan en algunos puntos, y por su forma.

**“El Ama”.—“El Amo”.—“Canción”.  
“El Cristu benditu”.**

Los puntos más culminantes de la inspiración de Galán, donde se revela más subjetivo, es en las composiciones *El Ama*, *El Amo*, *Canción* y *El Cristu benditu*, que son resultado de un torrente de sentimiento que pujaba por desbordarse al exterior. En estos momentos en que vertió la musa de Galán estas sublimes composiciones, su corazón estaba henchido, estaba saturado de sentimiento (de dolor en las tres primeras, y de alegría de placer en la última) que necesitaba un desahogo, que necesitaba verterse, fijarlo en forma bella para que los demás gozaran sintiendo con él, y para evitar que su corazón, no pudiendo contener toda aquella abundancia de sentimiento, estallara, como estalló cuando no pudo dar a luz, como quiso, aque-

lla corriente interna que circulaba por él a la muerte de su padre y que empezó a salir en la composición *El Amo*, que parece es sólo el principio de una poesía como *El Ama*.

Conocía Gabriel y Galán—recitándola murió—aquella sencilla elegía, escrita en coplas de pie quebrado, que Jorge Manrique escribió a la muerte de su padre, y es casi seguro que también conociera aquella otra de Ventura Ruiz Aguilera a la muerte de su hija. De la primera poca es la influencia que se nota en *El Ama* y alguna en *Canción*; de la segunda, la de Ruiz Aguilera, se puede asignar algunos puntos de contacto, en cuanto a la manera, con *El Ama*. Posa Galán la vista sobre todos aquellos lugares en que ponía las manos su madre antes de morir, y los encuentra alegres, llenos de luz; los ve después, y a todos los encuentra oscurecidos por la tristeza que imprime en ellos la falta de aquella mujer, la falta de su madre, del ama; lo mismo hace Ventura Ruiz Aguilera: también va recorriendo lugares, épocas, juegos que alegraba su única hija, su Elisa, con su belleza, con sus sonrisas, con su alegría, como el ama con sus consejos, con

su atinada dirección; los evoca y los ve alegres, los mira, y el alma se le llena de tristeza.

*El Ama* fué la poesía que sacó a Galán a caminar por las sendas de la Fama; fué la mariposa que rompió el capullo donde estaba encerrada su musa, y sus delicados matices levantaron la admiración de todos. Se publicó en todos los periódicos, y todo el que la leyó admiróse; pero se admiraron más los literatos cuando supieron que la pluma que aquello había escrito había sido guiada por la mano de un hombre de treinta años (1).

Hay en esta poesía un venero de sentimiento tan sencillamente expresado, que parece se deslizó del corazón a la pluma como lo ha-

---

(1) Pereda escribe al Ilmo. P. Cámara dándole las gracias por el regalo del tomito de poesías que publicó de Galán, y le dice: «Conocía yo la primera de ellas, «*El Ama*», por haberla visto reproducida en varios periódicos, después que fué premiada en esos Juegos Florales el verano pasado, y conservaba imborrable las impresiones que dejó su lectura en la memoria y en el corazón, porque es la pura verdad, que no recuerdo haber leído trozo de poesía más honda, más humana ni conmovedora. Hasta los desaliños (pocos y de bien fácil corrección) con que está escrita, lejos de perjudicarla, la favorece, porque revelan la abundancia con que el caudal del sentimiento fluye en los manantiales del alma. Esto es ser un poeta de veras.

Creía yo a este cuadro obra *vivida*, como ahora se dice, o por lo menos, la voz de un hombre muy avezado a luchar cristianamente con los grandes conflictos del corazón, pero nos declara usted que se trata de un muchacho, y esta noticia dobla mi admiración.»

ce la corriente continua de un manantial por un cauce hondo, pero de poca pendiente, que nunca deja de pasar y correr hacia el mar. Parece que su pena flota en la atmósfera que adensa el aire sobre su cabeza; el poeta se siente desfallecer, se siente sin fuerzas: nada de lo que a su vista se presenta logra reanimarle; tras las palabras de consuelo que sus criados y pastores le prodigan advierte él la pena, el dolor que los acompaña; todos han callado, ninguno canta, marchan con la cabeza baja; todo le habla de su pena; hasta los ruidos del campo no le suenan como antes, ni sabe interpretarlos, que

*el velo del dolor me ha obscurecido  
la luz de la belleza.*

y a los campos acude a decirles su tristeza, en busca del consuelo que le da la fe en el recuerdo de su madre;

*vuestra paz era imagen de mi vida,  
¡oh, campos de mi tierra!  
Pero la vida se me puso triste,  
y su imagen de ahora ya no es ésta  
en mi casa: es el frío de mi alcoba,  
es el llanto vertido en las tinieblas;  
en el campo, es el árido camino  
del barbecho sin fin que amarillea.*



pero, poeta cristiano, mezcla en ese mar de sentimiento sin desesperación que le causa la muerte de su madre los consuelos de la resignación, que le da fuerzas para soportarlo esperando en Dios, y las mismas enseñanzas de su madre le hacen echarse en las manos del Todopoderoso, y exclama como ella:

*Cuando la vida se le puso triste  
¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!*

Y en esta frase condensa toda su fe, toda su resignación el poeta cristiano, y le da alientos para seguir viviendo.

Difícilmente se encuentra un trozo de poesía tan lírico, tan elegíaco como esta composición, y muy pocas veces hallamos expresado en forma tan sencilla tanto sentimiento. Brotó, no para probar nada, no como una deuda, sino como una necesidad del alma del poeta; por eso se avalora más su mérito. Sólo se nota en esta composición la falta de particularidad, de rasgos característicos que retrataran a su madre para que no fuera confundida con ninguna otra; el poeta generalizó, e inspirándose en su madre, hizo la elegía de la muerte del *Ama* castellana, debido, sin

duda, a la gran influencia de *La perfecta casada*.

En *El Amo*, esa composición que, a mi entender, es sólo el comienzo de algo más extenso, parece el poeta más individual. Es ya de lo último que escribió, y se ve más reflexión.

Y en la última que escribió, *Canción* (pocos días después de la muerte de su padre y pocos antes de la suya), se ve al poeta flotar entre el sentimiento que le causa la muerte del padre y los deberes que tiene él también como padre y esposo, y exclama: «¡Quiero vivir!», cuando el dolor le hace decir:

*¡Mejor es cegar, Dios mío!  
¡Mejor es ir paso a paso,  
cayendo hacia el propio ocaso,  
solo, con pena y con frío!  
¡Mejor es ir al vacío  
que a ruinas y sepulturas!  
¡Mejores son las negruras  
de la noche más sombría,  
que las negruras del día,  
que son dos veces oscuras!*

Se acuerda de sus hijos, de su esposa y de sí, y temeroso exclama:

*¡Esto que tengo de arcilla  
fué quien lo dijo, Señor!*

en que se ve admirablemente retratado su cristianismo, y continúa su canto de resignación, pidiendo vida:

*¡Quiero vivir! A Dios voy  
y a Dios no se va muriendo:  
se va al Oriente subiendo  
por la breve noche de hoy.  
De luz y de sombras soy,  
y quiero darme a los dos.  
¡Quiero dejar de mí en pos  
robusta y santa semilla  
de esto que tengo de arcilla,  
de esto que tengo de Dios!*

Pareciendo, como antes digo, que hay en ella, al expresar el sentimiento, cierto temor de agotamiento que le hace pensar en los hijos, en la esposa, en él y con ansias quiere agarrarse a la tierra, quiere vivir.

En la carta que escribe a la muerte de su padre a *Crotontilo* y a otros amigos, se ve reflejada esta poesía y *El Amo*. Así le dice en la carta: «Ya quedaron allí juntos, en aquella capillita venerada, en tierra de Dios, mis padrecitos queridos, mis venerados patriarcas, los que supieron criar hijos que han sabido llorar sobre sus cadáveres a la manera cristia-

na, porque abajo cayeron tantas lágrimas como oraciones subieron a los cielos.

.....

»Yo, al dejarlos en aquella tierra santa, al salir de aquella casa, al dejar aquel pueblo de mis ya muertos amores, creí que me ahogaba de ansia. Estuve un rato olvidado de lo que tengo en el mundo—¡Dios me perdone!—y me vi solo, sin padre, sin madre y sin patria. Y nunca podré decir todo lo que tuve el valor de padecer, cuando, parando el caballo cara a cara con toda mi vida, que se veía desde la cumbre de aquel monte que recogió mis miradas de niño y de adolescente feliz, le di a todo un adiós de aquellos que no se pueden repetir sin peligro de morirse...

»¡Y mira tú lo que es Dios! Al dejar de verlo todo y descender la cuesta del otro lado de aquel monte, cuya subida me parecía mi calvario, su cumbre la muerte y la bajada de la opuesta pendiente un descendimiento a la sepultura, me hizo explosión a la cabeza este recuerdo de mis hijitos y de su madre, que me decían: «¿Y nosotros?»

»Te digo que me sentí resucitar. Y al darle las gracias a Dios me dije: «¿Y Dios?»

»Y mira tú qué misterios, porque otra cosa no es: se había acabado la cuesta y ya iba yo por un valle que me hizo recordar lo del «valle de lágrimas» que decimos en la Salve y pensar de esta manera: Sí, un valle de lágrimas; pero en él están mis hijos con su madre, y después de él está Dios.

»Y así es de bueno Dios, que pone detrás de cada pena un consuelo humano y luego se nos da El mismo como supremo consuelo.

»Y aquí me tienes rezando y llorando a mis muertos queridos y arrancándole a mis pequeños unos besos que son gotas de bálsamo milagroso.»

Estas poesías son cantos de dolor escritos a la pérdida de seres queridos; *El Cristu ben-ditu* es el canto alegre, regocijado, placentero que le inspira una de las alegrías mayores de la vida: la de ser padre. Multitud de goces, de afectos, de ilusiones, de inquietudes nacen y se concretan en este deseo. El primer hijo es objeto de todas las ansias, de todas los cuidados: en él se encarna algo vivo del ma-

trimonio, y son muchos a los que este primer hijo les inspira un canto, el más tierno e íntimo, quizá, de su vida. Los demás, he oído decir a un padre, se reciben ya sin las ilusiones del primero como cosa natural.

La poesía más llena de ternura, de ingenuidad, de frescura, de amor, de sentimiento, de vida de Galán es ésta, *El Cristu benditu*—una de las primeras composiciones publicadas—. Ninguna de ellas es tan lozana, ninguna está hecha con tantos entusiasmos. No hay en ninguna la sencilla ingenuidad de expresión del sentimiento como en ésta, ni tan tierna delicadeza como la que ésta encierra al describir como abobado a su hijo desnudito, tendiendo las maninas y los pies al aire, y a él entusiasmado haciéndole caricias, cogiéndole, mirándole. ¡Qué naturalidad! Sin entorpecimiento alguno salió de su pluma este canto. Todo en él es vida, todo son esperanzas. En él parece el poeta un niño, y como un niño da suelta a su alegría. La intensidad del sentimiento, la fiel expresión de la belleza de aquel cuadro, lleva al alma una complacencia, una alegría, una ternura gran-

de, y grande es la emoción estética que produce...

Un crítico (1) censuró acremente esta poesía—acaso por serle extraño el lenguaje en que está escrita—a raíz de su primera publicación. Varios le replicaron, y rectificó su censura (2).

---

(1) Azorín.

(2) Entre ellos, D. Mariano Guerra, desde *El Heraldó de Avila*.



## **El “Canto al trabajo” y su elaboración.—“Las Repúblicas” y “A la montaña”.**

De su última época son sus composiciones *Las Repúblicas*, *Canto al trabajo* y *A la montaña*, que pertenecen a su postrer libro *Nuevas castellanas*. Se nota en ellas un avance en su carrera literaria, principalmente en el *Canto al trabajo*, que parece marcar una nueva dirección en el poeta; tan es así, que la señora Pardo Bazán dice, refiriéndose a él: «A este leñador, a este justiciero indignado, no le conocíamos.»

Tan valiente como le vemos en este canto, no; pero sí que conocíamos a este amante de la justicia, que la siente más que la conoce. Ya antes de en éste se le escapan algunos gritos de indignación contra la desigualdad social y, sobre todo, contra la dureza de cora-

zón de los de arriba. Ya le hemos visto apiardarse de esa desigualdad en *Mi vaquerillo*; lanzar una mirada hosca a los terratenientes, que están al abrigo del viento, la lluvia, el barro y el frío, mientras el tío Mariano ara aquellas tierras, en *Las cuentas del tío Mariano*; echar en cara la mezquindad del jornal y las exigencias del trabajo, del amo que va, con el caballo, a ver al criado, en *Los postres de la merienda*; le hemos visto fustigar con fuerza esta frase:

*Yo la he visto cargada,  
camino de la vega, con la azada,  
delante de un verdugo  
que a la humana legión desheredada  
disputaba a pellizcos un mendrugo;*

y también en algunas de sus cartas despreciar a esos ricos, «tan bárbaramente ricos..., que saben lo que no saben los sabios: ganar el dinero a quintales», y exclamar, hablando de cuando el Rey fué a Salamanca y le presentaron un grupo de jurdanos: «Y basta de jurdanos y de reyes, que son seres unos y otros que no parecen hijos de Adán y Eva, porque... ¡qué horrendas desigualdades, Dios mío!»

El Conde de Casa-Segovia dice que, al ver en la República Argentina las poesías mandadas por Galán a aquel certamen, antes de abrir el secreto de los sobres que contenían el nombre de los autores, le llamó «poderosamente la atención una poesía titulada *A la montaña*, y parecióme que aquella pluma tenía extraordinarios puntos de semejanza con la del autor de *Fecundidad*, *Amor* y *El gañán*; con aquella hermosa y valiente composición venían otras dos, escritas con la misma letra y que acusaban el mismo estilo; se intitulan *El arrullo del Atlántico* y *Canto al trabajo*; esta última poesía me cautivó, y os aseguro que dudé algún tiempo si era de la misma mano, por notar en ella menos lirismo que en las anteriores, más fuerza de expresión y profundidad de concepto» (1).

En todas las composiciones de este último libro del vate de Frades de la Sierra se percibe más reflexión, más estudio, y falta, por lo tanto, de la frescura que en los anteriores. Hay en todos ellos una gradación por el or-

---

(1) Discurso pronunciado en la velada necrológica en honor del poeta celebrada en Salamanca en 26-III-1905.

den en que fueron escritos. Para mí, el que tiene más lozanía, el más espontáneo, aun con la influencia que tiene de Vicente Medina, es *Extremeñas*, aunque mucha lozanía hay también en *Castellanas*. En el que se muestra más retórico, menos poeta, menos lírico, aun contando con tan hermosas composiciones como *El Cristo de Velázquez*, *La Virgen de la Montaña*, *En todas partes*, *A solas* y *A la definición dogmática de la Inmaculada Concepción*, es en *Religiosas*; y es que Galán, cristiano ferviente, fiel cumplidor de todos los deberes que manda la religión cristiana, no sentía, realmente, esto de la religiosidad; que oí a un ilustre pensador es necesario dudar un poco para llegar a sentir esos misterios. Hay que tener en cuenta también que la denominación de *Religiosas* es algo casuístico. Religiosas son muchas de las poesías de Galán; y las que están en el grupo de *Religiosas* no todas cantan temas religiosos. Sin embargo, hay algunas de una gran ingenuidad, como *La pedrada*. En las *Religiosas* de nuestro poeta, su sentimiento religioso tiene mucho de tradicional, de enseñado, advirtiéndose al-

gún recelo al pensar por sí solo sobre puntos de religión. La religión le coartaba; era para él algo muy parecido a lo que era para el tío Gorio de su cuento *Alma charra*. «¿Sabéis lo que os digo?—dice éste en un rato de locuacidad—: pues que la religión no es *naa* más que a *moo* de una maroma que tienen *pa* sujetarnos a *toos*.» La religión de Galán, como la de todo labrador, es temor más que amor. La que se enseña desde niño.

Cuando yo leí detenidamente las obras todas de Gabriel y Galán—permitidme que diga esto desde un punto de vista muy individual—, el *Canto al trabajo* me cautivó. A él postergué todas las demás composiciones. Se separa de todas, y en él veía yo un hombre más pensador—hay, efectivamente, ésto—, al mismo tiempo que quería adivinar en él en aquellas estrofas

*Tiempos tan esperados  
de la justicia que avanzáis armados:  
¡sitiad por hambre o desquiciad las puertas  
de alcázares dorados  
que no las tengan al trabajo abiertas!  
¡Vida que vive asida,  
savia sorbiendo, de la ajena vida,*

*duerma en el polvo en criminal sosiego!  
 ¡Rama seca o podrida,  
 perezca por el hacha o por el fuego!*

un resultado de algo exterior, de quejas, de clamoreos de la gente de cierta parte del campo salmantino, que habían entrado en el alma del poeta, y que de ella habían salido vertidas en estrofas vibrantes, enérgicas, viriles. Me refiero al estado de la propiedad, concentrada en pocas manos en esta región y cultivada por renteros.

Su último pensamiento,

*Sin ofensa de Dios, que fué el primero,  
 tú el creador segundo  
 bien te puedes llamar del mundo entero.*      •

que podrá no ser suyo, pero desde luego lo es en la forma de expresarlo, me entusiasmó de tal suerte, que me hizo dudar si se habría producido algo más bello. Sigo teniendo cierta veneración hacia esta poesía, que por sí sola hubiera bastado para incorporar el nombre de Galán entre los inmortales; sin embargo, reflexionando a través de su obra, no dejo de comprender que hay en ella trozos más líricos, más íntimos, las antes ya citadas

*El Ama, El Cristu benditu, Fecundidad, Las sementeras, La romería del Amor, Mi vaquerillo, La galana, etc.*

Hay en este canto algo bíblico; la liturgia cristiana llama *Feliz culpa* al pecado de nuestros primeros padres,

*Y por tocar en tus divinos labios,  
tornóse en ley fecunda  
el rayo vengador de tus agravios.*

dice el poeta, dirigiéndose a Dios.

Es este canto más calculado, más razonado y menos sentimental, o, como dice el Conde de Casa-Segovia, «hay en la poesía más sobriedad y menos imágenes que en sus composiciones anteriores; hay más pensamiento en el fondo, y la intención es más alta; ya en ella, el poeta no canta solamente el campo, ni el amor, ni el hogar: su musa truena y lanza rayos contra el egoísmo y la inercia, glorifica el trabajo, como fuente de vida, y hay explosiones en sus versos dignos de la épica».

Pero este canto, nacido del gran amor que hacia el trabajo siempre tuvo el poeta, tiene una lenta elaboración: en sus obras de atrás



se notan ya sus precedentes; así leemos en *Regreso*, en tono de reproche a la vida de la ciudad:

*Aquí no vive la materia inerte  
esa vida que presta el artificio,  
estéril disimulo de la muerte.*

Más adelante, en esta misma poesía:

*A humillar, cual vosotros, la cabeza  
al yugo del trabajo cotidiano,  
fuente de la riqueza,  
padre providencial de la pobreza,  
sal del vivir humano.*

Y sigue aún más adelante:

*Desciendan por mi frente  
del sudor del trabajo los raudales  
y bañen mis pupilas distraídas,  
que esos son los cristales  
a través de los cuales  
debemos todos contemplar la vida.*

En *El poema del Gañán* dice (parte segunda):

*Trabajo era honradez, y amor, promesa;  
trabajo era virtud, y amor, corona.*

Así, virtud, no algo despreciable. Y más abajo:

*El también intuía  
que el trabajo es virtud, es armonía,  
es levadura del placer humano,  
fuente del bien, secreto de la suerte,*

*deber del hombre sano,  
honra del varón fuerte  
y vanidad del mozo castellano  
que el pan que come con la misma toma  
con que lo gana diligente mano.*

### En Canción:

*¡El trabajo es la ley! Todo se agita,  
todo prosigue el giro  
que le marca esa ley por Dios escrita  
dondequiera que miro.*

### En Dos paisajes:

*¡La visión de los campos incultos  
que ricos se tornan  
si los baña del sol del trabajo  
la luz creadora!*

.....  
*Y unos hombres briosos y cultos  
labraban los campos  
con la sana alegría que infunden  
la paz y el trabajo.*

Y así, en *Las Repúblicas*, parece extasiado el poeta ante la visión de las hormigas y abejas trabajadoras.

Galán, amante del trabajo, trabajador infatigable, que aconseja a todos los suyos que trabajen, que ve los frutos del trabajo honrado, un trabajo fecundo, y que ya, como he-

mos visto en algunas de sus poesías, le había dedicado algunos fragmentos, que llevaba con él este murmullo, produjo este bello *Canto al trabajo*, glorificación de él, y lanzó sus airados dardos, con valentía, sobre los que no producen, los enmollecidos. Fué este canto como la síntesis de una campaña dedicada a encomiar esta virtud.

*A la montaña*, canto viril, lleno de fuerza, del hombre que, mirando a la cumbre de la montaña desde el arranque de sus faldas, se ve pequeño, reconoce la grandeza de aquella mole, pero no la teme, y se siente más grande aún que ella, y proclama su propia superioridad, apostrofándola:

*Eres grande, ¡oh, montaña!,  
y rica con espléndida riqueza;  
tienes oro en la entraña  
y corona de plata en la cabeza...  
¡Pero yo soy más grande, yo más fuerte!  
¡Yo más rico que tú! ¡Yo he de vencerte!*

Y aunque a primera vista esta composición no parece tener semejanza con el *Canto al trabajo*, fijándose un poco en ella, se nota, bajo estas frases, un poco de altanería, la superioridad del hombre sobre todo lo nacido,

principalmente del hombre trabajador y de ideales:

*No en la entraña metales brilladores,  
ni en la frente coronas temporales:  
tengo en el corazón fragua de amores,  
tengo en la frente fragua de ideales.  
¿Y qué volcán tuviste tan ardiente  
como el humano corazón que ama?*

.....  
*¿Mas para qué conmigo compararte,  
soberbio monstruo inerte,  
si de el cogüelmo de mi vida, el arte  
te está dando una parte  
por que no te confundas con la muerte?*

Esta es la labor del poeta: presentar al lector las cosas viejas como nuevas, dar vida a las que parecen muertas, ser como segundos creadores.

*Las Repúblicas*—poesía que envuelve alguna sátira y con alguna semejanza con *Dos nidos* y *Disparate*—es una descripción nacida, al parecer, de la admiración a lo descrito, de los trabajos de las hormigas, las abejas y las ovejas; cómo laboran, van, vuelven y se alimentan sin disputa, para llevarnos a la conclusión:

*Esta vida que vivimos  
los que reyes nos decimos  
de este mundo engañador*

*no es la vida sabia y buena.  
¡Ay! La república humana  
me parece la peor.*

Percíbese en esta reflexión final el dolor que le produce la sociedad humana; es como queja que sale de su corazón para que se temple un poco en su marcha.

## Galán, satírico.

Maneja la sátira el poeta, pero no sátira negativa. Al lado del trazo satírico, de la exclamación que se le arranca del corazón, nos presenta un cuadro todo luz, todo pureza y real, enteramente real. Ya le hemos visto en la composición de que hablábamos al final del anterior capítulo ponernos ante los ojos las hormigas, las abejas y las ovejas, antes de exclamar amargamente:

*¡Ay! La república humana  
me parece la peor.*

Y el poeta se extasía ante lo bueno, casi siempre, siguiendo su ideal artístico, y por contraste, y casi en cuatro rasgos, nos presenta lo injusto, lo inmoral, lo censurable, para terminar con una exclamación dolorosa, punzante, valiente, que vale por toda una composición en que se esgrima el látigo de

la sátira desde el principio al fin. ¡Cuántas que así se titulan no tienen la fuerza, el vigor, que éstas de Galán!

Le vemos en *Dos nidos* contemplar la cigüeña, llevar alimento a las crías, dárselo, vérselo disputar contenta, no obstante tener ella hambre, y luego tornar la vista hacia otro nido, «pero nido humano—que habita la familia de un cristiano», y ve salir de él a un rapazuelo llorando, y tras él, una mujer—no quiere decir madre el poeta—, que aun le abofetea y lo deja fuera de la casa porque ha ido a pedir limosna y no ha traído más que un poco de pan y quieren que traiga dinero, buscándolo «*ande lo haiga*». Fija otra vez la vista en el nido de la torre el poeta, sin querer, y dice:

*Si este niño pensara, ¿no querría  
convertirse en cigüeño de la cría?*

Lo mismo hace en *Disparate*, después de admirar y hacernos admirar el cuadro que forman la vaca recién parida, temblorosa, llena de amor por el chotillo; oye un ruido por el camino, mira hacia él, y ve a dos muje-



rucas de su aldea, que van a llevar «el contrabando de la perdía de la Luteria» a la ciudad, y las pregunta: «¿Y la... madre?» (casi no atreviéndose a pronunciar tan santa palabra); a lo que contestan las tiúcas: «Tan campanti, señor; tan campanti que se ha queao sin el engorro de esti enfeliz.» Entonces el poeta vuelve a mirar a la vaca y el chotillo, y pone en boca del niño, que iba llorando, este magnífico disparate: «¡Ay! ¡Ay! ¡Quién fuera choto!... ¡Quién fuera choto!...»

Todo con gran naturalidad y con gran realismo; y ¡qué fuerza en las expresiones finales! Así hace también en *Los postres de la merienda*.

Y satírico es en *Regreso* y en el soneto *A un rico* (1), no publicado en la colección de sus obras.

Lo que no hace es ir pasando revista uno a uno todos los vicios de la sociedad: no se lo permite su credo artístico. Los conocía, y

---

(1) Hemos de notar, como cosa rara, que, entre las obras de Galán sólo encontramos este soneto, y otro titulado *Almas*. (En la muerte del P. Cámara.)

ante ellos no permanecía inconvencible y, como hemos visto, los censuraba con acritud; pero presentando, casi en contraposición, la contraria virtud.

En algunas de las composiciones que dedicó a los amigos, sin ánimo de publicarlas, y que algunos de ellos publicaron a su muerte, ataca de cara los defectos de la sociedad, y con tonos enérgicos, aunque no llega a la energía de las expresiones antes dichas, censura la ambición, la falta de creencias, el anhelo de goces, la falta de sinceridad... Así le vemos en una poesía publicada en *La Verdad*, de Murcia, en 22 de diciembre de 1910, sin título, y que empieza:

*¿Dónde a rodar nos llevará mañana  
esta fuerza invisible del destino?*

que casi toda ella es un latigazo contra «esta sociedad, frívola y necia», decirnos:

*¿Qué grandezas va a haber ni qué ideales  
en un mundo grosero y sin decoro,  
hambriento de apetitos materiales  
y sediento de goces y de oro?  
¿Qué ha de haber donde reina la avaricia,  
el escándalo, el agio, el merodeo,*

*el cinismo soez de la codicia  
y el culto impuro de brutal deseo?  
¿Quién que tenga un espíritu sensible  
se atreve a hablar de puras emociones,  
en el pleno reinado incompatible  
de cínicas y torpes ambiciones?  
¿Quién va a hablar de sus íntimos pensamientos  
en este mundo escéptico y grosero  
que hasta a Dios arrojó de los altares  
para poner en ellos el dinero?  
¡El oro es quien reina, sólo el oro!  
El amor, la virtud más noble y alta,  
la amistad, el honor, la fe, el decoro,  
¿valen dinero? No. ¡Pues no hacen falta!  
¿Quién va a hablar de misterios ideales,  
de profunda delicia indefinible,  
ni de espasmos de amor sentimentales  
de recóndito origen invisible?...  
Por dondequiera que se mire el mundo,  
¡el mismo tono gris, triste y sombrío!  
¡el mismo aspecto de desdén profundo!  
¡el mismo ambiente de egoísmo frío!  
Apenas si se encuentra ser o cosa  
donde posar el alma o la mirada  
y aliviar esta vida fatigosa  
por donde el alma va, sola y cansada.  
En esta sociedad frívola y necia  
es un hombre ridículo y extraño  
el que ve el interés y lo desprecia  
cuando viene de manos del engaño.  
¿Quién habla de creencias religiosas  
ni de altas ansiedades ideales  
en medio de estas luchas ambiciosas,  
más solapadas cuanto más brutales?*

*En este torpe y general desvío,  
que es hasta para Dios indiferente,  
he dicho a veces para mí: ¡Dios mío!  
¿si será de mal tono ser creyente?  
¿Quién que un soplo de fe tenga en el alma  
y un resto de pudor en la conciencia  
puede ir viviendo con serena calma  
entre esta criminal indiferencia?  
¿Quién no siente tristeza y pesadumbre  
solamente al pensar, con triste acierto,  
que en medio de la humana muchedumbre  
se está más solo aún que en el desierto?  
¡ Y sólo hay que vivir! ¿Quién lleva abiertas  
las puertas de su alma ante este mundo,  
que, si el oro no ve tras esas puertas,  
se aleja de ellas con desdén profundo?  
¡ Yo vivo solo! Y aunque el alma siente  
que se asfixia en el aire que respira,  
aparento vivir en mi elemento  
en medio de esta universal mentira.*

Nótase en ella el profundo dolor que le producía este estado social, que él regeneraría, así como su patria, que desea verla semejante a las repúblicas de hormigas y abejas; esto es: trabajando todos sin mirar la obra del vecino, respetando, poniendo cada cual su esfuerzo a contribución de ella, sin lamentarse, volviendo la vista a grandezas pasadas y fijándose en la actualidad: a evitar su ruina, no a llorarla.

¿Y sigues pusilánime, impotente,  
llorando todavía?

¡Tú no eres hijo de la patria mía! (1)

(«Patria».)

---

(1) Premiada en los Juegos Florales de Zaragoza. Publicada en la *Revista de Extremadura*, en Marzo de 1903.

**Galán es poeta lírico.—La lengua de  
la obra de Galán.—Su estilo  
o manera.**

Es poeta lírico Galán, como ya hemos dicho, porque su poesía, aun cuando mira al exterior, sale de su interior sincera, saturada de sentidos afectos, de emociones. Parece que el poeta no ve más que las cosas que le impresionan.

Creo que en todos los géneros literarios, hasta en aquellos que, como la Historia, son más objetivos, siempre hay algo subjetivo; algo que, en cierto modo, pertenece a la lírica, en su concepción subjetiva, pues el escritor no puede siempre hacer caso omiso de su personalidad. Dentro del género lírico, es más lírico aquel que más revela su interior y no el que busca herir las fibras sensibles del corazón del lector, que es propio de cierta clase de oratoria.

Por esto Galán es lírico: porque canta aislado, sin fijarse en la emoción que sus cantos producirían. El sentía lo que escribía; y al escribir algunas de sus páginas de dolor, sangrando el corazón, lloró, siguiendo, sin conocerlo quizá, el precepto del lírico latino Horacio, fijado en su epístola a los Pisones: «*Si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi.*»

Toda su poesía es poesía vivida, descuidada a veces, natural, fácil, sentida, nacida de una sensibilidad sutilizada, despierta al más suave roce, al más débil murmullo, llena de un fino talento de observación. Todos sus pensamientos, todas sus imágenes eran sentidas antes que pensadas, y rara vez dejó en su poesía intervenir a la razón. «Es un consuelo y un alivio—dice el Sr. Unamuno—el leer a un poeta cualquiera verdadero, como Galán. Nada prueba, nada demuestra, no razona ni adoctrina. En la poesía no hay silogismos, y cuando los meten en ella, deja de ser tal poesía. Eso que llaman lógica, y que no es sino una maquinilla para ahorrarse el tener que concebir por cuenta propia, está reñido con la poesía... Y he aquí por qué he

gustado de Galán: porque no hay abogacía en sus cantos, porque cuando se sentía poeta no iba a probar o reprobear, a defender o combatir cosa alguna, y cuando caía en esto dejaba de ser poeta» (1).

Del campo sacó caudales de poesía. El sentimiento de la Naturaleza lo tenía muy educado, muy utilizado.

La llanura de Castilla, llena de trigales, que entre mayo y junio se menea a impulsos de la brisa; esa llanura sin límites, que hace más inmensa la inmensidad de los cielos, que se muestra a la vista del espectador sin velo ninguno, apenas cruza una nube serena, es una fuente inagotable para el poeta; es lo que hizo a los místicos ser tales, es lo que lleva a la contemplación de Dios, a esperar, a creer, a hacerse grande el alma, que ve ante ella mucho, muchísimo espacio donde abismarse, donde volar sin entorpecimiento alguno. En esta llanura estaba el alma de Galán contemplando, más que el cielo, la tierra.

---

(1) Extraordinario del periódico *El Castellano*, de Salamanca 26-III-1905,



Y este silencio de los campos, en que no se oye sacudida de olas, ruido de fábricas, sino el rodar de la tierra al arar con el oído muy despierto, «un hondo y general rumor de vida»—sobre todo, la vida—«y un ruido sordo de pujante brega», es lo que hiere el alma del poeta.

Y Galán voló siempre sin perder de vista la tierra. De todos esos ruidos que le impresionan, saca su poesía.

Es poeta del campo—bucólico—, pero no a la manera de los que han cultivado este género en los siglos XVI, XVII y XVIII, presentando pastores retóricos, poetas, filósofos—aunque de esto último tengan mucho—, poetas falsos, artificiosos; no: Galán nos presenta gentes del campo, criados, labradores, pastores reales, tal como son, y sin retoricismos, sin hacer equilibrios, nos los pone ante la vista al desnudo de alma y cuerpo. No quiere el poeta en sus campos esos falsos Batilos; lo que quiere es

*..... que encubriese las zamarras de pellejo  
pechos fuertes con ingenuos corazones de oro viejo  
penetrados de la calma de la vida montaraz.*

*Yo quisiera que en el culto de los montes abrevados,  
sacerdotes de los montes, ostentaran sus cayados  
como símbolos de un culto, como cetros de la paz.*

*Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos,  
no la casta fabulosa de fantásticos Batilos,  
que jamás en las majadas de mis montes habitó,  
sino aquella casta de hombres vigorosos y severos,  
más leales que mastines, más sencillos que corderos,  
más esquivos que lobatos, ¡más poetas, ¡ay!, ¡que yo!*

Y aun éstos ya han desaparecido; por eso  
se queja el poeta que una noche ha dormido  
en la majada y

..... Blasfemaban los pastores  
maldiciendo la fortuna de los amos y señores  
que habitaban los palacios de la mágica ciudad;  
y gruñían rencorosos como perros amarrados  
venteando los placeres y blandiendo los cayados  
que heredaron de otros hombres como cetros de la paz.

(«Los pastores de mi abuelo».)

Su poesía descriptiva se muestra en todas sus composiciones, aun en aquellas más íntimas, aquellas que son desdoblamiento de su interior, aquellas en que más se derrama, como él mismo dice alguna vez. Trataba él de recogerse muchas veces en sí, siguiendo advertencias que creía justas; pero su musa campestre surge al momento... Las descrip-

ciones le gustaban mucho. Hasta en sus prosas le sucede esto; describiendo al vaquerillo del cuento así titulado parece embelesado. No olvida un detalle de ellas, les da colorido, matiz, haciendo visibles todos los detalles, de los que parece no satisfacerse nunca.

Delicadas, elegantes al par que sencillas—que es más de admirar—son sus imágenes, en las que abunda su poesía. Del campo, de la atmósfera las tomaba, de lo que veía. Son numerosísimas en su obra. La lengua del pueblo siempre habla con imágenes. Aquella de *La romería del Amor*,

*sólo la de la tarde hay en el mundo  
que se pueda llamar bella agonía,*

es de lo más elegante y sencillo que se ha producido.

La lengua empleada en sus obras es lengua viva, la lengua que corre de boca en boca, la que él hablaba, la que hablaba la gente que le rodeaba, sin rebuscamientos de ningún género; la lengua que evoluciona con el pueblo, la lengua que por ser viva emociona; no es la lengua muerta de algunos otros poetas que

nada dice, de los que al escribir cuentan las sílabas del verso, colocan en el lugar que marca la Preceptiva del Arte los acentos y pausas, y que suele hacer dormir al lector. Por eso la lengua de Galán aparece tan bien dispuesta al servicio de la pluma que corría fácilmente por el papel.

«Lector, he aquí un libro de poesías—dice Maragal en el prólogo de *Extremeñas*—.

»Y no sería menester más prólogo que estas seis palabras si los que solemos llamarnos poetas o críticos no profanáramos cien veces al día el santo nombre de Poesía y no te hubiéramos hecho perder con ello el sentido de esta palabra tan grande. Te ofrecemos a cada paso el juego de unas cuantas palabras muertas arregladas con artificio de embalsamadores de cadáveres en determinado ritmo de sonoridad exterior, y te decimos: Ahí tienes poesía.—¡Mentira!»

Esto lo dice uno de los que más cantidad de buena, de verdadera poesía ha hecho. Y todo lo que Maragal aplica a *Extremeñas* puede muy bien aplicarse a todas las demás poesías del poeta charro.

Tenía Galán un estilo especial, una manera, mejor dicho, en su versificación: era un poco palabrero, no se encuentra en su obra concentración de frase, pensamientos enjutos, sino envueltos en multitud de palabras que empleaba con la buena fe de dar más claridad a la expresión. Ya lo dice él mismo en una de sus cartas: se entusiasmaba en los tonos. No concebía el substantivo solo, aislado: siempre lo matizaba. Era verdaderamente una manía su afán de epitetizar; apenas se encuentra una página en sus poesías en que no haya algún epíteto, agrupándolos a veces, como

*cantaba también aquellos campos  
los de las pardas, onduladas cuestas*

y a veces llenando versos enteros de adjetivos, como éstos de *Mi vaquerillo*:

*Las noches de junio,  
rutilantes, medrosas, calladas;*

o éstos de *La romería del Amor*, refiriéndose a la canción del ruiñeñor:

*romántica, alta y honda,  
purísima y vibrante,  
bizarra, magistral, insinuante.*

Y si en ocasiones esta manía, que quizá no tuviera otro fin que suavizar, dar matiz especial al sustantivo, produce hermosas frases, como éstas:

*Ni las noches románticas de julio  
magníficas, espléndidas,  
cargadas de silencios rumorosos,*

en otras parece más bien un relleno del verso, del cual realmente no necesitaba.

Tiene, como todos los escritores, enamoramientos de pensamiento, o más bien de frase, como éstas: «*las puertas del sentido*», que dice en *La romería del Amor*; y repite en *Amor*: «*las puertas del sentido*» y «*del alma las puertas*», y en algunas más; o esta otra, más extendida que la anterior: «*brisas frescas que estremecen el paisaje con el roce de las puntas de sus alas*», que se ve en el *Nocturno montañés*; y repite en *Las canciones de la noche*: «*y las brisas de la noche misteriosa le tocaban con las puntas de las alas*»; y *En todas partes*: «*esa brisa que fecundo polen lleva en la punta de sus leves alas*»; y en *Confidencia*: «*y disipa en mi cerebro la pesada calentura con el roce de las puntas de sus alas... ¡con el roce de las puntas de sus alas nacara-*

das!, etc., y pensamientos que ya hemos citado al tratar del *Canto al trabajo*.

Poseía una gran soltura al versificar; sus versos salían sin dificultad alguna; varios de los que le conocieron aseguran que escribía tiradas de versos sin levantar apenas el lápiz del papel y sin tachar nada, y que los cuadernos que se encontraron a su muerte, los que llevaba al campo, hay muchas composiciones que no tienen una enmienda.

Concebir le costaba más trabajo, como él mismo dice en carta: «Me cuesta mi trabajo parirlos, y a lo mejor después de mala noche...»

Dominaba las rimas y los metros, habiendo quedado tan perfectas décimas, sujetas a toda comparación, como las escritas a la muerte de su padre, y tan bellas quintillas como las de *Castellana* y *Mi montaraza*.

Su versificación es muy variada, sobre todo en asonante, que popularizó mucho. Alguna vez tiene desaliños en la versificación, hijos de la frescura con que nacieron sus versos. Así, en el *Canto al trabajo* tiene en una estrofa una palabra que rima consigo misma, cosa

que según los preceptistas no debe hacerse, pero que leyendo nuestros poetas clásicos no deja de encontrarse esa rima.

*Como el taller agita,  
como en el templo del saber, medita,  
y trepida en las fábricas brioso,  
y en las calles se agita,  
y brega en los hogares codicioso.*

Puede, sin embargo, decirse en su descargo que esa palabra está usada en distintos oficios, como verbo transitivo una vez y como reflexivo otra, aunque éste no sea más que un matiz del transitivo.

Y él mismo señala algún defecto a sus composiciones, como le dice a Cividanes en carta: «Yo mismo tenía una para no publicar esos versos (1), y es la de que necesitan para la publicación algunas correcciones de forma... y hasta de fondo.

»Y si no, fíjate en el final de la composición, donde se habla de una «victoria sin lucha»; lo cual es absurdo, dicho de ese modo; porque donde no hay lucha no puede haber victoria. Lo que había que decir en vez de

---

(1) Se refiere a la poesía *A solas*.



«victoria sin lucha» era «victoria fácil», por ejemplo, pues éste es el sentido verdadero de la idea. De modo que el verso «La victoria sin lucha, así lograda» debía haberse modificado, diciendo, por ejemplo:

*«esa fácil victoria, así lograda» (1).*

»Otro lunar hay al final. Decir en absoluto que no se llega a Dios o al cielo «por caminos de flores alfombrados» es mucho decir, porque un malicioso podría interpretarlo diciendo que el que sea dichoso en este mundo no puede salvarse; y eso no es verdad, ni yo quise decir eso tampoco.»

Con esta gran facilidad al versificar no es extraño la prodigalidad de figuras de lenguaje que se encuentra en sus poesías. Sus repeticiones en las que parece que cae intencionadamente por lo abundantes, prestan mucho movimiento a su poesía. Muchas veces estas repeticiones son verdaderas gradaciones del pensamiento, como

---

(1) El verso no ha llegado a modificarse. Claro es que el sentido se entiende bien.

Mucho más alto *que los santos valles,*  
*honda vivienda de la grey humana;*  
mucho más alto *que las altas torres*  
*con que los hombres a los siglos hablan;*  
mucho más alto *que la cumbre arbórea,*  
*llena de luz de la colina plácida...*

(«Fecundidad».)

### Y en *Nocturno montañés*:

Más arriba, *los luceros de diamantes;*  
más arriba, *las estrellas plateadas;*  
más arriba, *las inmensas nebulosas,*  
*infinitas, melancólicas, arcanas...;*  
más arriba, *Dios y el éter...;* más arriba,  
*Dios a solas en la gloria con las almas...*

Con cuyo movimiento parece que la vista va elevándose cada vez más hasta empezar a ver la luz purísima de la gloria.

Emplea principalmente estas repeticiones al describir concretando, y dando más vida a lo descrito, valiéndose de ellas para aclarar detalles.

También abunda en trasposiciones que, nada violentas, parecen espontáneas y nunca buscadas para dar tonalidad y medida al verso;

## La prosa de Galán.

Galán no fué solamente poeta en el sentido estricto de la palabra—escritor en verso—: fué poeta en el sentido que daban los griegos a esta palabra, en el sentido de creador, y como tal se distinguió también como prosista. Los pocos trabajos que en prosa escribió le ponen a la altura de los más felices prosistas.

Es su prosa llana, segura, tranquila, llena de color, transparente y muy natural. Es de admirar en medio de su sencillez—sobre todo las cartas—la energía con que pinta estados de alma. Tenía, sin embargo, cierta prevención a la prosa, y sólo a instancias del Sr. Unamuno, que le animó, toma su pluma para ensayarse en ella.

Comienza a escribir en prosa, y lo poco que en prosa tiene, es lo suficiente para unir

su nombre a los muchos ilustres de la literatura española.

El Sr. Unamuno le instigó a que escribiera una novela; pero solamente escribió algunos cuentos, sacados de la vida charra en su mayoría.

Muy observador, Galán presenta en algunos de sus cuentos verdaderos estudios psicológicos, como aquel «tío Tachuela» testarudo, apegado a la tradición, que se opone a toda idea de progreso contestando siempre con algo, que si no es razonable, al menos convence por el momento. Sólo cuando por delante de él ve pasar el tren por casualidad, comulga con la idea de progreso; o como aquel «tío Gorio» de *Alma charra*, hombre bueno y confiado, tímido al hablar, porque no tiene más voluntad que la de la mujer, que siempre le está advirtiéndole perder la confianza hasta en sí mismo, que nos da exacta idea de la vida familiar y hasta pública de un charro. Tanto este cuento como el *Tío Tachuela*, al que antes nos hemos referido, son dos detallados estudios del alma charra.

De prosa flúida y elegante es *El Vaquerillo*.

oye, cuando sale del pueblo, ya lejos y mirando hacia él, viéndole «aplastado sobre el pelado repecho blanquecino, como costra protectora de gusano sobre el lomo de un asno herido»: «Genti burra. Genti cochina... asín sos cayera un rayo que sos abrasasi a toos... a toos... menos al cura y al otro.» Las dos únicas personas que tuvieron de ella lástima las dos veces que al pueblo bajó.

La viveza con que están hechas las descripciones de todos los personajes y lugares es grande, así como el cariño con que están tocados los afectos. De tal modo presenta el asunto, que cautiva, y al final de la lectura se siente uno atacado por la misma fuerza que Jacinto Mendoza. Hay en él algunos latigazos a ciertas faltas de respeto, de las que el poeta culpa principalmente a los maestros, que se salen de la tradición al enseñar y al educar.

Otro cuento tiene—tampoco está incluido en la colección de sus obras—al cual ya he hecho alguna mención, titulado *Dos amores* (1), el cual, siendo de suyo de gran fuerza

---

(1) Publicado también en *La Revista de Extremadura*, en abril de 1901.

dramática por serlo la lucha de afectos que en él se desarrolla, no tiene, sin embargo, los arrebatos, las sanas energías del anterior, a pesar de ser muy humano, pues lo que más le distingue es su exceso de humanidad, de realismo, no obstante algunos ribetes sensuualistas, amparados por otros más respetables, que se notan en la joven protagonista. Los amores que en él muestra son muy de este mundo, muy de la vida terrena, amores sin conmiseración, que el amor no quiere esto.

## **Galán, epistológrafo.**

Galán ofrece otro aspecto: el de epistológrafo. Es éste, probablemente, el más interesante, por ser el más revelador del alma del poeta y servir de base para el estudio de su obra, además de mostrarse como hábil maestro en este género, pudiéndose comparar con los que más sobresalen en nuestra literatura. Maneja el estilo epistolar con gracia, con gran soltura, sin caer en vulgarismos, en ramplojería.

Algún amigo del poeta ha dicho que vale tanto o más una de sus cartas que sus poesías. Yo creo lo mismo, porque soy partidario de aquellos escritos donde más se vierte el alma del hombre, aquellos que parecen confesiones, y precisamente en las cartas, escritas a los amigos a vuelapluma, sin ánimo de que

vean la luz pública, es donde más descuidadamente suele dejarse ver la propia alma. Donde yo veo más a Galán es en sus cartas, y por ellas cogí yo más cariño al poeta y a su obra. Sirven mucho estas epístolas para el estudio del hombre y para el estudio de su propia obra. En ellas se ven las debilidades del hombre, que a veces parece un niño, los pensamientos del artista y su manera de concebir la poesía.

Entre la obra de Galán y sus cartas hay una ligación íntima, de tal suerte que a veces coinciden, resultando ser la carta un boceto de una poesía. Ya antes he hablado de la Canción a la muerte de su padre y la carta que con este motivo escribe a uno de sus más íntimos amigos, José González Castro.

Por las cartas se puede juzgar más concretamente del subjetivismo de José María Gabriel y Galán.

Los epistolarios publicados han venido a comprobar que era un poeta sincero, más que a añadirle gloria, y que se afanaba por ser sincero.

Así le dice en una carta a D. Casto Blanco



Cabeza: «Lláname cursi, pero déjame serlo. ¡Bah!... ¡Tonterías! Yo dejara de ser cursi si, cuando digo lo que pienso, pensara como lo digo; pero la tontería está precisamente en perfilar lo que se dice... ¡dejarlo!»

Y así es. De tal manera que se ve perfectamente una gran identidad entre sus cartas y sus poesías. Sus afecciones, sus creencias, sus amores, su anhelo de justicia, todo se ve exactamente lo mismo en las cartas que en las poesías. Tanto unas como otras contribuyen a mostrar el alma excelsa del poeta, que a través de unas y otras se manifiesta.

Por ellas vemos su ideal estético, que vemos comprobado en sus poesías, como ya hemos dicho anteriormente; vemos toda su vida, su vocación literaria, cómo llegó a amar la llanura y cantar la vida en ella, la llanura castellana, tan monótona, de la que algunos se han extrañado que haya sacado raudales de poesía Galán, y de la que dice en carta al Sr. Blanco Cabeza (11 abril 1890):

«La fuente de poesía, para mí, está en mi pueblo; pero hoy esa poesía la encuentro en lo raro de las cosas; pero de las cosas en quie-

nes nadie fija su atención, por lo insignificantes que son de suyo.

»En mi pueblo elijo para pasear los lugares más áridos, los sitios donde no hay nada, ni movimiento de un átomo, ni vida, ni vegetación, y, si pudiera ser, ni suelo que sustentara mis plantas. Me siento siempre, siempre, en uno de esos sitios que en otro tiempo me parecieron tristes, horribles, antipáticos..., desnudos de toda idea de movimiento y de vida..., en uno de esos sitios tan áridos, tan absolutamente áridos, que hacen creer que la tierra es un pedazo de caliza arrojado al espacio...

»La orilla de un camino abandonado, donde vienen a morir tristemente los parduscos surcos del barbecho, me sirve de teatro para mis pensamientos; de campo donde espaciar mi mente, que está algunos días idéntica al paisaje.

»Si casualmente una ráfaga de viento mueve en el suelo un átomo de materia, *materia* tengo para pensar un rato en un átomo; para buscar relaciones (que no deben existir) entre él y el Universo; para hacer en mi mente

su historia, la historia de su vida, de una vida tan triste, sin ilusiones, sin amigos..., sin amores...; la historia de un átomo, de un ser que no tiene ambiciones, ni busca fama, ni quiere gloria, ni anhela felicidades..., ¡ni tiene madre!...

.....  
»La vista y la contemplación de una arena, de una partícula de leve polvo hundida en el olvido en un solitario camino de mi pueblo, me sugiere todas estas y otras muchas ideas, que no te diría si no supiera que me dirijo a un amigo que me cree.

»Un grano de arena, me dice la Ciencia, es un ser. Y me atormenta con esto profundamente, porque—aunque sé marcar diferencias entre seres y seres, con la razón—no cabe en mi imaginación la idea de que haya un ser que viva sin ilusiones, sin alegrías..., sin amores... y ¡sin querer a su madre!...

»Y aunque la razón me dice, de consuno con la ciencia, que la inercia de la materia es una ley..., que donde no hay un alma que piensa no puede haber sentimiento, ni afectaciones, ni nada..., yo no quería entender esto;

y ¿sabes lo que digo después de mis meditaciones? «¡Dios mío! ¡Qué vida tan triste la de este pobre y olvidado átomo, juguete del viento, que lo arrastra donde quiere!»

»No me deis a mí, cuando me muera, una vida tal de amarguras y agonías...

.....

»Los seres débiles me inspiran, sea de la clase que fueren, tal compasión, que se convierte pronto en aprecio, el cual degenera en ciego cariño.

»Por eso, a lo mejor, estoy siguiendo, paso a paso, la vida de un pobre musgo pegado en el tronco de la vieja encina del monte; por eso conozco y visito con frecuencia la escuálida y amarillenta planta parásita, que vive adherida pobremente en el pelado y solitario peñasco de la sierra.

»Por eso cuando, donde menos lo pensaba, debajo de alguna piedra descubro una verdosa hierbecilla que nadie ha visto sino yo, quiero ir a verla por la tarde, y la visito con ansiedad, que debe ser muy parecida a la del amante que va a ver a la mujer a quien adora.»

En todo esto, ¿no se encuentran las raíces del poeta de los campos castellanos? Quien ve todas esas relaciones, más con la imaginación que con la razón; quien así contempla la llanura, ¿no ha de saber interpretarla? ¿No ha de sacar poesía de tan monótonos campos? Unid todo ello a su vida de labrador, que luego abraza, a pasar todo el día en el campo y a sus lecturas, y he ahí el poeta de la llanura.

Dos colecciones de cartas de José María Gabriel y Galán se han publicado: una por D. Casto Blanco Cabeza, y otra por un discípulo del poeta, Mariano Santiago Civdanes. Aun conservan muchas más algunos amigos del poeta, como el Sr. Ibarrola de Cáceres.

La publicada por D. Casto Blanco está formada, con muy pocas excepciones, de cartas dirigidas a él. Comprende desde que el poeta se hizo maestro central, en 1889, hasta 1903, con un gran espacio en que la comunicación cesa.

En estas cartas se ve su decidida afición a la poesía, y que durante estos años tiene

una vida de gran actividad espiritual. También se ve en ellas todo el calor con que se apasionaba en seguida de los amigos, y el gran cariño que profesaba a su familia y, sobre todo, a su madre.

Están colocadas por orden cronológico, orden que alabo, porque insensiblemente va uno pasando con ellas por las distintas etapas y situaciones de la vida del poeta, sus dudas respecto a lo que puede ser, sus esperanzas, sus humildades y hasta sus cobardías, «porque le asusta un decir que no sea el de la gente que vale tan poco como él».

No tienen este orden en la de Cividanes, pues éste, por clasificarlas, ni las clasifica, si es que se puede, ni las ordena, sino todo lo contrario. Ni aun las cartas dirigidas a él están ordenadas cronológicamente. Falta a muchas cartas la fecha, y supongo que todas la tendrían, pues las de Unamuno, que en él figuran, y que yo he manejado, la tienen. Otro defecto que tiene también este epistolario es el de suprimir algunos trozos de cartas, sin necesidad, porque estas cartas ya se

habían dado a la luz pública antes, como ocurre con las dirigidas a D. José González Castro; refundiendo algunas, como ocurre con la carta V y VI del epistolario que publicó González Castro en *El Adelanto*, que es la que ocupa las páginas 141 a 148; pero refundida de tal manera, que no hay ilación, pues ha suprimido una parte de una, a la que hace referencia después, faltando el sentido.

En éste figuran cartas dirigidas, además de a Cividanes, a otros discípulos; a Unamuno, al Sr. González Castro, al ilustrísimo padre Cámara, obispo que fué de Salamanca, y a algunos otros amigos, y alcanza hasta pocos días antes de su muerte, pues en él figuran cartas dando cuenta de la muerte de su padre, ocurrida poco más de un mes antes de la suya.

En este género es en el que creo yo que menos influencias caben de autor ninguno, y menos de los que han brillado en él, no obstante pegarse mucho este estilo, pues nadie al escribir a las personas familiares se cuida más que de manifestar sus impresio-

nes tal como en él se dan, que es manifestarse a sí mismo.

En estas de Galán se ve su alma entera. Se nota también en ellas lo que se ve también en sus poesías: poca concentración de frase, y gran deseo de ser correcto.



## **El puesto de Galán en la literatura patria.**

Es jefe de la escuela poética salmantina fray Luis de León; de la primera escuela, pues los historiadores de la literatura designan dos: la formada por el fraile agustino, seguido por Francisco Medrano, Francisco de la Torre y Francisco de Figueroa, en el siglo XVI, y la formada por fray Diego González, Meléndez Valdés, Iglesias de la Casa y otros, en el XVIII.

Entre los poetas de la escuela salmantina ha sido incluido Galán. Yo no lo considero así, porque no estoy convencido de la perfecta formación de estos grupos de poetas (se asignan notas características y tendencias distintas, que diferencian a unas escuelas de otras, en realidad, sólo aplicables a aquellos que ponen una decidida intención en seguir

una u otra tendencia, a uno u otro escritor; pero que si bien se miran las características que se asignan a unos, también las tienen los otros, y viceversa), y además porque Galán no creo que haya seguido, no siguió con deliberado propósito tendencia literaria alguna, aunque se note en él, como principal influencia, la de fray Luis. Los verdaderos genios, que no dejan de nutrir su espíritu constantemente de lecturas, tienen siempre en sus obras algo propio, peculiar, algo que los diferencia de los demás, aun en aquello que voluntariamente se proponen imitar. El que no es verdadero genio necesita siempre acudir al que sigue: piensa en su manera, y de ella no se sale.

Por ser salmantino y por sentir el campo salmantino es por lo que ha sido incluido en esta escuela Galán, y, sobre todo, porque algunos han creído añadirle fama de esta manera; pensando, como hay muchos, que un escritor no es tal hasta que no se le centra en una determinada dirección y entra a formar parte de los libros de Historia literaria.

Los versos de Galán, como decía el bon-

dadoso padre Cámara, traen las brisas refrigerantes del campo, huelen a flores silvestres, al sudor fertilizador de los campos que cae de las frentes de los agricultores, cuya alma sencilla, rudimentaria por poco cultivada, muestra en sus versos.

Poeta salmantino lo es, eminentemente salmantino. Todo el ambiente de sus poesías es salmantino y también extremeño. Su lenguaje nos le da a conocer como tal, y todas las costumbres y tradiciones a que hace referencia. Bajo este aspecto, es el más salmantino de los poetas, sin tener que recurrir a escuelas para ello.

Y aun admitiendo las escuelas poéticas, no creo que quepa en ninguno de los grupos que se acostumbra a formar.

No entra, ¡gracias a Dios!, en cuadrícula ninguna, y ¡Dios quiera que nunca acierten a meterle!

## **Lecturas de Galán, y algunas de las que pudieron influir en él.**

Es difícil señalar las obras que influyeron en un determinado autor, las obras que leyó, sin saber fijamente si las leyó. Se corre el riesgo de equivocarse mucho. A veces, el más insignificante artículo o noticia de un periódico puede sugerir a un espíritu una serie de pensamientos, una serie de reflexiones, y hasta puede de allí surgir la idea capital de una obra.

Pero en los pensamientos hay enlace entre unos y otros: hacen cadena. La cosa no es nueva: ya Dante, en su *Divina Comedia*, nos habla de ello. Concebir a un poeta completamente aislado, que, sin nutrir su espíritu con lecturas de otros escritores, sin educación literaria, comience a verterse en raudales de poesía, pero de verdadera poesía, en

sublimes estrofas, es absurdo: es estar siempre bajo la dominación del milagro.

Alguien ha querido ver en Galán un poeta completamente espontáneo, que metido allá en su rinconcito del campo, nada leía, nada estudiaba: sólo araba y hacía versos.

Una de las ideas más extendidas, precisamente, respecto al poeta que estudiamos, es la de la espontaneidad. Creen muchos, dando una torcida interpretación a la frase «el poeta nace y no se hace», que a los poetas les nacen los versos de la misma manera que brota un surtidor de agua entre dos vertientes, que los poetas son máquinas de hacer versos. «Lo del poeta absolutamente espontáneo—dice el Sr. Unamuno—, brotado poco menos que por generación espontánea, es una leyenda ridícula y perniciosa. Es entender todo lo más torcidamente que cabe aquello de que *el poeta nace y no se hace.*»

Muy en relación con esto dice Hebbel, ese gran trágico alemán de no hace mucho: «En un siglo que no es ya el de la guerra de Troya, es imposible concebir un escritor ignorante. La Humanidad acumula, en el trans-

curso de los siglos, un tesoro, siempre creciente, de conocimientos. Un hombre que no ha recogido nada de la herencia de los seis mil años que le han precedido, se encuentra frente a la Humanidad en la situación de un niño frente a un hombre» (1).

El mismo dice en carta al Sr. Blanco Cabeza, fechada en enero de 1896, que progresaba en su vida espiritual: «Al hacerte esta especie de confesión general de tanto tiempo, justo es que diga también, en mi descargo, que he progresado algo en mi vida espiritual, que es donde únicamente puedo yo esperar progresos.

»Siquiera, siquiera, aparte de otras más importantes manifestaciones, no soy poeta tan *cursi* y tan pedestre como lo fuí en otros tiempos. ¡Esas cartas..., esos versos!... Bien están en tu mano; pero esas cartas y, sobre todo, esos versos, que yo osé escribir para ti en *tiempos peores*, que tal cosa consintieron; esas cartas que, no por sinceras, dejan de ser lo que serán muchas de ellas: abusos poéti-

---

(1) De los trozos que del diario de Hebbel traduce Ricardo Baeza, en el prólogo que pone a la tragedia *Judith*, del escritor alemán.

cos, tontos, de confianza contigo..., y esos versos, que serían mi vergüenza si no fuesen mi gran cariño de amigo, naturalmente sentido y tontamente expresado... ¡Esas cartas, esos versos!... Bien están en tu poder; pero, a veces, cuando el diablo de la vanidad me tienta—¡y me tienta hoy casi tanto como antaño!—, se me ponen delante esos papeles, y los recuerdos vagos que de ellos conservo aún, me colorean la cara de vergüenza... literaria, no de otra clase de vergüenza. Esto me ocurre pocas veces, porque ese progreso mío, de que hablé, consiste principalmente en que tengo el alma *más seria* que antes, y veo en esos documentos... lo que realmente hay que ver entre nosotros al contemplarlos, ya desde lejos: un muchacho que quería sinceramente a un amigo, y que tenía la desgracia de ser poeta malo, como lo son casi todos los chicos de esa edad, No es que hoy lo sea bueno, no es eso: es que se me ha quedado el alma algo más seria, no sé por qué, a no ser vagamente, y cuando veo que no puedo ser *algo* bueno, no soy nada, ni bueno ni malo. Por lo demás, como dice Cánovas, hoy,

como ayer, tengo mis debilidades, aunque no sean tan grandes ni tan frecuentes. Dicen por aquí, y dicen bien, que *perderá el carnero la lana, pero no la mañana...*»

«Todo lo que fuera averiguar—agrega el mismo Sr. Unamuno—de qué lecturas se nutrió Galán, a cuáles de nuestros antiguos y modernos escritores estudió más y de qué libros apacentaba principalmente su espíritu, será de añadir a su gloria. La verdadera originalidad se nutre de lo que han pensado los demás.»

Yo sé que Galán conocía bastante nuestra literatura y algunas obras de las extranjeras. De las literaturas clásicas, nada. Gabriel y Galán leía, y leía bastante; todo el tiempo que le dejaban libres sus faenas, y cuando ejercía la profesión de maestro, se quedaba leyendo hasta la madrugada. El mismo lo da a entender en una carta de las que dirigió a *Crotontilo*, criticando una novela de éste: «Comprenderás que no se trata de mí; esto es, que yo, por desgracia, ya no me espanto por *pincelada* más o menos. Es más: cualquier cosa, en literatura, resisten los nervios



míos mejor que una cosa ñoña.» Quien esto escribe es evidente que leía mucho.

Al comenzar este estudio escribí al Guijo de Granadilla para que se me facilitara una nota de las obras que constituían la biblioteca del poeta, que no me ha sido facilitada aún, no obstante haber yo insistido.

¿Qué lecturas nutrieron su espíritu?

Se puede asegurar, desde luego, que leyó obras de fray Luis de León, y la influencia de este autor, como ya hemos advertido, es notoria. De las obras de éste, de las que más influencia se nota son de *La perfecta casada* y de la oda *A la vida del campo*: de aquélla, al cantar la mujer, y de ésta, principalmente, como ya he dicho, en *Regreso*, aunque también se nota en otras, como en la poesía religiosa *A solas*.

Del fraile agustino heredó Galán ese amor a la paz del campo, que aquél aprendió del gran lírico latino Horacio. Como fray Luis, Galán fué un discreto epicureísta cristiano: amante de su hogar tranquilo, donde no llegaran los ruidos de las luchas humanas, de las pasiones de los hombres, donde nadie le

molestara, donde no hubiera penas y transcurrieran las horas plácidas, felices y libres; un hogar en el cual encontrara una buena esposa, una esposa fecunda, muchos hijos y un buen alimento, como dice en *Mi montaraza*:

*Será nuestra casa un día  
vivienda de hombres honrados.  
¿Quién más dichoso ha de ser  
que el hombre que ha de tener  
bellos campos que cuidar,  
sabroso pan que comer  
y esposa a quien adorar?*

De *Los nombres de Cristo* también se advierte influencia en las obras de Galán, notablemente del capítulo V del libro primero, en que habla de por qué a Cristo se le llama Pastor, y, como consecuencia, de la vida campestre, de la pureza de ésta en contraposición con la de la ciudad, de cómo son más puras las costumbres del campo que las de la ciudad y los amores del campo son más verdaderos que los de la ciudad. En *Regreso* se ve la influencia de este capítulo, que probablemente leyó el poeta en alguna antología, donde leyó a la mayoría de los clásicos.

A Juan de la Encina, según declaración

del poeta, no le conocía. Así cuenta el señor García Maceira (1) que, encontrándose con el poeta, allá por el año 1901, en Plasencia, le dijo: «Muchas de las preciosas descripciones que usted ha hecho de nuestros campos traen a mi memoria las hermosas también de nuestro Juan de la Encina, en sus églogas.» «No las conozco, D. Antonio»—replicó el inmortal poeta. Sin embargo, si Galán no conocía a Encina, conoció a Mirademesqua, y éste es seguro que conoció a aquél. *Castellana*, de Galán, tiene mucha semejanza con estas quintillas de Mirademesqua, que se han publicado mucho sueltas en antologías:

*Deja espantos y temores,  
Catalina, ¿qué te falta?  
que en alas de mis amores  
iré a la sierra más alta  
por metales o por flores.  
¿Quieres que trepando vaya  
por los brazos de esa haya,  
y baje de sus pimpollos  
de una tórtola los pollos  
a que jueguen en tu saya?  
¿Quieres que descienda a un río  
hijo de un risco de Cuenca,*

---

(1) Extraordinario del periódico *El Lábaro*, de Salamanca, a la muerte del poeta.

*y en él mi valiente brío  
 no deje águila ni tenca  
 ni pez argentado y frío,  
 que no venga a palpitár  
 sobre esta yerba y a dar  
 un salto y otro del suelo  
 pensando que coge el vuelo  
 para arrojarse a la mar?*  
*¿Quieres que a ese girasol  
 bajen las aves pintadas  
 que vuelan en caracol,  
 y parecen, remontadas,  
 que son átomos del sol?*

*Si quieres que en este prado  
 se crucen arroyos bellos  
 de leche y humor cuajado,  
 exprimiré alegre en ellos  
 las ubres de mi ganado.*

*Si quieres ver el enero  
 hecho octubre placentero,  
 viertan mis cubas su mosto;  
 y si quieres verle agosto,  
 desataré mi granero,*

Estos mismos ofrecimientos al ser amado se hallan en boca de Mingo, en la «Egloga representada en requesta de amores: adonde se introduce una pastorcita llamada Pascuala, un pastor llamado Mingo y un escudero que se torna pastor», haciendo una enumeración muy extensa de las flores y frutos que ofrece a su amada:

*Y frutos de mil maneras  
le darás de esas montañas:  
nueces, bellotas, castañas,  
manzanas, priscos y peras.  
Dos mil hierbas comederas  
cornezuelos, batijanas,..*

.....  
*Y aun daréle pajarillas,  
codornices y rosales,  
jergueritos y parrales  
y patojos en cestilla,  
pegas, tordos, tortolilla,  
cuervos, grajos y cornejas*

## Y Galán dice:

*¿Quieres que vaya a buscar  
cuervos blancos al repecho,  
colorines al linar,  
nidos de alondra al barbecho  
y endrinas al espinar?*

*Para que tú te regales,  
no dejaré una con vida,  
veloz liebre en los eriales  
ni esquiva perdiz hundida  
del cerro en los matorrales,  
ni conejillo bravío,  
dormido bajo el carrasco,  
ni mirlo a orillas del río,  
ni sisón en el peñasco,  
ni alondras en el baldío.*

.....  
*Si buenas flores sencillas,  
hay en el valle violetas,*

y gamarzas amarillas,  
y estrelladas tijeretas,  
y olorosas campanillas...

A Espronceda le conocía, y también a Zorrilla, del que era entusiasta admirador. Alguna influencia se nota de éste, en cuanto a la versificación, en varias poesías de Galán, como en *Desafío*, *De ronda* y alguna otra. Y del primero vemos este verso en el *Canto a Teresa* y *Las del mayo serenas alboradas*, que se recuerda en algunas composiciones del poeta que estudiamos.

También pienso conocía a Campoamor, y algo de la manera de éste, de aquella venerable intención, se adivina en las composiciones *Del viejo, el consejo*; *El barbecho* y la *Es-pigadora*. Y acaso aquella manera de versificar de Campoamor, en pareados, que emplea en alguna de sus composiciones, como *Los grandes problemas*, le dieran la pauta para sus composiciones de su primera época, como *Los dos nidos* y *Mañanas y tardes* (publicada en el epistolario de D. Casto Blanco Cabeza), y alguna de sus imágenes también recuerda esta de Campoamor:

*Y de ella, aun no escuchada, proseguía  
hablando dulce, el murmurar sonoro,  
que un arroyo de perlas parecía,  
sonando al paso sobre guijas de oro.*

(«Drama universal».)

Conocía también a algunos americanos, José Asunción Silva, entre otros, el cual influyó en él algún tiempo, en su primera época literaria. Los *Nocturnos* de éste los sabía de memoria, y de él se nota influencia en *Nocturno montañés*, *Sortilegio* y, sobre todas, en *Confidencia* (1) y *Las canciones de la noche*, percibiéndose igual movimiento en la versificación de éstas que en aquéllas. Galán no se atreve a pintar en ella a una mujer, y pinta a un niño, a quien le roba un beso.

En otro poeta mejicano, Manuel Acuña, que sobrevivió muy poco a su padre (se dió la muerte en 1873), se encuentra este pensamiento, que se ve en la *Canción a la muerte del padre de Galán*, en una poseía titulada *Entonces y hoy*, inspirada en la muerte de la madre:

---

(1) No publicada en la colección de sus obras.

*Mi madre, la que vive todavía,  
puesto que vivo yo,  
me arrullaba...*

Y Galán dice:

*¿No soy yo vida nacida  
de vidas que a mí se dieran?  
Pues vidas que en mí se unieran,  
si vivo, no han de morir,  
por eso quiero vivir,  
por que mis muertos no mueran.*

Pudo Galán conocerlo, aunque no por esto pierda originalidad su pensamiento, que él desarrolla bajo otra forma, muy en armonía con el resto de la canción, que expone muy claramente su estado.

Este pensamiento también se ve en Quedo:

*Confieso que en los hijos se renueva  
el caro padre para nueva historia  
y que memoria deja de sí nueva.*

(Sátira: «Riesgos del Matrimonio».)

y se puede asegurar que en muchos más.

También conocía a Guerra Junqueiro, pero ya en lo último de su vida, pues la poesía *Presagio*, que tanto parecido tiene con *Impulvis*, del libro *Os simples*, no está influenciada por ésta, porque al hacérselo notar Cro-



*tontilo* en una ocasión, le contesta: «Se me olvidaba. Conozco de Guerra Junqueiro dos cosas: el nombre y una frase que dijo cuando estuvo últimamente en Salamanca. Le había leído en Madrid Salmerón, ponderándose-los, los versos conceptuosos, hinchados y campanudos del gran Quintana, y contaba Guerra Junqueiro que al terminar le dijo al lector: «Don Nicolás, eso no es *poesía*; eso es *jabogasía*!...»

»Y como yo *abundo en el mismo parecer*, se me quedaron las frases y Guerra Junqueiro.»

Sin embargo, si cuando escribió *Presagio* no conocía obra alguna de este escritor portugués (se puede coincidir en pensamientos y hasta en la manera de darles vida), sé que después lo leyó detenidamente, y *Mi vaquerillo*, del poeta castellano, tiene algunos puntos de contacto con la poesía *O Pastor*, del portugués, sobre todo, en esta expresión de temor a las noches pasadas en el campo que escribe Junqueiro:

*E despos as torvas, negras, invernadas,  
Noites formidandas, lobos a ulular  
Desmoronamentos, temporaes, nevadas,*

*Carcobões abertos pelas enxurradas  
Troncos de sobreiros de raiz ao art...*

.....  
*Oh, has noites tristes, alapado e quedo  
N'un covil de feras, ou algar deserto...*

(«Os Simples», págs. 81-82.)

Y Galán escribe:

*Me daba una lástima  
recordar que en los campos desiertos  
tan solo pasaba  
las noches de junio,  
rutilantes, medrosas, calladas,  
y las húmedas noches de octubre,  
cuando el aire menea las ramas,  
y las noches del turbio febrero,  
tan negras, tan bravas,  
con lobos y cárabos...  
con vientos y aguas...*

No pretendo decir con esto que imitara al poeta portugués, aunque la semejanza sea notoria. Muy distanciados uno de otro en cuanto a creencias e ideales, coinciden sus musas a veces.

De otro poeta regional, Vicente Medina, con el cual guarda en su vida (en la primera época de Medina) bastante analogía Galán, es segura la influencia (1). *Los aires murcia-*

---

(1) En *La canción de la huerta* escribe Medina, en una especie de prólogo: «En una de las casas del pueblo, alegre y pintoresca en

nos, de aquél, sugirieron a éste sus *Extremeñas*. Escritos estos dos libros en el lenguaje de las gentes del campo, en el del murciano aquél y en el del extremeño éste, tienen mucha semejanza y tienen el mismo sabor popular, que les da tanta vida, tanta frescura.

Una rápida lectura de unas y otras basta para advertir la influencia, hasta la semejanza en el movimiento, en la manera de expresión, que el lenguaje acentúa más. Algunas veces se confunden fácilmente. Hasta en varios asuntos coinciden ambos. En *El embargo*, esa poesía de tanta fuerza de Galán, se ve un reflejo de *La cabecERICA*, de Vicente Medina: en ésta, un joven que viene de la guerra se encuentra al llegar al pueblo con la mala nueva de que su novia ha muerto; llora sobre la cama en que murió, lleva la cabecera a su casa, sobre ella duerme y con ella le entie-

---

su interior, con su fresco tinajero, sus rezumantes cántaras y sus múltiples lejas recargadas de limpio vidriado, me rodean, movidos de gran curiosidad, parientes y amigos de la infancia; todos huertanos humildes, a quienes en cuatro palabras, y a la manera de ellos, les relato el argumento de una de mis poesías... Todos, viejos, mozos y zagales, me entienden sin trabajo y sonríen con ingenuidad, exclamando algunos: «¡Mesmicamente lo que pasa! ¡Propiamente lo cuenta, que se está viendo!...» Pues vamos a hacer un cuadro—les he dicho—que represente lo que acabo de contar.»

»Se han reído todos ruidosamente, se ha movido bulla, y los que pasaban a la sazón por la puerta de la casa y los demás vecinos de la calle han acudido a la algazara, y han engrosado el corro.»

rran. Quiere vivir respirando el sudor de ella. Tiene ésta un corte romántico que *El embargo* no tiene, pero le falta la gran fuerza de ésta, aquel arranque del marido al verse embargado, que todo lo deja, herramientas, enseres, todo, menos la cama donde la mujer ha muerto; que es de los trozos de poesía más enérgicos, de los de más vigor que se han escrito.

*Pero a vel, señol jues; cuidaito  
si alguno de esos  
es osao de tocali a esa cama  
ondi ella s'a muerto,  
la camita ondi yo la he quería  
cuando dambos estábamos güenos,  
la camita onde yo la he cuidiao,  
la camita ondi estuvo su cuerpo  
cuatro mesis vivo  
y una nochi muerto...*

.....

También puede verse alguna influencia en la manera de interrogar en esta poesía de *El abejorro negro*, de Medina:

*¿Pa qué ya más vida, si pa él ya no vivo?  
¿Pa qué ya más penas, si pa él ya no peno?  
¡Que me lleve el Señor!... ¡Que me lleve!*

Y Galán dice:

*¡Herramientas, que no quedí una!  
¿Yo pa qué las quiero?*

*Si tuviera que ganarlo pa ella,  
¡cualesquiera me quitaba a mí eso!*

Es Vicente Medina más sentimental que Galán, y canta éste con más energía que aquél; además es Galán más del campo que Medina. En muchas de las poesías del murciano se nota algún precedente a las del extremeño. Las maneras de admirarse, el movimiento, esa ternura que hay en muchas de ellas es muy semejante en ambos. En el mismo *Cristu benditu* se adivina el precedente de *Ya ni el olorico*, de aquél; en las descripciones admirativas

*El nene llenaba la casa, y a toicos  
los tenía lelos:  
en jamás lloraba.*

*¡Qué pastel! ¡Qué genio!  
¡Qué hermoso! ¡Qué carnes!  
¡Un pomo de rosas parecía su cuerpo!*

Los metros en que están escritas las *Extremañas* son también idénticos a los de *Aires murcianos*; pero no sólo en aquéllas se manifiesta la influencia de Medina; también, aunque menos, se ve en los demás libros.

Conocía otros muchos escritores Galán; mas su influencia, si la ejercieron, fué muy pequeña. *El lobato y la borrega* recuerda

*Las serranillas*, del Marqués de Santillana.

A Núñez de Arce lo conocía también. El *Idilio* de éste lo sabía de memoria. Y su soneto *Amor* pudo muy bien sugerir al poeta que tratamos su poesía *Amor*. Pero buscando en esta materia semejanzas llegaríamos muy lejos, siendo, como es, tema tan manoseado. En este aspecto también podríamos relacionarlo con Menéndez Valdés, aunque en el mismo asunto la musa de uno y otro es distinta. Y Víctor Balaguer tiene una poesía parecida a *Amor* en cuanto al fondo, *Salmo de amor*, en que también el poeta catalán ve el amor en todo cuanto le rodea en el campo.

De los modernos escritores gustaba mucho de leer a doña Emilia Pardo Bazán y a Leopoldo Alas.

La influencia que sobre él ejercieron el reverendo padre Cámara y el Sr. Unamuno no fué por sus obras. Fué aún más directa, como ya hemos dicho.

También leyó mucho la Biblia.

Y, finalmente, el filósofo que informa toda su obra, principalmente sus cartas, es Balmes, cuya *Filosofía fundamental* leyó mucho.





## INDICE

---

	<i>Páginas</i>
PRÓLOGO, de D. Miguel Unamuno.....	5
Unas palabras.....	11
José María Gabriel y Galán.—Biografía.....	15
Vocación de Gabriel y Galán.....	62
Iniciaciones poéticas e ideales de Galán.....	68
La obra del poeta.—Galán y Fray Luis de León.—Galán y Tolstoi.....	86
Qué canta Galán.....	99
El amor en Galán.....	111
Galán, intérprete del alma de los charros....	114
«La perfecta casada» en la obra de Galán. La mujer de «La perfecta casada» y la mujer en la obra de Galán.....	118
«El Ama».—«El Amo».—«Canción».—«El Cris- tu benditu».....	128
«El canto al Trabajo» y su elaboración.—«Las Repúblicas» y «A la montaña».....	139
Galán, satírico.....	151

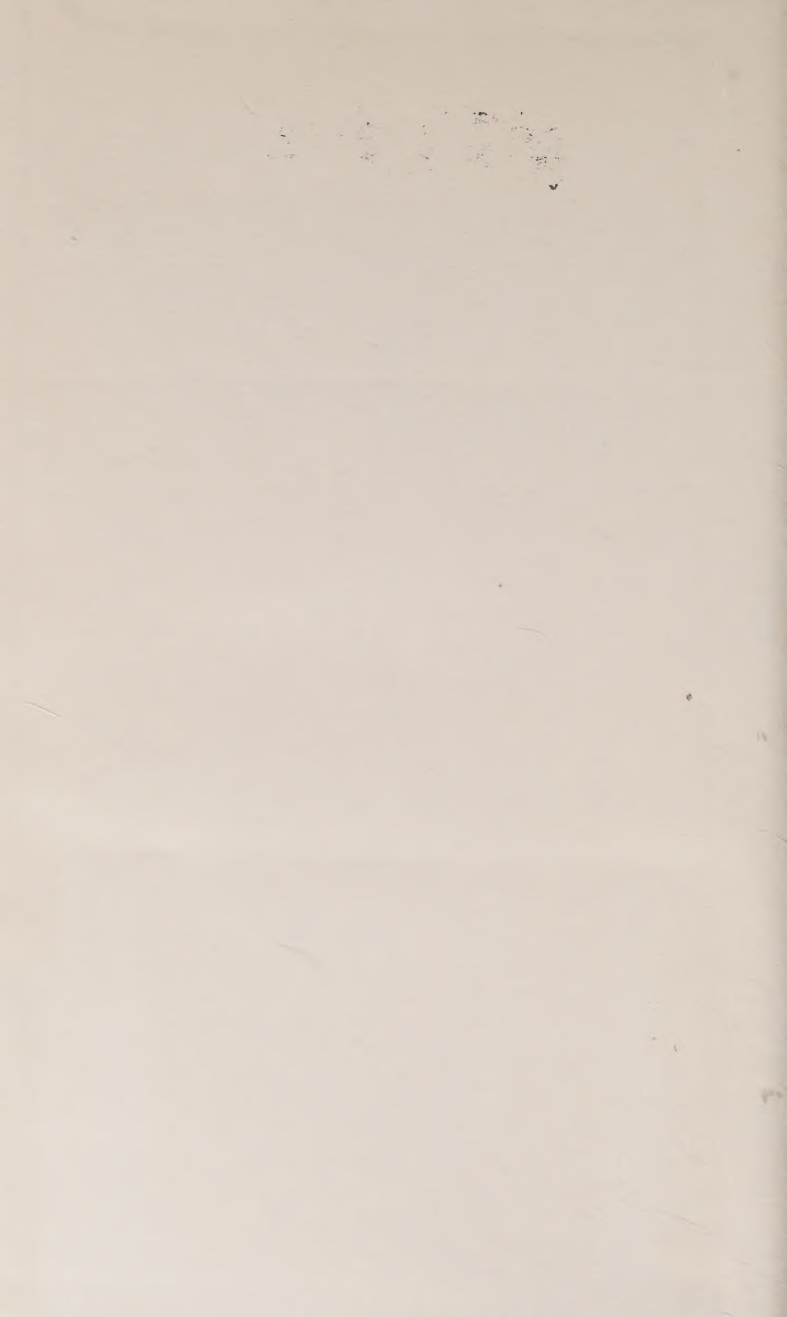
Galán es poeta lírico.—La lengua de la obra de Galán.—Su estilo o manera. . . . .	158
La prosa de Galán. . . . .	171
Galán, epistológrafo. . . . .	177
El puesto de Galán en la literatura patria. . . .	187
Lecturas de Galán, y algunas de las que pu- dieron influir en él. . . . .	190











P06613. A2Z8



a39001 00405623b

